

FERNÁNDEZ

Escalas

ASCÉTICAS.

11
DAD AU
CIÓN GE

186



PQ6611

.E4

F42

1901

c.1

42003

010385



1080021948



ITER PARA TVM

ADDE PRIMAM
VERITATIS

EX LIBRIS

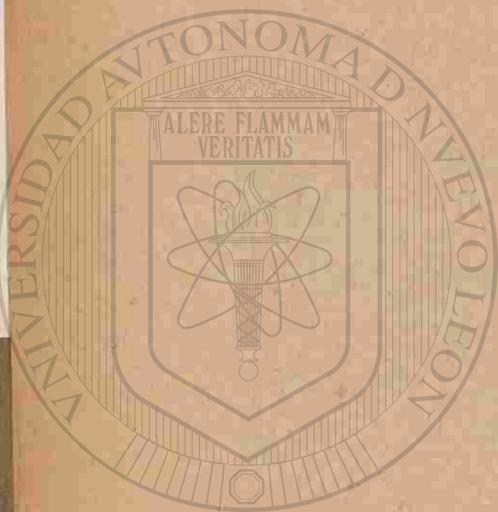
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FÁBULAS ASCÉTICAS
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





FÁBULAS ASCÉTICAS

EN VERSO CASTELLANO

Y EN VARIEDAD DE METROS

POR

DON CAYETANO FERNÁNDEZ

Dignidad de Chantre, por Su Santidad, de la Metropolitana de Sevilla,
Individo de número de la Real Academia Española
y Premio de la Sevillana de Buenas Letras.

CON UN PRÓLOGO

DEL ILMO. SEÑOR

DON AURELIANO FERNÁNDEZ-GUERRA Y ORBE

QUINTA EDICIÓN
NOTABLEMENTE AUMENTADA



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
MADRID. *Capilla Aronsina
Biblioteca Valverde y Talaz.*

LIBRERÍA DE GREGORIO DEL AMO
Calle de la Paz, núm. 6.

1901

LA HORMIGA DE ORO
LIBRERÍA-BARCELONA

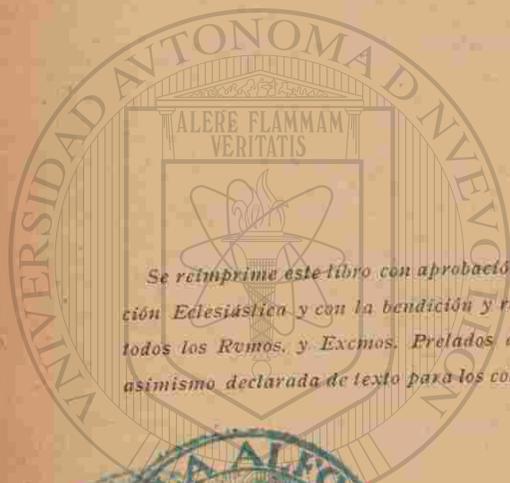
46663

PQ 6611

24

F42

1901



Se reimprime este libro con aprobación de la Jurisdicción Eclesiástica y con la bendición y recomendación de todos los Rmos. y Excmos. Prelados de España. Está asimismo declarada de texto para los colegios y escuelas.



**FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ**

Madrid.—Imp. del Asilo de Huérfanos del S. C. de J., Juan Bravo, 5.

Á LOS QUE LEERÁN

Nunca, ni la palabra, ni la escritura alcanzaron éxito tan eficaz como valiéndose del apólogo; porque la inteligencia humana, sobre todo en los primeros albores de la vida, más se deja llevar del animado ejemplo, que de la árida amonestación; y cuando no puede recrearse con la representación viva de hechos imaginarios (que es su encanto mayor), goza delectablemente con la relación breve, sencilla y clara de toda clase de consejas.

Reconocida la activa y poderosa influencia que ejerce indirectamente el apólogo por medio del ejemplo, sólo deben admitirse en tales composiciones los asuntos honestos é inofensivos, de cuya relación, y sin necesidad de comentarios, se venga á desprender

010385

enseñanza provechosa. Así que, llevado de este convencimiento, y considerando las buenas fábulas como la verdadera filosofía de los niños, exhorta Platón á las nodrizas, en el libro segundo de *Republica*, para que instruyan con ingeniosos cuentecillos á los tiernos infantes.

Llámase propiamente *apólogo* una ficción inocente y decorosa, explicada con brevedad, claridad y sencillez, donde, hablando ó interiniendo hasta los seres irracionales, se enseña agradablemente una verdad moral, económica ó política, destruyendo errores y mejorando las costumbres. El apólogo nació de la necesidad que tuvo el hombre de concretar las demostraciones abstractas, y de transmitir por medio de la palabra á sus hijos y descendientes el sazonado fruto de la experiencia. Así, pues, data su origen de los más remotos siglos. Difundióse por las regiones del Indo y el Ganges, donde, al influjo de las ideas panteísticas y de la metempsícosis (consecuencia inmediata de ellas) podía suponerse con alguna verosimilitud dotados de razón y palabra á los seres irracionales é inanimados. Con lo cual la India nos ofrece antiquísima

colección de fábulas políticas, en la intitulada *Kalila y Dimna*, por los nombres de las dos zorras del primer apólogo, y que también se dice *Pancha-Tantra*; esto es, las cinco partes ó capítulos, trabajo atribuido al brahmán Pilpay ó Bidpay. Un compendio de esta obra lleva el rótulo de *Hitopadesa* (Instrucción saludable) y le trajo á Persia en el siglo VI de nuestra Era el médico Barzuyeh, que le tradujo en lengua pehleví, dedicándolo á Cosroes, segundo de los Príncipes sasánidas. Hacia el octavo siglo pasó esta versión al arábigo el persa Ruzbeh, sectario de Zoroastro, llamado, al hacerse musulmán, Abdallah ben-Al-mocaffá; y de aquí vino al griego en la pluma del médico Simeón, cuando terminaba el siglo XI. Con ello persas, árabes y griegos no cesaron de compendiarlo ó ponerlo en verso, animando á los judíos, á los italianos, alemanes y españoles, para que le poseyeran también en su lengua respectiva. Al Rey Don Alfonso X, *el Sabio*, y siendo infante, se debe la más antigua y más bella versión castellana, hecha á vista del ejemplar arábigo de Al-mocaffá.

Pero la prueba más remota del predominio

y eficacia del apólogo está en el sagrado *Libro de los Fuces*, en aquella *fábula de los árboles* con que Joathán, hijo de Gedeón, reprendió, mil trescientos nueve años antes de Jesucristo, á los siquemitas el asesinato de los setenta hermanos suyos por el bastardo Abimelech. ¿Dónde más poderoso medio cuando se trata de persuadir y demostrar brevemente? Con sólo cierta fábula ingeniosa pintando una discordia entre el humano vientre y los miembros, logra Menenio Agrippa salvar la república romana y deshacer un feroz motín del pueblo contra el Senado.

Un hombre, insigne seguramente, floreció en Frigia quinientos sesenta años antes de nuestra Era, esclavo de dos filósofos, al segundo de los cuales debió la libertad. Llamado por Cresos, Rey de Lidia, obtuvo señalados beneficios de él, y luego hubo de recorrer Grecia, Persia y Egipto, mereciendo por la inventiva, dulzura, sencillez y sana moral de sus apólogos, que los atenienses le erigieran una estatua y la colocasen al frente de las de los siete sabios, contemporáneos suyos; distinción bien merecida y que la posteridad ha confirmado, extendiendo y vulgarizando

por todo el mundo las obras de tan maravilloso ingenio. ¿Quién no conoce, quién no admira las *fábulas* de Esopo? No pudo desvirtuar su gloria el haberle precedido Hesiodo, fingiendo un coloquio entre el ruseñor y el gavilán, pues la fama en los trabajos intelectuales suele adjudicarse, no tanto al inventor como al que aplica y perfecciona con utilidad el invento. Llamáronse *esópicas* las buenas fábulas que se compusieron de allí en adelante, y los inmortales rasgos del narrador frigio alcanzaron ser puestos en verso por Sócrates.

Apasionado imitador del antiguo apologista, brilló en Roma, seis siglos después, Pedro, nacido en Tracia y liberto de Augusto, adquiriendo imperecedero renombre con sus cinco libros de *Fábulas esópicas*, las cuales rebosan en gracia, moralidad y sencillez. Los elogios que en ellas hizo á la virtud, valiéronle sañuda persecución del ministro Seyano; pues la tiranía de los déspotas se enfurece al oír la voz de la verdad, engaitados con las nauseabundas lisonjas y adoraciones de hombres infames, que en la adulación hallan su medro.

Cuando en la edad de Esopo y Pedro el lenguaje simbólico se hallaba generalizadísimo, y las figuras y estatuas de los monumentos hablaban casi tanto como las inscripciones, fué acertado invento el de valerse de los animales, y de las piedras, y de los árboles y montañas, para personificar los actores de las fábulas; puesto que cada clase de aquellos seres irracionales ó inanimados, por su aspecto, costumbres, naturaleza, condiciones, y propia y característica fisonomía, ofrece semejanzas admirables con el sér racional, que pueden utilizarse en la crítica y retrato de la sociedad humana.

También, á últimos del siglo VI, Rufo Festo Avieno se aprovechó de las fábulas de Esopo, reproduciéndolas en versos elegíacos.

Peró quien las hizo familiares entre los españoles fué Pedro Simón Abril, que las tradujo del griego al latín y al castellano juntamente, con admirable perfección, año de 1575.

Á Esopo no se ha de estimar genuino creador del género apológico, por más que hubiera de aparecer éste y resplandecer en su ingenio con la perfección y gallardía que

mostró Minerva al nacer de la cabeza de Júpiter. Cultivóse en la edad augústea y en la de Teodosio; pero, como todas las amenas letras, hubo de olvidarse con la ruina del Imperio romano, preocupada por grandes intereses la Europa y empeñada en feroz lucha durante largos siglos. No sucedió así en el Oriente, donde la fábula y las fábulas tuvieron su cuna, y de donde volvió al Occidente el apólogo en cuanto hizo, con la de los árabes, causa común la literatura latina.

La versión del libro oriental de *Calila e Dymna*, hecha en el siglo XIII por orden del Rey Sabio, y la de otras leyendas del mismo origen, fueron despertando en los escritores españoles la afición á la parábola.

Generalizado ya este gusto en el siglo siguiente, compuso D. Juan Manuel, ilustre nieto de San Fernando, su *Conde Lucanor* ó *Libro de Patronio*, año de 1327, que es una verdadera colección, en prosa, de cuentos doctrinales, tomados tres de ellos de las *Fábulas de Pilpay*, dos de la *Disciplina clericalis*, de Pedro Alfonso; uno, el del hombre que probaba á sus amigos, está en el *Libro de los Castigos é Documentos* escrito por Don Sancho

el *Bravo*, y otros vienen de historias árabes.

Casi por la misma época (1337 á 1367) trazaba Joan Roiz, Arcipreste de Fita, su *Libro de Cantares*, introduciendo varios apólogos con el nombre de *ensiempros*, algunos espirituales y de sana doctrina, y otros que, teniendo por asunto el amor profano, á pesar de la buena intención, ofrecen arriesgada enseñanza.

Tanto D. Juan Manuel como el Arcipreste de Hita disfrutaron, para sus inapreciables antiguas y populares tradiciones, de los libros orientales que abundaban entonces por toda España, y los de griegos y latinos. Dígalo, si no, en los *Cantares*, el *ensiempro de las ranas en cómo demandaban Rey á Don Júpiter*.

El *Exemplario contra los engaños y peligros del mundo*, versión española hecha entre 1420 y 1480 del *Directorium humanae vitae, alias Parabolae antiquorum sapientium*, por Juan de Capua, es sólo una mera traducción de las *Fábulas de Pilpay*. Con la Edad Media acaba el gusto por el apólogo. Otra cosa muy diferente viene á ser ya la fábula durante el Renacimiento, convertida en canto épico, lírico ú elegíaco; y han de pasar más de dos siglos

antes que Esopo, Fedro y Pilpay vuelvan á inspirar á los poetas españoles.

Ni el advenimiento de la Casa de Austria, que llevó nuestras banderas á las regiones del Norte, patria de los cuentos y leyendas, y donde no era extraño el conocimiento y uso del apólogo; ni las españolas empresas de Italia, de cuyo suelo habíamos traído ya el *Decámeron* de Bocaccio, lograron despertar la afición perdida. El ideal fantástico y hazaroso de los libros de caballerías, fiel intérprete del pensamiento español en aquellos siglos, tenía que desdeñar la ingenuidad y sencillez positivas y triviales de la parábola, arrinconándola como trasto viejo de gañanes y pastores, impropio de los cintillos, plumas y bengalas del apuesto guerrero. Sin embargo, en cuanto llegó á mayor edad la hispana Talía, gozaronse nuestros colosos dramáticos en interpolar, con multitud de cuentos y algunas verdaderas fábulas, sus obras escénicas, mientras los rasgos de Esopo y Fedro servían de amoroso texto en las escuelas.

El último renacimiento greco-romano, intentado orillas del Sena, vale á Francia un Lafontaine, que aprovecha los trabajos de

cuantos fabulistas le habían precedido, pone de moda á su muerte el apólogo en toda Europa, y anima á los españoles del pasado y del presente siglo.

¡Con qué preciado tesoro de elegantes parábolas enriquecen nuestro Parnaso multitud de escritores insignes, tales como un Iriarte, un Samaniego, un Agustín Príncipe, un Hartzenbusch, y tantos otros beneméritos de las musas! Literatura, moral, política, la sociedad entera, el hombre en todos sus estados y clases, muestran al ingenio español nuevas y desconocidas sendas para lucir la imaginación más florida, el fecundo estudio, la más noble experiencia. Quedaba todavía por beneficiar una rica mina, la de la verdadera *fábula ascética*, por más que éste ó aquél de los *ensiem- plos* introducidos en los *Cantares* del Arcipreste de Hita aspiren á tan alta calificación.

Ardua y llena de riesgos la empresa, como muy delicada de suyo, acometióla hace poco el Sr. D. Cayetano Fernández, individuo de número de la Real Academia Española, con fe cristiana, vasto saber y ánimo constante; y llevó al apólogo la verdad de las verdades, la verdad evangélica, correspondiendo el asunto

á los fines y la forma al asunto. Guardado estaba un tan digno lauro para el eclesiástico respetable que (dotado del numen creador y poético, que del Cielo y no de otra parte se recibe) cultivó todos los buenos estudios y el mayor de todos, el de la Sagrada Teología, morando en los verjeles de la bella literatura, y que pudo conocer á fondo el corazón humano en el constante ejercicio de su sagrado ministerio. Preciso era que se reuniesen todas estas cualidades y circunstancias en una sola persona, para escribir gallardamente las *FÁBULAS ASCÉTICAS, EN VERSO CASTELLANO Y EN VARIEDAD DE METROS.*

Si la enseñanza de buenos principios constituye la naturaleza del apólogo, ¿qué documento más provechoso y de mayor importancia que el apólogo ascético, cuyo objeto es la moral evangélica y á veces también el dogma, dirigiéndose todo por la mira de despertar al lector y conducirle agradablemente á la perfección cristiana?

Vense, pues, en las *FÁBULAS ASCÉTICAS* del Sr. D. Cayetano Fernández verdades gravísimas y profundas, como en las parábolas que intitula *El Tiempo, El Sol y la Luna, El Si-*

glo XIX y el Solitario, Los Pecados Capitales y El Aire y el Insecto; terribles amenazas, como en El Niño Diabólico, La Exposición Artística de los Animales, El Mastín y el Perro, Los Primeros y los Últimos, La Erupción del Vesubio y El Primogénito; ejemplos los más instructivos, como en El Médico enfermo, La Dama y el Esqueleto, el Girasol, El Doblón y el Andrajo, El Joven como hay muchos, Júpiter y varios animales, El Leopardo y la Ardilla, Las dos Amigas, El Cerdo y la Mona, El Elefante y el Microbio; y, en fin, pensamientos los más consoladores, como en La Azucena, El Llanto y la Risa, El Caracol y el Cigarrón, El Armiño, El Castor y el Jabalí, Dorila y Aminta, La Rosa entre espinas, La Mariposa y la Abeja y La Carreta y el Tren. El Evangelio que admiramos y veneramos esculpido en piedra y en bronce, pintado en lienzos, descrito en viajes y cantado en poemas, ha sido también puesto en fábulas por el digno eclesiástico sevillano, cuya elección tanto realce ha venido á dar á la Real Academia Española.

El fabulista recorre todos los metros conocidos y los ensaya nuevos, en combinaciones peregrinas y de suma dificultad, lo cual hace

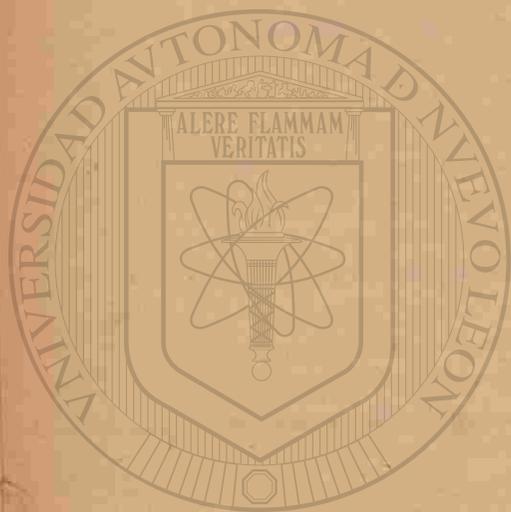
que estas FÁBULAS, puntuadas como están esmeradamente, sean lo más á propósito para adiestrar á los niños en la lectura del verso y para afinar su oído, obligándoles á recorrer todo el diapasón de la métrica española.

Abundan los sonetos en el libro del señor don Cayetano, porque el fabulista no perdona medio, por costoso que le haya sido, para conseguir que los lectores beban sin repugnancia el licor, amargo muchas veces al humano apetito, animándolos con el atractivo de la copa en que se lo brinda.

Niños y ancianos, sabios é ignorantes, malos y buenos, han de hallar instrucción y deleite con esta obra; comentarla, fuera impertinencia; recomendarla, vanidad. Ella por sí misma se recomienda á quien tiene la suerte de cogerla en sus manos; y harto lo dice el haberse, en breve tiempo, agotado ya dos ediciones de 6.000 ejemplares, y el buscarse con tal interés y vivo empeño que es necesaria ésta ¹.

AURELIANO FERNÁNDEZ-GUERRA Y ORBE.

¹ Este prólogo fué escrito para la cuarta edición, de 6.000 ejemplares, ya agotada por completo.



PRÓLOGO DEL AUTOR

Creo que ni la más delicada conciencia podrá inquietarse por ver publicar fábulas de asuntos religiosos, cuando ese género de literatura se ha destinado siempre á enseñar grandes cosas, y cuando hasta el mismo celestial Maestro Jesucristo expuso y encerró en parábolas altísimas verdades de su soberana doctrina. Ciertó que las parábolas no son idénticamente fábulas, atendida la índole especial de estos poemas, pero les falta muy poco; y yo, de buen grado, hubiera hecho de todas las del Evangelio otras tantas fábulas, si un respeto harto justificado no me hubiera impedido alterar en lo más mínimo el sagrado texto.

La idea, sin embargo, de escribir una co-

lección de esta especie es, á mi modo de ver, completamente nueva. Tenemos fábulas morales, fábulas políticas, fábulas literarias, etcétera; pero fábulas ascéticas, son éstas, ó yo me engaño mucho, las primeras que se ofrecen al público. Muy lejos estoy, empero, de querer arrogarme la honra de esta novedad: no es invención mía, no, sino del tiempo en que vivimos, ó más bien del cotidiano estudio de sus necesidades. Una generación, en tan visible parte ligera, frívola, engreída ó codiciosa, no es muy de esperar que acuda á nutrir cristianamente su espíritu en las grandes obras de los ascéticos, y eso que los nuestros son los mejores del mundo. Era, pues, necesario hallar un ardid y obtener el medio ingenioso de llevar á ciertos entendimientos y hacer sentir á ciertos corazones las máximas eternas y las inspiraciones cristianas; y que la píldora de la verdad, casi siempre amarga, pasase así á producir sus efectos, deleitando, ó por lo menos sin haber incomodado antes en el paladar.

Esto es lo que me he propuesto con la presente obrita, no sin haber desmayado muchas veces, en vista de obstáculos que ofrecía la

empresa. Y ciertamente, la necesidad de reunir y conciliar, en una multitud de composiciones, la concisión y sencillez de los planes con la trascendencia de los pensamientos, y el estilo festivo y la animación de los cuadros con lo profundamente serio de las enseñanzas, es dificultad ante la que me hubiera rendido por completo, si lo mucho que falta á mi pobre ingenio no hubiese venido á suplirlo la voluntad enérgica, que me suministra un poco de zelo sacerdotal del bien de las almas. No es esto decir que he salido vencedor: estoy muy distante de creerlo; pero sería dichoso si con esto, que calificaré de *osada tentativa*, lograrse llanar la atención de nuestros verdaderos ingenios hacia un campo tan precioso, tan dilatado, y que en la actualidad se les presenta enteramente inculto.

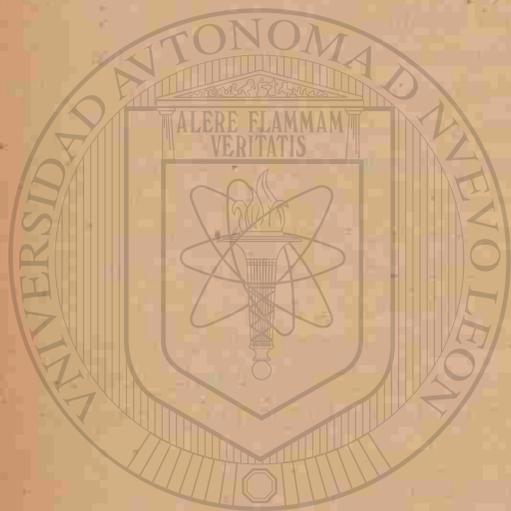
Diráse que si la puntería va desde luego dirigida tan alto, ¿á qué nombrar á cada paso los niños, como si ellos fueran el único objeto de mi atención y de mi trabajo? ¡Oh! eso es, Lector muy benévolo, porque una larga experiencia enseña que, en punto de religión, hay muchos niños: niños á quienes los años, la inteligencia, la ocupación colo-

can ya más ó menos distantes del primer período de la vida. Porque niños son en esta materia los que, desvanecidos con los pasatiempos y placeres de la sociedad pagana en que vivimos, encuentran fastidioso, insoporrible, todo lo que pone en sus almas la meditación y el desengaño: niños son los que, entregados por completo á los afanes y adquisiciones del siglo, no reservan ni un momento siquiera para la única cosa necesaria: niños son, en fin, cuantos, atraídos, por afición ó por necesidad, al estudio de una ciencia ó al ejercicio de una facultad, olvidan y desconocen al cabo hasta aquello mismo que los verdaderos niños saben de la gran ciencia de la salvación. Ved por qué, hablando también con los doctos, no he tenido inconveniente en autorizar mis fábulas colocando al fin de cada una la cita exacta de una sentencia de la Sagrada Escritura, cuyo desenvolvimiento es el asunto, y cuya traducción literal se encuentra siempre en el apólogo ó es la moraleja con que termina.

Mas no por eso me persuado de que mi tarea será, en todo caso, completamente inútil para los cristianos fervorosos y de buen

espíritu. Antes por el contrario, las sanas ideas deben suministrarse en todas las formas convenientes; mucho más hoy, que son tan escasas en número las lecturas amenas que pueden circular sin recelo entre las personas timoratas. Y, si mi obra valiese algo; si yo hubiera logrado elevarla á la altura de mis deseos, no sería poco triunfo el poder decir que había dado con el secreto de presentar un libro que, deleitando sin peligro en manos de una monja, enseña sin fastidio en manos de un *despreocupado*. Entonces sí que, con más razón acaso que el fabulista de la antigüedad, podríase repetir desde el principio de estas páginas:

Duplex libelli dos est, quod risum movet,
Et quod prudenti vitam consilio monet.



PRÓLOGO

LIBRO PRIMERO

FÁBULA PRIMERA

Los Canarios Filarmónicos.

Aperiam in parabolis os meum
(PSALM. LXXVII, vers. 2.)

No recuerdo en qué fecha ni en qué parte
Un Anciano, gran músico, vivía,
De severos principios en el arte
Hasta rayar en cáustica manía.

A cualquiera invención llamaba abuso,
Sin atender á edad ni á gustos varios;
Y en tan loco sistema se propuso
Adiestrar en la solfa á unos Canarios.

Con tal fin, en sus doctos mamotretos
Les obliga á estudiar sin perder ripios.

Queriendo que tan hábiles sujetos
Aprendiesen el arte por principios.

Largos meses los tuvo en las primeras
Nociones de científicos vocablos;
Lo cual, para unas gentes tan ligeras,
Era engorro y tarea de mil diablos.

Al cabo, de entonar llegado el día,
Hartos ya los Canarios de retórica,
Cada cual gorjeó como podía,
Dando al traste con toda la teórica.

En vano el Profesor con faz airada
Lanza fuego, blandiendo la batuta,
Jurando que va hacer una fritada
De su aleve capilla diminuta.

No hubo medio: soltaron el frenillo;
Y para más oprobio del Maestro,
Sonó al punto en la calle el organillo
Que un Ciego charlatán tocaba indiestro.

Al oírlo las Aves se alborozan,
Admirando sus trinos y cadencias;
Las ensayan, repiten y se gozan
Sin trabajos, ni estudios, ni violencias.

En suma, del Maestro se burlaron
Amigos, vecindad y el pueblo todo;
Y jamás los Canarios olvidaron
La solfa que aprendieron de este modo.

Si enojado algún crítico me muerde,
Echándola de rígido teólogo,
Porque estampo este libro, que se acuerde
de mirarse en el Viejo de este apólogo.

Pues, ó tengo el caletre *tanquam tabula*,
Ó es verdad que, á infantiles corazones,
Más se pega el consejo en una fábula,
Que en noventa dogmáticas lecciones.

Escribo, pues, ¡oh críticos sardónicos!
Para alumnos de vuelo muy sencillo:
Ellos son los Canarios Filarmónicos,
Y yo el Ciego que toca el Organillo.

FÁBULA II

Las Dos Banderas.

En un país remoto,
Que se halla en guerra,
Un lindo Joven quiere
Tomar bandera.

Del uno y otro bando
Primero intenta
Conocer los caudillos
Y su estrategia,

La justicia y las armas
Con que pelean,
Y, en fin, los galardones
Con que ambos premian.

Y con tales designios
Al campo llega
Do libre azota el aire
Bandera negra.

— «¡Mancebo, le gritan, tu suerte es segura!
¿Que aquí la ventura
Te llama, no ves?
Palacios, festines, y danzas, y amores,
Y ricos licores
Nuestra paga es.

Y en lechos floridos, con dicha sin tasa,
La vida se pasa
Cual sueño de amor.

¡Ven, ven! no vaciles: ven, ven con nosotros!
Si vas con los otros,
Te secas cual flor.» —

Y el Joven, que es prudente,
Mucho recela
Que allí no jueguen limpio
Por varias señas.

Y abismado en sus dudas
Al campo vuela
Do la Bandera blanca
Flota modesta.

— «Joven, le dicen, tu inmortal destino
con nosotros te llama;

Que, si buscas VERDAD, VIDA y CAMINO,
Hallaste aquí cuanto tu pecho ama
Santo y divino.

Una cruz es el arma que te espera
Hasta que el tiempo acabe;
Mas servir al Monarca que aquí impera
Es un yugo feliz, dulce y suave,
Carga ligera.

Y tronos tiene, en la región do habita,
Que dar á sus valientes,
Por breve plazo en que la lid se agita;
Y de palmas y lauros refulgentes
Gloria infinita » —

— «Muy serio es este caso

(Dice el Doncel);

Allí juego y amores,

Danza, embriaguez,

Palacios y festines;

Pero... ¿y después?

Aquí silencio adusto

Reina doquier:

Placeres y delicias

Nunca se ven:
¡La cruz hasta la muerte!
Pero... ¿y después?»

Y quede aquí suspenso este monólogo.
Tú lo terminarás á tu manera,
Joven Lector, cual héroe de mi apólogo;
Que del mundo en la bélica carrera,
Yo te anuncio, sin ínfulas de astrólogo,
Que tendrás que elegir una Bandera,
Y será la de Cristo, Rey eterno,
Ó de Satán, monarca del averno ¹.

¹ Joan, VII, 1.º

FÁBULA III

La Dama y el Esqueleto.

Una Dama se asustó,
Porque un Esqueleto vió;
Y al punto se dió á correr.
Y aún durara su carrera,
Si una voz no le dijera
Con misterioso poder:

— «Detén el paso indiscreto:
(Era el medroso Esqueleto)

¿Por qué te cansas así?

Si á todas partes te sigo,
Si corro á la vez contigo,
Si marchó dentro de ti...?»

¿Te asusta mi calavera?

Pues bajo tu cabellera
Llevas otra igual, igual;

Y, con mis secas costillas
Y mis enjutas canillas,
Soy tu efigie más cabal.

Pues tu cuerpo idolatrado
Es esqueleto forrado
De una tela baladí:
Y al cabo el tiempo la rae,
Y carcomida se cae,
Y quedas igual á mí.»—

En esto la pulcra Dama,
Volviendo su rostro, exclama:
— «¡Oh Muerte, tú dices bien!

Y, pues fuerza es que me sigas,
Seremos de hoy más amigas;
Estrecha mi mano, ven.»—

Y, con efecto, la Bella
Se prendó tanto de aquella
Nueva amiga, siempre fiel,
Que abandonó los afeites
Y los fugaces deleites
Del mundo insensato y cruel.

Y en hondo claustro se abriga,
Y en contemplar á su amiga
La vida entera pasó;
Enamorada de suerte,
Que en los brazos de la muerte
Dichosa y santa expiró.

Luego el pasaje acredita,
Que quien la muerte medita
Le va perdiendo el horror.
Pues el pecado se aleja,
Y así la vida se deja
Sin pesares ni temor ¹

¹ Eccl., VII, 22.

FABULA IV

La Bujía y la Linterna.

La brillante Bujía,
Que en salones magníficos alterna,
A la humilde Linterna
Sonrojó en estos términos un día:

— «Quita allá esa capucha
Y ese manto, que eclipsan tus fulgores;
Pues, ¿quién te dirá amores
Al verte así encerrada y tan machucha?» —

— «¡Muchas gracias, señora!
(La Linterna replica); pero advierte,
Que á tu luz seductora
Cualquiera vientecillo da la muerte,

Mientras yo voy segura,
Y alumbro sin temer los huracanes» — ¹.
¡Verdad! que la hermosura
Sin recato, se expone á mil desmanes.

¹ Prov., XXXI, 18.

FABULA V

Los Dos Potros.

Del monte vecino,
Sus trabas rompiendo,
Viniéronse al llano
Dos Potros cerreros.

— «¡Qué grato es ser libre!
(Gritaron á un tiempo)
Gocemos del mundo:
¡El campo ya es nuestro!» —

Y dando relinchos,
Con mil escarceos,
Ya al trote, ya al paso,
Ya á escape ligero,

Sin ver lo que hacen,
Metiéronse ciegos
En férreo camino
Que cruza el terreno.

— «¡Hallazgo dichoso
(Gritó el más Travieso)
Nos brinda la suerte!
¿No ves qué paseo?

¡Qué hermoso, qué llano,
Qué limpio, qué recto!
Pues nadie lo impide,
¡Vaya, disfrutémoslo!» —

— «Me place sin duda
(Gritó el Compañero);
Mas no sé qué piense
De tantos maderos,

Con maña tendidos
Bajo de estos hierros.
¿Hay gato encerrado....?
Mucho lo recelo.» —

En esto, el silbato
Resuena á lo lejos
Rasgando los aires;
Y, á pocos momentos,

La máquina asoma
Con hórrido estruendo,

Su negro penacho
Tendido en el viento,

Con ojos teñidos
De rojo siniestro,
Carbones y brasas
Regando en el suelo.

Los Potros al verla:
— «Hermano, ¿qué es eso?
(Los dos se preguntan
De pánico llenos.)

— ¡Un monstruo terrible
Nos viene al encuentro!
¡Nos traga sin duda!
— ¡Huyamos!» — Y huyeron,

Mas quieren salvarse
De modo diverso:
El Uno se lanza,
Obrando cual cuerdo,
Fuera de la vía
De un bote ligero,
Y queda seguro;
Mas ¡ay! que el Travieso

Prosigue en la senda
Que fué su recreo;
Y espera le libren
Sus ágiles remos,

Corriendo delante
Con vano ardimiento
Del monstruo que avanza
Con alas de fuego.

Ya llega..... le pilla.....
¡Cielos! no hay remedio:
Le arrolla, le aplasta,
Tritura sus huesos.

Así pagó el triste,
Por vano, por terco,
Quedando en los rails
Pedazos mil hecho.

En tanto que el Otro,
Del susto repuesto,
Os dice con ansia:
— «¡Oh jóvenes tiernos!

Quien necio presume
Bastarle su esfuerzo,

Y no deja á un lado,
Con santo denuedo,

La senda querida
Sembrada de riesgos,
Huirá por lo pronto
Del pecado horrendo;

Mas, tarde ó temprano,
Caerá sin remedio:
Que el que ama el peligro....
Bien lo dice el texto —¹.

¹ Eccl., III, 27.

FÁBULA VI

Exposición artistica de los Animales

Quiso el sabio León, monarca augusto,
En sus vastas regiones
premiar las artes, promover el gusto,
Ofreciendo sus ricos galardones,
Como es práctica ya entre las naciones.
Y, anunciándolo el Loro en todas partes,
Abrió una Exposición para las artes.

Es ocioso contar que allí brillaron
Maravillas, que al público admiraron;
Que, en circunstancias tales,
Lució la diestra Abeja sus panales,
La Oropéndola el nido,
La Araña su tejido,
Su capullo el Gusano,
Su morada el Castor, gran arquitecto;
Y, en suma, allí se vió lo más selecto
De toda animalesca obra de mano.

Pero ¡oh torpe y ridícula ocurrencia,
Que de ejemplo será á la concurrencia!

Hasta el sórdido y vil Escarabajo,
Ganoso de las honras del trabajo,
Llevó también su bola;
Mas, con tal travesura,
Que, ocultando ingenioso la basura,
Con tersa capa de oropel cubrióla.

Por el pronto la turba novelera,
Que ve tan linda esfera,
El claro genio del autor aclama;
Y, entre aplausos y vítores, proclama
Que, en todo el vasto gremio,
No habrá artista que alcance mayor premio.

Mas el sabio León, que con esmero
Muy despacio las obras examina,
Y á cada cual destina,
Como juez justiciero,

El debido agasajo,
Al mover la del vil Escarabajo
(Que allí andaba aguardándolas felices)
Se tapó con su garra las narices.
En seguida la Corte se alborota.....
Y fué que, hecha migajas la pelota,
Se vió que, si por fuera está dorada,
Por dentro era de estiércol fabricada.

¡Y cierto! no sé yo qué fué más breve,
Si quejarse el León del chasco aleve,
Ó morir el Autor, entre el susurro,
Bajo la pata de un valiente burro.

*¡Ay! ¡de cuántas acciones
Que en el mundo reciben galardones,
Por tener de virtudes la apariencia,
Allá, del Sumo Fuez en la presencia,
El necio autor recibirá tormento,
En vez de eterna gloria,
Cuando llegue el momento
De separar el oro de la escoria!*¹

¹ Ps. LXXIV, 3.

FÁBULA VII

Los Tigres pintados.

Á la entrada de un viñedo
Dos fieros Tigres pintaron,
Y tan bien los imitaron,
Que daban un susto al miedo.

Los que ignoran el enredo
Sobrecógense un instante;
Mas el fuerte va adelante
Y el cobarde retrocede,
Cogiendo fruto abundante
El que á fantasmas no cede ¹.

*¡Oh virtud! ¡Á tus entradas
También hay fieras pintadas,
Que asustan al alma necia!
¡Dichoso el que las desprecia!*

1. Apoc., XI, 7.

FABULA VIII

El Girasol.

Tres flores de un verjel,
Las más hermosas,
Rosa, nardo, clavel,
Presuntuosas

Preguntaban con ansia á sus señores
Cuál fuese la mejor entre las flores.

Quién responde *el jazmín*,
Quién *la violeta*,
Quién *la rosa*; y en fin,
Para completa

Variedad de sentir en el concurso,
No faltó quien les hizo este discurso:

— « Prefiero el Girasol
Gallardo y recto;

El amante del sol
El más perfecto,

Que, con virtud ajena de una planta,
A la altura de un hombre se levanta.

¿No le veis con qué afán,
A toda hora,
Sigue al regio galán
A quien adora,
Y reverente la cabeza inclina
Desde que ve su lumbre matutina?

Vosotras, al revés,
Del bajo suelo
No levantáis dos pies;
Y mustio duelo
Os abate y enoja entre desmayos
Cuando derrama el sol ardientes rayos.

Por eso con rigor
Y ceño os trata,
Las galas y el primor
Os arrebatá;

Y vuestro cáliz, que el aroma encierra,
A la tarde ¡infeliz! ya está por tierra.»—

— «¡Hermanas, es verdad!
Mas no os asombre;
Que igual calamidad
Sucede al hombre.»—

(La Rosa dijo), y terminó la escena
Con aquesta lección de moral llena:

*El misero mortal
Que á Dios no mira,
En abismos de mal
Al fin expira:*
*Mas del justo que vive en su PRESENCIA,
Recta, noble y feliz es la existencia*¹.

¹ Génes., XXVII, 1.

FÁBULA IX

El Esquilón y el Gato.

Un Esquilón muy ladino,
Asomado á su tronera,
Con limpio acento argentino
Llamaba al culto divino
Al pueblo de esta manera:

— « ¡Parroquiano,
Mal cristiano,
Ven á Misa;
Pues te avisa
Que ya es hora
Mi sonora
Voz de alado serafín!
Tin, tin, tin.

¿No te pasma
Y entusiasma
Mi desvelo,
Y este celo
Con que llamo

Cual reclamo
De mi célico confin?
Tin, tin, tin. » —

Oyó el sonsonete un Gato
(El rubio Marramaquí)
Desde el tejado inmediato,
Y sin pizca de recato
Hubo de increparle así:

— « ¡Linda pieza!
¿No es rareza
Que, con tanto
Són de Santo,
Nunca al templo,
Dando ejemplo,
Descendió tu beatitud?
Miaú, miaú.

Así, digo:
Que, conmigo,
Tu palabra
Poco labra,
Pues no tiene
Lo que viene
A dar peso á la virtud.
Miaú, miaú. » —

Quien las virtudes predique,
Sin dar á la vez ejemplo,
Que no muy alto repique,
No sea que se le aplique
Lo que al Esquilón del templo.

1 Math., cap. XXIII, vers. 3.

FÁBULA X

El Elegante y el Pavo real.

Burlábase sin pizca de decoro
De un hermoso Pavón un Elegante,
Porque el pobre animal, algo pedante,
Abrió sus plumas de esmeralda y oro.
Nótalo el Ave, y con acento airado
Dejó así al burlador escarmentado:

— «En verdad que te burlas sin prudencia;
Pues, si orgulloso ostento mi plumaje,
El Criador me lo dió; mas ese traje
Es del crimen de Adán la torpe herencia.
¡Y te gozas en él naciendo en cueros,
Cuando es hecho de lana de carneros!» —

Quedó el hombre, al oír esto, tamañito;
Porque el lujo en vestir era su anhelo,
Siendo el traje en el hombre un sambenito
Y en el Pavo real un dón del Cielo! ¹

Aprended, elegantes, este apólogo.
Pues el Pavo os habló como un teólogo.

¹ Eccl., XII, 1.^o

FÁBULA XI

Las Pompitas.

Con espumas de jabón,
Por un canuto de caña,
Soplaba un niño con maña
Pompitas desde un balcón.

En la calle un zagalón,
Viéndolas bajar tan bellas,
Presuroso iba á cogellas;
Mas, al tocarlas su mano,
Tornábanse en aire vano,
Sin quedar ni rastro de ellas.

— ¡Zagalón, qué necio eres!
(Dice un Quidam) pues ¿no ves
Lo que indica y lo que es
Ese globo que asir quieres?»

*Es tipo de los placeres
Por que los hombres delíran,
Que, cuando lejos se miran,
Cautivan el corazón,
Mas se ve que nada son
Cuando, al tocarlos, expiran*¹.

¹ Eecl., I, 2.

FABULA XII

El Tiempo.

Una noche, en que el sueño andaba lejos,
De mi pálida luz á los reflejos
El Tiempo, á solas, penetró en mi estancia
Á hacerme una pregunta de importancia.
Y después de pedir con voz sonora
Perdón, por lo molesto de la hora,
— «Quiero (dice) saber lo que hay de cierto
En un asunto que me tiene muerto:
Yo no sé lo que soy ni lo que valgo,
Y aun me pongo á dudar si seré algo.
¿Tú eres oro! me dice el comerciante,
Su carrera me llama el estudiante,
El labrador su afán; tan sólo el necio
Me condena al olvido y al desprecio.
Quién, me pinta con alas; quién, sañudo,
Engullendo voraz un niño crudo.
Unos dicen que calmo los pesares:
Otros que los reparto por millares.
Los que gozan me tienen por ligero,
Los que sufren por tardo y majadero:
Los jóvenes me llaman su destino,

¡Y los viejos me acusan de asesino....!
Y después de tan múltiple andanada,
El filósofo dice que soy..... ¡nada!
Así, pues, en tamaño desconcierto,
Quiero saber de ti lo que hay de cierto;
Que no sé lo que soy, ni lo que valgo,
Y aun me pongo á dudar si seré algo.»—
Y el tiempo urge. ... y mi palabra espera.....
Y al cabo respondí de esta manera:
—«Todos tienen razón, pues cada hombre
Según le va contigo te da nombre.
Y, pues saber mi pensamiento quieres,
Te diré para mí lo que tú eres:
Eres..... ¡mi salvación ó mi ruina!
Esto me dice la verdad divina.
Si te pierdo ¡ay de mí! serás **infierno**.
Si te ocupo en el bien, mi **gozo eterno**»—¹.
—«¡Publica esa verdad!»—

*Que el tiempo es llave
De la honda eternidad, ¿quién no lo sabe?*

¹ Gálat., VI, 10.

FÁBULA XIII

Los Criados invisibles.

Un Joven bien criado,
Viajero por destino,
Se hospedó en cierta casa
De unos buenos amigos,

Que, á fuer de generosos,
Como gentes de viso,
Con ansia todos quieren
Servir al bienvenido.

Mas él á todos para,
Rehusando los servicios;
Pues «Traigo (dice) siempre
Dos criados conmigo.»

—«¿En donde están? (preguntan).

—«El verlos no es preciso,
(Respóndeles); más quiero
Pintarlos muy al vivo:

Son mozos de mi talla,
Por más señas, mellizos:
Mis propios años cuentan,
Y así..... mi genio mismo.

Gastan poco, y en breve
Lo encuentro todo listo;
Y cuanto los dos hacen
Me parece exquisito.

Prudentes cual ningunos,
Callados cual novicios,
Y siempre á mi presencia,
Jamás me dan fastidio.

Ni riñen, ni murmuran
Cual otros de su oficio,
Ni me piden salario,
Ni yo les doy un pito.

Y con todo, son fieles,
Incansables, solícitos;
Tan sólo cuando duermo
Ellos quedan tranquilos.

Así vivo dichoso;
Más fortuna no envidio,
Ni cambio la que tengo
Por el Imperio chino.» —

La familia, admirada
Con el caso inaudito,
Deshácese en preguntas
Así por el estilo:

— «¿Quién vió tales domésticos?
¿Quién tal regalo os hizo?
Decid, ¿cómo se llaman?» —
— «Todo voy á decirlo:

Me los dió el Evangelio,
Que tiene gran surtido;
Y, al declarar sus nombres,
Descubro ya el prodigio.

Se llaman..... (entenderlo
Más que todo es preciso)
Conténtate con poco
Y sírvete á ti mismo.
¡Oh! ¡Bienaventurados
*Son los pobres de espíritu!*¹

¹ Math., V, 3.

FÁBULA XIV

El Buen Pastor.

(A LOS SEÑORES ALUMNOS DEL SEMINARIO
GENERAL Y PONTIFICIO DE SEVILLA.)

Tres robustos zagales,
Sancho, Juan y Perico,
En fuerzas y en edad todos iguales,
A Gil, labrador rico,
Rogaban con solícitos clamores
Que á los tres admitiese de Pastores.

— Bien está (dice el Amo);
Mas, véase primero,
Si sabéis el oficio cual reclamo;
Pues pago mi dinero,
Y no debo jamás recibir quejas
De que no tratáis bien á mis ovejas.

¡Vaya! Sancho (perdona,
Pues de examen se trata):
— ¿Qué harás tú, si el aprisco te abandona
Alguna oveja ingrata? —
— «Llamarla (dice) con mi gran silbido.» —
— «¿Y si no te obedece?» — «Ya he cumplido.»

— «¡No tendré yo esa flema!
(Grita Juan, dando un bote):
El palo, y siempre el palo es mi sistema;
Usaré del garrote,
Y al aprisco vendrá, bien que sin ganas;
Que, si me llamo Juan, no soy Juan Lanás.» —

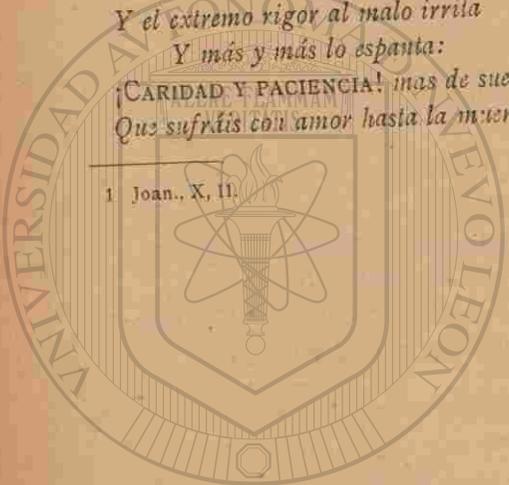
— «¿Tú Pedro?» (dice el Dueño);
Y responde exclamando:
— «¡Ay! por ganarla perderé mi sueño;
Si huye al silbido blando,
Sobre mis hombros la traeré á la huella;
Y, si es preciso, moriré por ella.» —

— «¡Bien hayas, hijo mío!
(Contéstale el Labriego);
Tú serás buen Pastor, yo te lo fío:
Mis ovejas te entrego;
¡Y vosotros, poltrones ó tiranos,
Marchad á guardar fieras ó marranos!

*Escogidos Zagales,
A quien la Iglesia espera
Confiar sus rebaños inmortales:
Ya sabéis la manera
Con que habéis de tratar á vuestra grey,
Cumpliendo del Pastor la estrecha ley.*

La pereza maldita
Poco ó nada adelanta,
Y el extremo rigor al malo irrita
Y más y más lo espanta:
¡CARIDAD Y PACIENCIA! mas de suerte
Que sufráis con amor hasta la muerte¹.

¹ Joan., X, 11.



FÁBULA XV

La Virtud y el Vicio.

Con diabólico estruendo,
Por su camino,
El Vicio va corriendo
Con desatino;
Mientras despacio
La Virtud va siguiendo
Su recto espacio.

Aquél le grita:— «¿Adónde
Corres tan viva?»—
Y la virtud responde
También festiva:
—«Repare el Majo

Que yo voy cuesta arriba
Y él cuesta abajo.»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FÁBULA XVI

La Pastora y el Cuervo.

Filís, cándida Pastora,
En la cabaña en que mora
Crió un Cuervo, y se propuso
Hacerle dejar el uso
De comer carne difunta;
Mas el Cuervo, que barrunta
Que nadie verá su enmienda,
Aplaza el variar de senda,
Para no cumplir jamás,
Diciendo siempre *cràs, cràs* ¹.

En vano su fiel Maestra
Ricos manjares le muestra.....
Frutas, leche, queso, miel.....
Y otras mil cosas; pues él,
Como huela cuerpo muerto,
Allá se lanza de cierto.
Y por si Filís regaña,
Á la vuelta, con gran maña,

1. *Cràs*, adverbio de tiempo que significa en latín *mañana*.

Viene ensayando á compás
El consabido *cràs, cràs*.

Por fin la buena Pastora
Sorprende al Cuervo en mal hora
Cebando su negro pico
En el lomo de un borrico;
Y, enarbolando el cayado,
Castigó su gran pecado,
Dejándole ya..... tendido.

—Pero, ¿murió arrepentido?

—No, por cierto: ¿lo creerás?

Murió gritando *cràs, cràs*.

*Pecador, que de esa suerte
No ves se acerca la muerte,
Y aplazas tu conversión
Para mejor ocasión:*

*No te burles de las iras
Del Cielo que, ufano, miras;
Pues, si das con maldad ciega
Un plazo que nunca llega,
Como el Cuervo morirás
Diciendo también CRÁS, CRÁS* ¹.

2. Prov., III, 28.

FÁBULA XVII

El Talador y el Olivo.

«¡Oh martirio! ¡oh crueldad!» (Así decía
Un Olivo frondoso, cuyas ramas
El diestro Talador diezmado había.)

¿Por qué tan fiero mi desdicha tramas
Al filo de tu márcola sangrienta?
¿Es eso, Agricultor, lo que me amas?

Ya mi copa arruinada y macilenta
Ni sombra ofrece, ni belleza alguna
En medio del dolor que me atormenta!» —

— «Calla, y cesa en tu plática importuna
(El Hombre dice); que belleza y sombra
No se quieren de tí, sino aceituna.

¡Ya verás, por Abril, cómo se nombra
El esquilmo que viste tu indigencia,
Y tu cosecha, por Octubre, asombra!

Hasta entonces, Olivo, ten paciencia.» —
*Luego adora, cristiano, los rigores
De paternal y sabia Providencia,
Si tus frutos prepara en los dolores*¹.

¹ Luc, VIII, 15.

FÁBULA XVIII

La Lengua y la Espada.

Una Lengua y una Espada
Cayeron un día presas;
Aquella por viperina,
Estotra por pendenciera.

Y al verse en la cárcel juntas,
Formando otros presos rueda,
Después de amables saludos,
Se hablaron de esta manera:

— «¿Qué has hecho tú, peleona?
(Dijo á la Espada la Lengua).
— «He dado unas cuchilladas,
(Repuso vibrando aquella):

» Además en guerra injusta
He fulminado sangrienta;
Y al cabo, como soy fuerte,
He cometido violencias.» —

«¿Y por esas niñerías,
(Responde la otra) te pescan?
¡Vaya, vaya! no te apures;
Escucha, y verás lindezas:

» Yo profiero cada día
Por millares las blasfemias;
Voto más que un carretero,
Miento más que la *Gaceta*.

» Juro en falso, y, por mi dicho,
A más de un pobre trompeta
Hicieron morir bailando,
Colgándoles de una cuerda.

» Murmurar es mi delicia,
La calumnia mi sistema,
No dejando honor seguro
Ni en casada ni en doncella.

» Desuno los matrimonios,
Rompo amistades eternas,
Y, atizando la discordia,
Destruyo la paz doméstica.

» Y es lo peor de mis gracias
(Aunque todas son perversas),
Que los daños que ocasiono
Tarde ó nunca se remedian.

» Adulo á los poderosos,
Trato al pobre á la baqueta.

Siembro luto en las familias
Con fraude, estafas y afrentas.

» Divido los ciudadanos
Con mis programas y arengas,
Y al pueblo simple alboroto
Con patrañas y quimeras.

» Y turbo la paz del mundo
Con mil intrigas funestas,
Y entre naciones y reyes
Gozo avivando la guerra.

» Y, por fin, si no atajaran
El furor que me envenena,
Cenizas hiciera el orbe
Con mis ardientes saetas.» —

— «¡Cielo santo!» (exclaman todos
Los Nenes de la caterva),
Y santiguándose muchos,
Sentaron por cosa cierta:

Que la Espada es una monja
En vista de su pareja;
*Pues no hay pecados peores
Que los pecados de Lengua*¹.

¹ Eecf., XXVIII, 15.

FÁBULA XIX

Clorinda victoriosa

Del campo

Vecino,

Sin habla,

Sin tino,

Clorinda

Llegó.

Y apenas

Aliento

Recobra

Y acento,

Temblando

Gritó:

— «¡Ay madre!

¡Qué miedo!

De susto

No puedo

Tenerme

De pies.»

— «¿Qué es ello,

Mi vida?

(Exclama

Transida

La madre)

Dí, pues.»

— «Horrible

Serpiente,

Pasada

La fuente,

Silbando

Salió.

«Al verme,

Se avanza....

Y.... ¡casi

Me alcanza

Su boca....!

Mas nó.»

— «¿Hay caso

Más fiero?

De oirlo

Me muero.

¡Ay, pobre

De mí!

Mas ¿cómo

Venciste?

¿Y el monstruo?

¿Qué hiciste?

No tardes:

¡Dí, dí!

— «Yo..... piedras

Le tiro;

Al cielo

Suspiro

Y escapo

Veloz.»

— «Victoria

Fué mucha!

Mas, ángel,

Escucha,

Por tanto,

Mi voz:

El negro

Pecado

Es monstruo

Malvado,

Serpiente

Crüel.

Mil veces

Tu alma

Veráse

Sin calma,

Batida

por él.

¿Lo entiendes

Bien todo....?

Ya sabes

El modo

De siempre

Triunfar:

Si luchas

Valiente,

Orando

Ferviente,

Si huyes

Al par¹.

¹ Eccl., XXI, vers. 2.

FÁBULA XX

El Siglo y el Claustro.

El Claustro y el Siglo un día
Toparon manos á boca;
Aquél de sayal y toca,
Y el Siglo á la negligé.

De los cargos que se hicieron
No fué pequeño el catálogo;
Mas yo sólo este diálogo
Con disimulo escuché:

Sigl. ¿Por qué me miran tus ojos
Con enojos,

Cual si fuera yo un vestigio?

Clau. Repara en tus hechos, Siglo,
Te cubrirás de sonrojos.

Sigl. Algo voy tras los placeres;
Mas ¿qué quieres?

¡Son tan gratos los honores,
Tan alegres los licores,
Y tan bellas las mujeres....!

Clau. ¡Pero es horrible y eterno
El infierno,
En cuyas brasas te miro!
Por eso busco el retiro,
Y ante el altar me prosterno.

Sigl. Sí; mas pasas una vida
Afligida
Con tan áspera abstinencia...

Clau. ¡Mejor que con tu licencia
Y liviandad descreída!

Así yo espero la palma,
Y en mi alma
Rebosa siempre el contento;
Mas tú, de goces sediento,
Ni tienes salud ni calma.

Sigl. Ese lenguaje machucho,
Que te escucho,
Prueba bien, y no me espanto,
Que ni yo me huelgo tanto,
Ni tú te maceras mucho.

Clau. ¡Es falsa la conclusión,
Seo bribón!

Lo que prueba es que tus vicios
Ajan más que los cilicios,
El ayuno y la oración.

Y aquí llegaban entrambos
De su plática importante,
Cuando yo pasé adelante,
Murmurando esta lección:

David lo dijo, y no yerra:
*Vale más un solo día
De Dios en la compañía,
Que mil en la corrupción*¹.

¹ Ps. LXXXIII, 10.

FÁBULA XXI

La Bandada de Estorninos.

Cruza alegre con plácido vuelo
Como nube del viento llevada,
De estorninos inmensa bandada,
Raro estruendo formando en el cielo.

Sin temor va del fiero enemigo,
Como ejército unido en batalla,
Que tranquilo y seguro se halla
Con la fuerza que lleva consigo.

Y al Halcón que, cual diestro en la caza,
Sorprenderla carnívoro intenta,
Sus falanges nutridas presenta,
Y con ímpetu hostil le rechaza.

Su defensa era ser todos unos.
Mas, de pronto, discordia maldita
En la rauda legión se suscita,
Y del bando se apartan algunos.

¡Infelices! la vida jugaron
Al dejar su constante bandera;

Que el Halcón vengador los espera
Y en sus garras sangrientas quedaron.

*Pobres mozos, que vais con desvelo
Tras la ciencia por sombras diabólicas:
De las nobles falanges católicas
Seguid siempre al pacífico vuelo;*

*Que, si abzáis nueva enseña traidora,
Porque el siglo fatal os corrompe,
Vuestra unión con la Iglesia se rompe,
Y el satánico Halcón os devora¹.*

Petr., V, 9.

FÁBULA XXII

La Rosa y el Ciprés.

En su huerto Cloris bella,
En una mañana hermosa,
Abierta viendo una Rosa,
Alegre voló á cogella.

Con inocente delicia
Su amor la llama y contento;
Y bebiéndole el aliento,
Dos mil veces la acaricia.

Celoso de lo que viera
Un Ciprés, lo llevó á mal,
Y con tono sepulcral
Se quejó de esta manera:

— «Quince abrilés há que vienes
A gozar, mi Bella, aquí,
Y nunca me has dicho á mí:
«Ciprés, buenos ojos tienes.»

«Y esa flor, que hace un minuto
Apenas estaba abierta,
Y á la tarde estará muerta,
Ya ha recogido su fruto!»

»¿Hay justicia para aquesto
En el alma de una bella?»—

—«¡Muy grande! (repuso Ella).
Escucha, anciano inmodesto:

»Esa flor en una hora
Llegó á ser cuanto podía:
En su reinado de un día
Mil encantos atesora;

»Mientras tú, con tanta edad,
Ni das sombra ni frescura,
Y... hueles á sepultura
Con tu adusta seriedad.»—

Y en esto, Lector del alma,
La Bella quiso decir:
*No está en el mucho vivir
El mérito ni la palma:*

*Corta vida sin doblez,
Limpia, pura y sin engaños,
Reprende los muchos años
De endurecida vejez¹.*

FIN DEL LIBRO PRIMERO

¹ Sap., IV. 13.

282010

LIBRO II

FÁBULA PRIMERA

La Azucena.

Era un jardín; sus delicadas flores
De aromas ricas, de color suaves,
Son los castos amores
De un Príncipe, su dueño,
Que del mágico edén tiene las llaves,
Y guarda él solo con prolijo empeño.

No hay en él una flor con mancha ó ruga:
Todas son virginales,
Hermosas, celestiales,
Sin huella de gusano ni de oruga.
¡Oh! ¡Si obscuro lunar alguna arroja,
El jardinero al punto la deshoja!

010385

»¿Hay justicia para aquesto
En el alma de una bella?»—

—«¡Muy grande! (repuso Ella).
Escucha, anciano inmodesto:

»Esa flor en una hora
Llegó á ser cuanto podía:
En su reinado de un día
Mil encantos atesora;

»Mientras tú, con tanta edad,
Ni das sombra ni frescura,
Y... hueles á sepultura
Con tu adusta seriedad.»—

Y en esto, Lector del alma,
La Bella quiso decir:
*No está en el mucho vivir
El mérito ni la palma:*

*Corta vida sin doblez,
Limpia, pura y sin engaños,
Reprende los muchos años
De endurecida vejez¹.*

FIN DEL LIBRO PRIMERO

¹ Sap., IV. 13.

282010

LIBRO II

FÁBULA PRIMERA

La Azucena.

Era un jardín; sus delicadas flores
De aromas ricas, de color suaves,
Son los castos amores
De un Príncipe, su dueño,
Que del mágico edén tiene las llaves,
Y guarda él solo con prolijo empeño.

No hay en él una flor con mancha ó ruga:
Todas son virginales,
Hermosas, celestiales,
Sin huella de gusano ni de oruga.
¡Oh! ¡Si obscuro lunar alguna arroja,
El jardinero al punto la deshoja!

010385

Ved la causa del llanto, que á porfía,
Desde el lirio á la malva,
Derramaban las flores, cierto día,
Al despuntar el Alba:
Fué que un rojo Clavel, del Dueño amado,
Con negra pinta amaneció manchado!

Ruegan todas por él, mas no hay consuelo:
La Violeta, temblando,
Más lívida parece con su duelo;
El Nardo, el Alhelí, su tez plegando,
Se vuelven sin perdón; y hasta la Rosa
Torna más bella cuanto más llorosa.

¡Ay del triste Clavel! que nadie alcanza
A redimir su pena!
Pero al mísero resta una esperanza:
¿La cándida Azucena
Ha rogado por él? ¡Oh! vedla luego
Reunir sus gracias, y elevar su ruego.

Era la Flor de blanco alabastrino,
Pura como el aliento de un querube;
Su perfume divino
Como el incienso sube
Á regalar al Dueño enamorado:
Era la Flor más bella del cercado.

Y con granos de oro
Rutilantes adorna el albo seno,
Y del aura y la luz y el campo ameno
Se ostenta cual riquísimo tesoro,
Cuyos reflejos vivos
Al aura, campo y luz tienen cautivos.

El Dueño amante con afán la mira,
Y — «¡Pide, exclama, pues tu amor suspira!
¡Tuyo soy todo entero!» —
Y tímida, acertando á hablar apenas,
Al punto dice: — Quiero...
UNA GOTA DE SANGRE DE TUS VENAS.

— «La verteré sobre el Clavel liviano;
Y el carmín soberano
Sanando por entero
El fino esmalte, la color perdida,
La Flor te deberá su sér primero,
Y á la Azucena..... deberá la vida.» —

Dijo; y las aves en alegre canto
Rompieron á la vez; y más sonora
La fuente murmuró; con nuevo encanto
La brisa voladora
Al infausto Clavel, que holló sus galas,
La nueva del perdón llevó en sus alas.

Y tuvieron festín todas las flores;
Y brillaron con célicos fulgores,
Según dice la historia,
Para dar al Clavel la enhorabuena,
Al Jardínero gloria,
Y aplausos mil y mil á la Azucena.

*¡Oh mortal! si la mancha del pecado
A morir te condena,
Contra Dios irritado
Aun te resta en el cielo una Azucena.
Implórala, diciéndole: MARÍA!
TÚ ERES LA VIDA, LA ESPERANZA MÍA ¹.*

¹ Ecel. XXIV, 25.

FABULA II

El Caracol y el Cigarrón.

A la pared asido
Un Cigarrón estaba,
Y necio se burlaba
Del paso detenido
Con que el buen Caracol subiendo iba,
La casa á cuestras, cual pesada giba.

— «¡Vaya, que gozo en verte!
(Dícele); por ligero,
De ti valerme quiero
Al mandar por la muerte;
Pues sin duda (recalca la Langosta)
No debo recelar que venga en posta.

¡Y habrá quien te resista!
¿No ves cómo de un salto,
Voy á parar tan alto
Que me pierdo de vista?
¡Pues sigue tú mi ejemplo, majadero! —
Y el Molusco responde: — «Caballero,

He visto en un *Tratado*,
Que es mejor ser postema

Con plan y con sistema,
Que, necio atolondrado,
Volar alguna vez sin saber cómo,
Y quedarse después como de plomo.

Sin saltos ni carreras
Llevo mi rumbo cierto;
Mientras tú como muerto
Estás horas enteras,
Y, si acaso en tus zancas te disparas,
Ni ves por dónde vas ni en dónde paras.¹

Qué respuesta daría
El burlón casquivano
No sé; mas y el cristiano
Que, ocioso noche y día,
Saltos da en la virtud sin hacer nada,
Pues obra por fugaz *ferocetada?*

*Más vale poco á poco
En virtud ir creciendo,
De una en otra subiendo,
Que, antojadizo y loco,
Querer hacerse santo en un minuto
Y clavarle después sin otro fruto¹.*

¹ Ps LXXXIII, 7.

FÁBULA III

El Testarudo.

De noche, en un mal paso y sin linterna,
Juan se rompió una pierna.
¡Vaya todo por Dios!

Le curaron tal cual; pero volviendo
Á aquel paso tremendo,
¡Juan se rompió las dos!

Sanó al fin: mas tornando á la aspereza,
Partióse la cabeza
¡Y muerto quedó allí!

*Si á un cristiano su culpa se le absuelve,
Y al vicio vuelve y vuelve,
¿No le sucede así?¹*

¹ Luc., XXII, 26.

FÁBULA IV

Un Robo merecido.

Un bello Joven
Trabajador
Lleva en sus manos,
En un bolsón,
Cuanto ganara
Con su sudor.
Plazas y calles
Corre veloz,
Y á quantos pasan
A su alrededor
El bolso muestra
Con hinchazón,
Como quien dice:
«¡Qué rico soy!
¡Tengo dinero!
¿Quién como yo?»
En hora mala
Le embisten dos
En la estrechura
De un callejón,
Con daga en mano,

Con ceño atroz:
Y el vano Creso
Pobre quedó.
Llora y pateaa,
Pide favor;
Mas nadie escucha,
Ni el mismo Dios,
Que así castiga
La presunción.

*Si tus virtudes,
Caro Lector,
Á todos muestras
Sin discreción,
La vanagloria,
Que llega en pos,
Te roba al punto
Mérito y don ¹.*

FÁBULA V

El Médico Enfermo.

Un Médico profundo,
Que ganó prez y fama por el mundo
Triunfando de la muerte,
Á influjo del saber ó de la suerte,
Á pesar de su ciencia y de su fama,
Enfermo gravemente, cayó en cama.
Mas de sabio se precia,
Y orgulloso á otros médicos desprecia,
Teniendo por insulso
Alargarles el pulso.
Por manera que, fiado en su consejo,
Á entregar iba el pobre su pellejo.

Al cabo conoció que se moría,
Y, vuelto á sus domésticos, decía:
— «Me muero: no hay remedio.
En mi vasto saber no encuentro medio
De apagar esta fiebre, que me quema,
Después de recorrer tanto sistema....
De Brownianos; Broussistas, Hidropáticos,
Empíricos indoctos y Homeopáticos,
¡Oh dolor! Y si yo, con ciencia tanta,

No me quito el dogal de la garganta,
¿Quién pudiera curarme, cuando estoy
Á punto de expirar?»

— «¡Señor, yo soy!» —

Dijo en esto una Anciana
De noble rostro y de cabeza cana.
— «¡Tú curarme! ¡ja, ja! dice el Galeno.» —
— «Os prometo, Señor, dejaros bueno,
Sin otra diligencia
Que jurarme tres horas de obediencia.» —
— «¡Obediencia! tal vez algún conjuro....
Mas (¿qué puedo perder?) Yo te la juro.» —
— «¡Bravo! (dice la Vieja) Conque, hermanos,
Sin tardanza al Doctor atad las manos,
Que á pulsarse no llegue,
Ni pueda recetarse, aunque reniegue:
Sus jarabes, emplastos.... la tintura....
Sin tregua á la basura.
Tú, muchacho, sal fuera,
Y vuelve con un médico cualquiera;
Que el Sabio acatará lo que recete,
Porque es fuerza que cumpla el que promete.»
— «¡Pardiez! (clama el Doctor) ¡no, no me entrego!
(Y... ¿qué más da morir ahora que luego?)»
Y el Triste se resigna como un Sócrates,
Y hará cuanto le dicte el nuevo Hipócrates.

Este llega: «Doctor, ¡un vomitivo!
De otra suerte, á la tarde no estáis vivo.» —
Tómale al fin, mas con tan buena mano,
Que, á la noche, el Enfermo estaba sano.

«¡Milagro!» exclaman todos,
Comentando el favor de varios modos.

— «¿Que es milagro decís? (gritó la Anciana)

¡Milagro, sí, de la moral cristiana!
Nadie presume de poder y ciencia,

Queriendo prescindir de la obediencia
En todo afán que á su individuo atañe;

Porque es fuerza, señores, que se engañe
Quien se cura á sí mismo,

La venda sufrirá del egoísmo,
Y á la muerte camina

Y con su propia mano se asesina.
Que toda enfermedad de cuerpo ó alma

Otro la ve mejor y con más calma» —

*Así triunfa del mal, y sin violencia,
Quien tiene Director de su conciencia.*

1. Act. Apost. X.

FÁBULA VI

El Uno y el Dos.

Graves autores contaron
Que en el país de los Ceros
El Uno y el Dos entraron,
Y desde luego trataron
De medrar y hacer dineros.

Pronto el Uno hizo cosecha;
Pues á los Ceros honraba
Con amistad muy estrecha,
Y, dándoles la derecha,
Así el valor aumentaba.

Pero el Dos tiene otra cuerda:

¡Todo es orgullo maldito!
Y con táctica tan lerda,
Los Ceros pone á la izquierda,
Y así no medraba un pito.

En suma, el humilde Uno
Llegó á hacerse millonario;
Mientras el Dos importuno,

Por su orgullo cual ninguno,
No pasó de un perdulario.

Luego ved con maravilla
En esta fábula ascética:
Que el que se baja más brilla,
Y el que se exalta, se humilla¹
Hasta en la misma Aritmética.

¹ Math. XXIII, 12.

FÁBULA VII

La Cuerda Destemplada.

Hay algunos cristianos tan groseros,
Que, en no siendo ladrones ni usureros,
Beodos, asesinos ni perjuros,
Ya se tienen por salvos y seguros;
Aunque, al paso, conserven un resquicio
Por donde mantenerse en algún vicio.
Mas la yerran; y el caso que ahora cuento
Servir debe á su error de documento.

Tocó Elisa en el arpa un *Andantino*,
En alegre *soirée*, de IL CORADINO¹;
Mas con tal expresión y maestría,
Que al concurso pasmó la melodía.
— «¡Otra vez, otra vez!» (la turba clama);
Y por segunda vez tocó la Dama.
Mas queriendo hacer gala de agudeza,
Con tal secreto repitió la pieza,
Que, si há poco extasiaba su armonía,

¹ Opera de Rossini.

Ahora riña de gatos parecía;
Y, sin faltarle un tilde á la sonata,
Punza, araña, asesina y desbarata.

— Al oirla, unos tapan sus orejas;
Otros tosen y enarcan ambas cejas.
«¿Qué es aquesto?» preguntanse con risa;
Y en tono magistral contesta Elisa:
— «Un misterio del arte, y no profundo,
Pues es cosa que sabe todo el mundo.» —
— «¡Un cambio tan atroz!» —
— «Pues ello es nada:
Todo ha sido..... Una cuerda destemplada.» —
— «¡Una cuerda tan sólo!» —

— «Y esto sobra
Para hundir sin piedad la mejor obra.
Es achaque y revés que el arte tiene,
Que una nota tan sólo que disuene,
Descompone el conjunto de tal modo,
Que ingrato y disonante lo hace todo.» —
Y las gentes la broma celebraron,
Y el fenómeno acústico admiraron.

¡Oh! No estuvo presente un moralista,
Que algo más nos dijera que la Artista;
Mas..... dirélo por él, y fuera cuentos:

*Cumpla el hombre con fe los Mandamientos;
Si reserva pecar tan sólo en uno,
Todo el bien desbarata el importuno,
Quedando para Dios horrible y feo
Cual si en todos, á un tiempo, fuese reo¹.*

¹ Jac., II, 10.

FABULA VIII

El Cangrejo.

De un Cangrejo,
Ya muy viejo,
Otro Bicho
Murmuraba
Porque el dicho
No cesaba
De caminar hacia atrás.

— « ¡Infelice!

(Va y le dice)

¿Por qué tardas

En vencerte?

¿Es que aguardas
A la muerte

Para enmendarte quizás? » —

— « ¡Calla el pico,

Gran borricol!

Tu lamento

Será en vano;

Pues, de ciento,
Ni un anciano
Que se reforme verás.»

Ten memoria

De esta historia,

Niño amado;

Pues si creces

En pecado,

Y envejeces,

No te corriges jamás¹.

¹ Prov., XXII, 6.

FÁBULA IX

El Arbol Indultado.

Del hacha fiera, rencoroso, armado
Un robusto Labriego,
A derribar camina despiadado,
Condenándole á fuego,
Un Arbol, que frondoso vegetaba
En los fértiles campos que labraba.

— «No hay perdón, pues no tiene ya descargo
(El hombre va diciendo):
Su fruto es poco, y además amargo;
Sin pudor va creciendo,
Y á otras plantas más útiles le quita
El jugo que su tronco necesita.»

Y al Arbol llega; y con terrible mano
El golpe ya prepara.....
Cuando mira á sus pies un noble Anciano
(Que á la sombra se ampara
Con otros infelices caminantes)
Tendiéndole sus brazos suplicantes:

— «¡Piedad, Señor! La sombra bienhechora
Que brinda su ramaje
Le sirva de defensa en esta hora;
Y temple tu coraje
El ver aquí la muchedumbre varia
Que protege su copa hospitalaria.» —

— «Eso basta. ¡Lo indulto! (alborozado
El Labrador exclama);
Que, si bien lo merece su pecado,
No debe ir á la llama
Quien tiene caridad.» —

*Es el gran velo
Que más pecados cubre en este suslo¹.*

¹ Pet., IV, 6.

FÁBULA X

La Abeja y la Lechuza

Zumbando, como suele,
La Madre de la cera,
Al olor de las flores
Se coló en una iglesia.

Al paso, sobre un nicho,
Saluda muy atenta
A una blanca Lechuza
Que allí la noche espera.

— «¡Retírate, profana!

(La Nocturna contesta,
Chocándole el zumbido
De tan activa huésped.)

No turbes mi reposo,
Y deja á un alma electa,
Que siga aquí arrobada
De Dios en la presencia;

Ya que tú, dada al mundo
Y á sus viles tareas,
Te disipas, andando
Siempre de ceca en meca.» —

Calló la Misticona
Sin esperar respuesta;
Mas la tuvo cumplida,
Y fué de esta manera:

— «¡Hipócrita, holgazana,
Relamida, embustera!
¿Juzgas no te conozco
Más que tu misma abuela?

¿Piensas que á Dios se engañe
Con hacer cuatro muecas,
En un rincón metida,
Durmiendo horas enteras?

¡No trabajas y comes!...
¿Eso es tener vergüenza?»
— «¡Yo practico el ayuno,
Insecto sin conciencia!» —

(La Lechuza replica;
Contestando la Abeja):
— «¡Mentira! que las lámparas
Dejas de noche secas.

Yo, al cabo, sudo el quilo
Por dar al templo velas,
Y rica miel al hombre,
Regalo de sus mesas.»—

— «¡Vaya!... que si te afanas,
Es por tu conveniencia.....
De flor en flor vagando
De néctares sedienta.

Yo sí que, retraída,
Cual nadie recoleta,
En flores y sembrados
No mancho mi inocencia.»—

— ¡Ya, ya! Mientras es día;
Mas, cuando sales fuera,
¡En cuántos infelices
Garra y pico no cebas!»

— Castigo de los malos.—
— ¡Caridad..... Reverenda!—
— ¡Descocada!— ¡Gazmoña!—
— ¡Libertina!— ¡Zopenca!—

¡Eh! Basta, Animalitos,
Y cesen ya las quejas;
Bien que no será inútil
Del todo la refriega;

Pues claro lo habéis dicho
Sin morderos la lengua:
Que hay *Devotas* Lechuzas
Y *Mundanas* Abejas.

Lechuzas que, engreídas
Con que pujan y rezan,
Descuidan las virtudes
Y crecen en soberbia;

Abejas que, labrando
Del mundo en la colmena,
Abandonan sus almas,
Hiriendo las ajenas.

No imiten mis Lectoras
Tan cómica pareja;
Pues quiero verlas santas,
Mas.... santas sin pereza.

*La Piedad, el Trabajo,
Son dos virtudes reinas:
Practíquese ésta mucho,
Mas no se omita aquélla.*

¹ Math., XXIII, 23.

FÁBULA XI

La Fuente Turbia.

En turbios cristales de pública Fuente
Miróse un Niño
De blonda guedeja, de cándida frente
Como el armiño.

— ¡Ay Madre! ¡qué pena! ¡Mi rostro se esconde!
(Gritaba el Nene).

— El agua revuelta (su Madre responde)
La culpa tiene.

¡Ven, ven! ¡no te mires en tales espejos,
Blanca paloma!
Y á limpidas fuentes del tránsito lejos
Vuela y te asoma.

¡No imites á aquellos que á bien conocerse
Tal vez aspiran,
Y nunca al espejo do fácil es verse
Van y se miran!

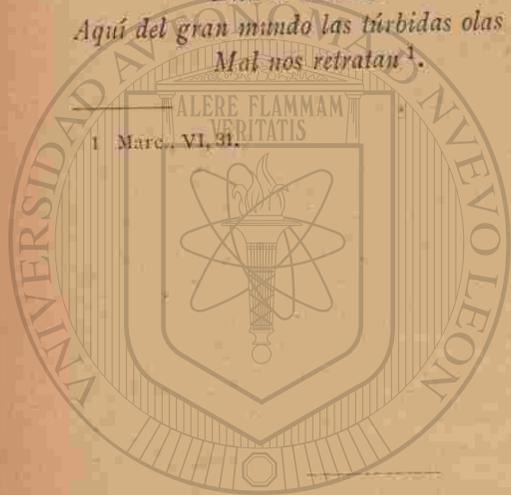
Allí en el retiro las almas á solas

Bien se delatan:

Aquí del gran mundo las turbidas olas

Mal nos retratan¹.

¹ Marc., VI, 31.



FÁBULA XII

El Niño Llorón.

En casa de unos señores,
Y ganando una friolera,
Sirviendo está de niñera
La pobre muchacha Inés.

Y, como el cargo lo indica,
Hacer que no lllore el Niño,
Solazarle con cariño
Su afán sempiterno es.

Mas ¡ay! que el Infante bello
Es un becerro que brama:

En vano al *Cancón* se llama,

En vano se llama al *Bu*;

Que la misma Inés no sabe

Si aquel Niño es una fiera,

En dándole la perrera,

Ó es el mismo Belcebú.

«¡Uúl ¡uúl!» si le mece;

«¡Uúl ¡uúl!» si le canta;

Y si, cual suele, le espanta,
El Niño es un puerco espín.

Una vez que no sabía
Qué hacer la pobre Zagala,
Y corre de sala en sala
Por callar al Benjamín,

No sé si fué por acaso
Ó voz de su Ángel Custodio,
Se paró junto á un *melodio*¹.
Que estaba abierto al azar.

Y ocurriéndole esta maña,
En lance tan extremado,
Recorrió todo el teclado,
Pisando el fuelle á la par.

¡Oh fortuna! ¡Oh maravilla!

Del suave són al encanto,
El Niño sosiega el llanto,
Cierra los ojos después.

— «¡Dormidito! ¡quién creyera.

¡Qué feliz descubrimiento!
En llorando, al instrumento

Me acojo.» — (murmura Inés.)

¹ Más comúnmente *melodium*.

Con efecto: una mañana
En que el Nene se aperrea,
Inés le lleva, y teclea,
Juzgando callarle así.

Mas, apenas se oye el eco,
¡Oh suerte varia y maldita!
El Rorro se desgañita,
Si no lo apartan de allí.

Y acuden la madre y todos,
Y se alborota la casa.....

— «¿Qué es eso que al Niño pasa?
¡Algún pellizco! ¿es verdad?»

— «¡No, por cierto!» — Y la Niñera
Refiere el caso en su origen;
Mas ¡nada! todos la afligen
Y la acusan sin piedad.

En esto llegó don Cosme
(Que es de música el maestro),
Y en estos lances más diestro,
Dió al enigma solución.

— «El caso es este, señores
(Dice en tono de Ministro):
La culpa está en el *registro*,
Dad á Inés la absolución.

Si en aquel primer tecleo
Topó Inés con el flautado,
El Niño, así regalado,
Se durmió: no es de admirar.

Mas si ahora, por lo visto,
Como bronca artillería
Sonó la lengüetería¹,
El Niño debió rabiarse.

Por tanto, Lector amable,
Sin las infulas de viejo,
Voy á darte un buen consejo,
Y espero lo guardes fiel:

*Si amansar las iras quieres
Del que se atufa y patea,
Tú has de ser todo jalea,
Almíbar, jarabe y miel.*

*Que, si respondes con fieros
Al que fiero te provaca,
Y el hierro con piedra choca;
Saldrá fuego y es peor.*

1 Registro de los sonidos más fuertes y broncos

2 Prov., XV, 1

*En suma, si se pretende
Rendir la cólera impía,
No uséis la lengüetería:
Flautado será mejor.*

FÁBULA XIII

La Víctima Verdugo.

Un severo Monarca ¹
Hubo en lo antiguo
Que tal condena puso
Al asesino:
¡Llevar á cuestas
El horrendo cadáver
La vida entera!

Con sistema tan raro,
El buen difunto
De Víctima pasaba
A ser Verdugo.

*En la conciencia
¿No sucede lo mismo
Cuando se peca?* ²

¹ Rey de Mesenia.

² Prov., XII, 18.

FÁBULA XIV

La Ventanera.

Era hermosa mujer la doña Juana,
Y de mucho caudal; pero tenía
El achaque, el desbarro, la manía
De estar siempre asomada á la ventana.

Cuanto ocurre en la casa más lejana
No se esconde á su atenta policía;
Mas con esto la pobre no sabía
Lo que pasa en la suya ¡tan cercana!

Todo en ella es desórdenes y olvidos:
En fuerza de lo cual, á competencia,
Le robaban sus bienes más queridos.

*Luego el alma que pasa su existencia
Asomada al balcón de los sentidos,
Recoja esta lección de la experiencia* ¹.

¹ Ephes., IV, 17.

FABULA XV

El Perro y el Gazapo.

En un bosque apartado
Moraba un Perro,
En la caza muy ducho,
Horrible, feo.

(Que mucho importa
Indicar su figura

Para esta historia.)

Fué caso que el maldito,
De allí distante,
De conejos vislumbra
Copioso enjambre,

Que alegre salta
Por todo aquel recinto
Sobre las matas.

Y con rabia los mira,
Como al soslayo,
Sin correr á su encuentro
Ni dar un paso;
Mas gruñe y ladra,

Y enseñando los dientes,
Se le hacen agua.

En esto, presuroso,
Levanta el brinco;
Y ¡zas! ya está en su boca
Un Gazapillo,
Que en vano grita:
De toda su falange
Nadie le libra.

— «¡Malvado! (clama el Triste
Entre las ansias):
¿Por qué en mi carne sólo
Tu diente clavas?
¿No tienes cerca
Conejos tan rollizos
Como terneras?» —

— «¿No ves (replica el Perro)
Que estoy atado?
¿Que al largo de mi cuerda
Tan sólo cazo?
¡Ah! de otro modo,
¿Quién quedara con vida
En el contorno?»

La culpa es tuya toda,
Pues me buscaste;
Así, sin más retóricas,
Muere al instante.» —
Murió en un verbo.
¡Ojalá que su historia
Traiga escarmiento!

¡Ay! De muchos cristianos
El fin es este!
Atado está el demonio,
Ladra y no muere;
Mas quien le hurga,
Brindándole ocasiones,
Muere en sus uñas.

1. S. August

FÁBULA XVI

Los Ladrones disfrazados.

Dos ó tres Malhechores,
Del gremio los más finos,
Hallando bien guardados los caminos,
Disfrazarse resuelven de señores,
En ánimo de hacer por los estrados,
Con ganancia más cierta,
Lo que no era posible en despoblados
A cara descubierta.

Con tal fin, de elegantes baratijas.....
Lentes, guantes, corbatas y sortijas,
Cadenas de reloj y otros arreos,
Se equiparon muy bien los muy truhanes.
Y, fingiendo corteses ademanes,
Con muchos contoneos,
Lanzáronse, ocultando el artificio,
A visitar al joven don Simplicio.

Este sandio Galán, que ve en su casa
Figurines tan bellos,
Sin pararse á indagar quiénes son ellos,
Al estrado los pasa
Con mucha cortesía,
A la vez que decía:
«No hay temor: son sujetos bien portados:
¡Ellos son, cuando menos, potentados!»

En esto los Bribones
Derechitos se van á los doblones:
Rinden puertas, cajones y cerrajas,
Acopian las alhajas;
Todo cede al momento
Al hidrópico afán de oro sediento:
Al flemático Dueño, que escamotan,
Con agudos puñales acogotan;
Y, el despojo fatal llevando á cabo,
El Huésped expiró sin un ochavo.

Ahora bien: si este pánfilo parece
Por llevarse de cómica apariencia,
¿Qué escarnio no merece
El cristiano que rinde su conciencia
A fiera tentación enmascarada,
Con galas de virtudes adornada?

*Nadie debe ignorar que, en ocasiones,
El mismo Satanás, que el daño inventa,
Cual lo afirma el Doctor de las Naciones,
Como un ángel de luz se nos presenta*¹.

1 II ad Cor., XI, 14.

FABULA XVII

Tirios y Troyanos

Al huerto vecino
De espesos naranjos
Se van en caterva
Los Chicos del barrio.

Paquillo es el jefe
(Que es hijo del amo),
Travieso, maligno,
Quien cobra el barato.

Por ende, una tarde,
Corriendo y brincando,
El pícaro asesta
A otro un naranjazo,

Gritándole:—«Apunten...
¡Fuego! ¡prum! ¡abajol!»—
Y en mal hora tuvo
Tan bélico rasgo;

Pues todos le imitan,
Proyectil en mano;
Y traban la lucha
Tirios y Troyanos.

—¡Traidores!—¡Al arma!
—¡Prum! ¡prum!—¡Cañonazo!
—¡Coged municiones!—
Gritan los dos bandos.

—¡Vengan proyectiles!—
Y, en muy breve rato,
No queda en el huerto
Con fruto ni un árbol.

En esto aparece
Colérico el Amo;
Y escúrrense todos
Más listos que galgos.

Paquillo es quien queda
Gimiendo y llorando:
—«¡Ay, Padre, yo sólo
Fuí uno de tantos!»—

—«Mas fuiste el primero:

Te vi desde el alto;
Así, tus costillas
Lleven todo el pago.»—

Y, ¡zurra que es tarde!
A coces y á palos,
In sólidum paga
Todo el descalabro.

*De un pésimo ejemplo
Vendrán mil pecados;
Mas ¡ay del inicuo
Que puso el escándalo!*¹

¹ Math., XVIII, 7.

FÁBULA XVIII

El Barquero.

Surcaba, al remo, la corriente altiva
La barquilla que á Antón lleva por dueño;
El cual, rendido de bogar, esquivo
El remo, y fácil entregóse al sueño.
Obrando entonces la corriente viva,
Arrollando hacia atrás el frágil leño,
Cuando Antón despertó vió con coraje
Que se hallaba al principio del viaje.

*Lo mismito se nota
En el cristiano
Que en la vida devota*

*Se para ufano:
En él, por eso,
Si no marcha adelante,
Hay retroceso*¹.

¹ San Ambrosio.

FÁBULA XIX

El Doblón y el Guñapo.

«¡Oh desgracia, oh baldón! ¡Oh qué tormento!
(Gritaba sin cesar junto á un Guñapo,
Un brillante Doblón, que á parar vino
En sucio muladar por sus pecados).

»¡Yo, que soy tan cabal y tan precioso,
El ídolo del mundo, el soberano.....
Con este anárajó vil por compañero!....
¡Quita allá, que me apestas, con mil diablos!» —

Y tan crueles insultos, y mayores,
El Guñapo sufrió, siempre callando:
Esperaba tal vez que la fortuna,
En su rueda fatal, le alzase en alto.

No tardó; pues á poco, del trapero
Hélo ya en el morral con otros trapos.
De allí pasó á la fábrica, que al punto
Le convierte en papel: y á pocos pasos,

Con ciertos numerillos que le imprimen,
Me lo tornan billete de mil francos.
—«¡Yo bendigo (gritó) á la Providencia,
Que no olvida en su afán ni á los harapos!

Ahora (añade) que venga el Doblonzuelo,
Y se asombre al notar lo que yo valgo.» —
Y vino sin tardanza; que el perdido
Corría ya otra vez de mano en mano.

Y, según lo refieren viejas crónicas,
Á cruzar con aquél vino en un cambio,
En el cual, á docenas, los doblones
Entraban por valor del ex-Andrajo.

Éste vióle al pasar, y «¡Hola! (le dijo)
No se escurra tan serio, señor guapo:
Reconozca que vale mucho menos
Que aquel socio que, un tiempo, os daba asco.

No por esto se amosque ni se atufe:
Que mi objeto es tan sólo decir claro
A todo el que, cual vos, desprecia..... juzga.....
Sin saber qué será, pasado un rato,

Que al futuro se atenga; porque es fácil

Que se vuelvan las tornas, ó que, al cabo,
Al mismo á quien condena por sus crímenes
Venere en un altar como un santazo.» —

¡Bravo! ¡buena lección! No dijo menos
La peñola inspirada de San Pablo:
*«Hasta tanto que venga el Juez Divino,
Nunca juzgue el católico á su hermano»* ¹.

¹ I Cor., IV, 5.

FÁBULA XX

El Loro y el Grillo.

Érase un Loro maldito,
Que se gloriaba de santo,
Porque siempre era su canto
El Santo Dios y el Bendito.

— «¡Calla, necio, y no echas plantas
(Dijo un Grillo) ni te alabes;
Pues si cantas lo que sabes,
Nunca sabes lo que cantas!» —

¡Y tuvo razón el Bicho!
Y aun sus tiros se enderezan
Á esos que rezan y rezan
Sin saber lo que se han dicho.

*Pues la cristiana Oración
Jamás se remonta al Cielo
Si no le prestan su vuelo
La mente y el corazón* ¹.

¹ Eph., VI, 18.

FÁBULA XXI

El Mastín y el Lobo

Un Mastín, perro fiero,
Cansado de servir en el apero,
Con un Lobo se aduna,
Esperando lograr mejor fortuna,
Prestándose el auxilio mutuamente
El Lobo astuto y el Mastín valiente.
Y con esto, lector, queda asentado
Que ambos eran terror del monte y prado;
Pues, si el Lobo rapaz la caza prende,
El Mastín de otros perros la defiende.

¿Quién puede enumerar cuántos consejos
Al Perro daban los mastines viejos,
Mirando con dolor que se perdía
El triste con tan mala compañía?
Pero nada consiguen;
Y, uña y carne, los dos viviendo siguen.
Ya, después de causar atroces daños,
Corridos muchos años
En tan péfido y bárbaro manejo,
El infame Mastín llegó á ser viejo:

Cayéronse sus dientes; su ladrido,
Ronco y sin fuerzas, ya no fué temido;
Y sus pies y sus manos
Dejaron de correr por monte y llanos.
¿Qué hace entonces el Lobo carnicero?
Encontrando tan nulo al compañero
Para todo servicio y mutua ayuda,
Le habló así con su lengua puntiaguda:
«Bien conoces, Mastín, que de esta suerte
No es posible evitar segura muerte.
Mucho aplaudo tus bellas intenciones;
Mas no pudiendo ya con los calzones,
Ni acertando á prestarme algún servicio,
Te aconsejo que busques otro oficio.
Conque ¡agur! Yo te dejo: á mi partida,
Ya puedes enmendar tu mala vida.»
Y diciendo y obrando, volvió el rabo,
El divorcio fatal llevando á cabo.

En esto se presentan los pastores
De aquellos asolados alrededores,
Que, en armado tropel, enfurecidos,
Buscaban á los péfidos bandidos;
Hallan sólo el Mastín, y «Tente, perro!»
Exclaman á una voz, blandiendo el hierro.
Entonces el hipócrita se humilla,
Gime, llora, doblando la rodilla;

Protesta que la vida ha reformado,
Vencida la ocasión de su pecado,
Alejando de sí la horrible fiera
Que á tan inicuos pasos le trajera.
Y aun promete vivir en adelante
como el monje más puro y observante.
«¡Ah, bribón! (le responde la patrulla):
¿Ahora vienes hablando de cogulla
Cuando, al verte ya fuera de combate,
El Lobo te abandona hecho un petate?
Tu cambio se adivina muy de lleno;
Mas no poder ser malo no es ser bueno.
Así paga, con súbita venganza,
Tu cierta culpa y tu falaz mudanza.»
Y con palos y chuzos se avanzaron,
Y al protervo Mastín despedazaron.

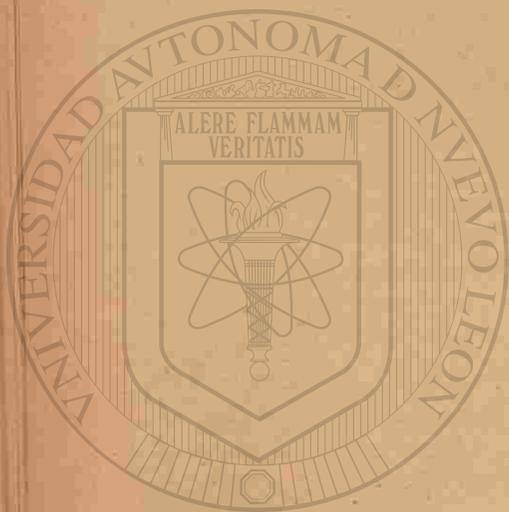
Mas ¿qué es eso? ¿La fábula es completa?
No, señor; aún le falta la coleta:

*Si sigues pecando así
Hasta la vejez, Menguado,
Tú no dejas el pecado:
Él es quien te deja á ti.
Por tanto, si desde aquí,
Que aun eres joven robusto,*

*De pecar no tomas susto,
Es temible que tus yerros
El Cielo castigue justo
Con una muerte de perros¹.*

¹ Ad Hebr., XII, 7

FIN DEL LIBRO SEGUNDO



LIBRO III

FÁBULA PRIMERA

El Alcides burlado.

Por un manso riachuelo
De linfas transparentes,
Sin fatiga

Guiaba un Rapazuelo,
Por las suaves corrientes,
Una viga.

De sus fuerzas ufano,
El orgullo le eleva
Con exceso;
Sin ver el Casquivano
Que es el agua quien lleva
Todo el peso.

— «¡Admiren mi pujanza
Los mozos más cabales

(Grita ledo)

Al ver que, como en chanza,
Empujo cien quintales
Con un dedo!

¡Ya no temo que estalle
Tropel ni baraúnda,
Con tal brazo;
Pues me harán todos calle,
Temiendo que les hunda
De un porrazo!» —

Mas ¡ay! ¡que el gran madero
Se le atasca en la arena!

¡Suerte aleve!

Y ya el Alcides fiero,
Con toda su faena,
No lo mueve.

— «¿En dónde está tu brío
(Gritábale la gente),

Seor pedante?» —

Y hasta el plácido río
Burlábase inclemente
Del gigante.

*Si Dios al hombre abona,
En la empresa más ruda
Será fuerte.*

*Mas ¡ay del que blasona!
Pues, si pierde su ayuda,
Queda inerte¹.*

¹ Joan., XV, 5.

FÁBULA II

El Siglo XIX y el Solitario.

Sabiendo montes y saltando peñas,
El Siglo Diez y Nueve iba cazando
(Con su fusil de aguja, por más señas),
Cuando, oculto entre breñas,
Vió, al umbral de su asilo venerando,
Un Viejo penitente,
Que á la sazón oraba,
Y perdón para el Siglo demandaba.

Al ver el diestro Cazador tal ente,
En sus tiempos sin fe desconocido,
Quedó sobrecogido;
Y más bien que tirar y herir la presa,
Quiso astuto cazarla por sorpresa.

Así fué que, mudando la figura,
Y poniendo elegante catadura,
Se le acerca y le dice:—«Buen amigo:
¿Es posible que, solo y sin abrigo
En estos andurriales,
Prefieras habitar entre animales,

Pudiendo, á tu placer, gozar conmigo
De tantos embelesos,
Hijos de mi invención y mis progresos?» —

—«¡De progresos habláis! (responde el Viejo)
Mostrádmelos, Señor, si no os aburre;
Aunque bien se me ocurre
Que serán adelantos del cangrejo.» —

Y entró el Siglo charlando por los codos.
—«Oye: el más vil de todos
Es el GAS, del que saco luz tan bella
Que ilumino con ella
Mis ricas poblaciones,
Los cafés, los teatros y salones,
Derramando en la noche la alegría,
Cual si estuviera el sol en medio día.

«Sigue luego el VAPOR, que, comprimido
En mis locomotoras,
Máquinas voladoras,
Arrebata, anunciándolo el silbido,
En ígneo carro hacia el confín remoto,
Más quintales que mueve un terremoto.

«¡Qué poder! ¿no es verdad? Ya tienes hambre

De admirar mis inventos:
¡Qué será cuando toques los portentos
De mi ELÉCTRICO ALAMBRE!
A su mágico imperio sin segundo,
Ante el cual no hay distancias en el mundo,
Si tienes un amigo allá en América,
Charlar puedes con él, á maravilla,
Cual si en broma quimérica
Conversaseis los dos de silla á silla.

«¡Conque, ven sin demoras!
De todo gozarás, si al fin me adoras» —¹
— «¡Basta ya, Tentador! Si todo es eso
(Replicó el buen Anciano inalterable),
Voy ¡oh Siglo! á mostrarte el retroceso
Que ese mundo variable
Sufre hoy, á pesar de tu progreso.

«Otra luz más radiante
Que la luz de tu Gas, tan ponderado,
Tuvo el mundo en un tiempo ya pasado.
Y esa luz penetrante,
De que el hombre sacó más ricos bienes,
Es la luz de la Fe, que tú no tienes.

¹ Math., V 9.

«Ni tampoco el Vapor se conocía,
Que hoy arrastra viajeros y quintales;
Mas el hombre tiraba de sus males
Con cristiana alegría;
Y más veloz corría
Por la senda feliz que al Cielo alcanza
Con la fuerza y poder de la **Esperanza**.

«Y en defecto de máquinas parlantes
Para hablar con los pueblos más distantes,
Tuvo la **Caridad**, hija del Cielo,
Para hablar con su Dios desde este suelo.
¡Qué! ¿no reina un espíritu en el hombre?
¿No tiene la moral leyes divinas?
Pues si en esto, cual loco, desatinas,
Aunque el vulgo se asombre,
No te cuadra el progreso, ni en el nombre.

«Y, si todas tus glorias, cual presumo,
Estriban en telégrafos y en humo,
Y el espíritu gime en la miseria,
Tu peligroso encanto
Del de siglos, que fueron, dista tanto
Cuanto distan el alma y la materia.

«Y con esto probado ya te dejo
Que adelantas lo mismo que el cangrejo.» —

Así terminó el Viejo, ya cansado,
Cuando el Siglo, irritado
Con verdades tamañas,
Disparando el fusil endemoniado,
Le paso de un balazo las entrañas.
Y el Anciano ¡infeliz! cayó al momento:
¿Murió por la verdad? Murió contento.

*Desde entonces, á todo el que se empeña
En probarme que el mundo va adelante,
Cuando mísero y loco se despeña,
Yo respondo al instante
Lo de aquel sabio Viejo:
¡ADELANTE....! lo mismo que el cangrejo.*

FÁBULA III

El Bandido.

Llevaban á fusilar
A un pérfido Malandrín,
Que á todo un vasto confin
Con su nombre hizo temblar.

Gran ladrón, gran asesino,
Las muertes por centenares,
Y los robos por millares,
Trajéronle á tal destino.

Y era listo el muy truhán;
De agilidad tan maldita,
Que mejor prestidigita
Que Macallíster y Hermán¹.

No hubo puerta ni cerraja
Que al bribón no se rindiera;
Ni bolsa ni faltriguera
Que no abriese su navaja.

¹ Famosos prestidigitadores.

¡Mas ya cayó, por su mal,
Y en lucha con la milicia!
Que por eso esta justicia
Se hará por la *Ley Marcial*.

Y marcha fiero y con calma;
Y el Sacerdote le exhorta:
— «¡Que ya tu vida es muy corta!
Encomienda á Dios tu alma.» —

Mas no falta quien, al ver
Su mirada traicionera,
Sospeche que, antes que muera,
Ha de dar mucho que hacer.

Y ya llega, entre el rum-rum,
Al cuadro, ¡ay! ¡pobrecillo!
¡Ya está puesto en el banquillo!
¡Ya le apuntan! ¡Fuego! ¡Prum!

¡Cayó con la pataleta
Fingiéndose angustias de muerte!
Tan propias, que nadie advierte
Que es todo una jugarreta.

—¿Pues qué.....?—
Con modos sutiles,

Por el demonio inspirados,
Hurtó el Nene á los soldados
Las balas de los fusiles.

Por cuya ocasión ¡bien calva!
Los soldados del piquete
Le sirvieron de juguete,
Gastando pólvora en salva.

Y vase la tropa luego,
Batiendo marcha con brío,
Cuando el muerto, entre el gentío,
Tomó las de Villadiego.

Y vuelve á su malandanza,
Y vuelve á sus correrías,
Al pillaje y raterías,
Al despojo y la matanza.

El vulgo no sabe cómo
La escena acabó en comedia;
Mas fué porque en la tragedia
No hubo lágrimas..... de plomo.

*Las lágrimas balas son
Que dan la muerte al Pecado;*

*Si te las roba el malvado,
No muere en la CONFESIÓN.
Ileso queda el bribón,
Aunque, al pronto, se haga el muerto;
Que, sin llevar dolor cierto
Y el picho como una malva,
Serás como el inexperto
Que gasta pólvora en salva¹.*

¹ Joel, II, 13.

FÁBULA IV

Don Quijote y Sancho Panza.

*Perdón, Cervantes, si mi musa indiestra
Toma en boca á tu Andante Caballero,
Y en unión del buen Sancho, su Escudero,
Le saco á relucir á la palestra.*

*No te cause penar ni te dé grima,
Si á tu sombra mi ingenio se guarece,
¿Por ventura el coloso no parece
Más grande si el enano se le arrima?*

*Perdona, pues, mi antojadizo empeño
De seguirte un instante aquí, á mi modo;
Que así verá mejor el mundo todo
¿Cuán grande fuiste tú, yo cuán pequeño!*

*Después de una aventura horripilante,
En que el ínclito Andante
Por los suelos rodó, según costumbre,
Sancho Panza, con honda pesadumbre,
Increpa á su Señor que, en trance fuerte,
Á dos dedos se puso de la muerte.*

—«¿Es posible, Señor (así exclamaba
Al par que de las greñas se tiraba),
Que la vida expongáis de estas maneras
Inauditas y extrañas;
Y, por vanas quimeras,
Un porrazo llevéis, y otro porrazo;
Que este es siempre el laurel de las fazañas
Del valor invencible de ese brazo?»—

—«¿Y qué importa morir, ¡oh Sancho amigo!
Si una tumba inmortal después consigo?
Es muy poco una vida: tres, y ciento,
Daré yo muy contento
Por reposar entonces
En sepulcro de mármoles y bronces.
Porque entiendo será gran mausoleo
El que mi cuerpo guarde.....

—(Enjuto y feo)—
Y donde el mundo con asombro lea
Mi epitafio con lágrimas.....

—(De risa)—
Que si tuvo Mausolo una Artemisa¹,

¹ Artemisa, Reina de Halicarnaso, hizo levantar un grandioso sepulcro para encerrar los restos de su marido Mausolo, de quien toman el nombre de *mausoleos* los sepulcros notables por su magnificencia.

Conmigo hará otro tanto Dulcinea.»—
—(Mi Señor está loco,
Ó le falta muy poco.)—
—«¿Qué murmuras, buen Sancho?»—
—«Considero
Lo que va de un Andante á su Escudero;
Pues me importa una higa
Lo que á vuestra merced á tanto obliga;
Que, á decir lo que siento,
y mi antojo consulto,
Pondré en mi testamento
Que dejen mi cadáver insepulto.»—

—«Eso no, ¡voto al Cid! como yo entienda...
¿Nò ves, harto de ajos,
Que tu cuerpo infeliz será merienda
De las fieras, los buitres y los grajos?»—

—«No osarán; pues mi dueño Don Quijote
Me pondrá entre las manos un garrote
Con que pueda ahuyentarlos.

—«¡Gran camueso!
¿Te quedaste sin seso?
Cuando muerto ya estés, ¿cómo los sientes
Si te clavan los picos ó los dientes?»—

—«Pues si no he de sentir esos trabajos,
Como todo pelgar que el ojo cierra,

Lo mismo se me da me coman grajos
Que me coman gusanos bajo tierra.» —

— «Ya te entiendo, follón; ¡con qué rodeo
Te vienes á burlar del mausoleo!» —

— «Lo que digo, Señor, es que la muerte
Debe hacernos pensar muy de otra suerte.» —

— «¡Oh qué estrecho que vas, amigo Sancho!»

— «Estrecho nó, que hasta mi rejo es ancho.

— Mas oí esta verdad al señor Cura,

Y aquí la encajo, aunque parezca dura.»

— «¿Cuál?»

— *Después de la humana batahola,
El cuerpo quedará en la podredumbre;
Las obras seguirán al alma sola,
Hasta que el Sol de eternidad alumbre*¹.

¹ Apoc., XIV, 13.

FÁBULA V

Los dos Gatos.

En un volver de narices
Del cocinero Juan Natas,
El Morrongo y Zamparratas
Atraparon dos perdices.

(Que no sólo acá *inter nos*,
Sino entre gente gatuna,
Se tiene por gran fortuna
Para dos perdices, dos.)

Mas como (el sabio lo advierte)
*Omnis saturatio mala*¹,
Cada gato, al fin, exhala
Hondos maullidos de muerte.

En tan afflictivo lance,
Morrongo, gatazo feo,
Interroga á su Correo:
— «¿Qué hacemos en este trance?» —

¹ Toda hartura es dañosa.

(Y responde):— «Fuera bueno
Chupar jugos alcohólicos,
Que en estos pícaros cólicos
Hacen lanzar el veneno.»—

— «¡No tal! que en la vomitona
(Replica el otro maldito)
Saldrá el cuerpo del delito;
Y entonces, ¿quién nos abona?

Nos tendrán ya por ladrones;
Y, sin formas de proceso,
Castigarán el exceso
Con los palos de escobones.»—

— «¿Y quieres morir mejor,
Endemoniado Morrongo?»—

— «Sí; primero me propongo
Ser mártir que confesor.»—

— «Pues yo lanzaré muy presto,
Aunque sepan mi pecado.»—

— «Y yo espero agazapado
A ver en qué para esto.»—

¿Y en qué paró? Zamparratas
Chupó emética raíz,
Y vomitó su perdiz
Con pico, plumas y patas.

Lo cual, notado por Juan,
Que andaba listo, en acecho,
Compadecido del hecho,
Le perdonó sin afán.

Morrongo, por el contrario,
Por no sucumbir al vómito,
Rebelde, cobarde, indómito,
Reventó tras de un armario.

*¡Cuántos niños desdichados,
Por rubor mal confesados,
Sufrirán la misma suerte,
Causando al alma la muerte
Por ocultar sus pecados!*¹

¹ Prov., XVIII, 17.

FÁBULA VI

El Asno arrogante.

Un Asno, con intrépida arrogancia,
Valiéndose de intrigas y de amaños
(Que entre bestias tampoco son extraños),
Logró un puesto y un nombre de importancia.

Ya se deja entender que su ignorancia
En su reino causó terribles daños;
Mas, al fin, conocidos los engaños,
Con la muerte pagó su petulancia.

¡Ay! Los hombres, del crimen que menciono,
Quedarse suelen por acá riendo....!
Mas no será lo mismo, y yo lo abono,

Ante el divino Juez, sabio y tremendo;
Que vengará, desde fulgente trono,
*El falso nombre cual delito horrendo*¹.

1 San Bernardo.

FÁBULA VII

Los Náufragos.

Avanza ligera Nave,
Surcando la mar soberbia,
Sin temor de la borrasca
Que ya á barlovento truena.

Cargada de maravillas
Y de orientales preseas,
¡Cuántos sueños y esperanzas
Á su frágil bordo lleva!

Mas ¡ay! que la tempestad
Bate sus alas ligeras....
Vino la noche: ¡qué espanto!
Todo es horror y tinieblas.

De pronto los aquilones
Gigantes olas encrespan;
Retumba el trueno, y del rayo
La súbita luz aterra.

Y el viento troncha los palos,
Un ola el timón se lleva,
Cruje el casco, y, sin gobierno,
Juguete del mar se queda.

Y vese, cuando el relámpago
Alumbra la horrible escena,
Que unos suben, otros bajan,
Unos lloran, otros rezan.

Grita el Piloto, y en vano:
No hay quien sus voces atienda;
Mas en tanta confusión
Muchos sus joyas aferran,

Y, á sus cuerpos bien ceñidas,
Salvarse con ellas piensan;
Mientras otros, á un madero
Asidos, oran y esperan.

En esto la Nave embiste
Contra las rocas, violenta:
Se oye un grito pavoroso.....
Y el mar los restos dispersa,

Flotando entre hirviente espuma
Las jarcias, cofas y vergas.
—¡Ayl! ¿Qué ha sido de los náufragos?
—La suerte fué muy diversa:

Unos bajaron al fondo
Al peso de sus riquezas;
Los otros, en una tabla,
Al puerto seguro llegan.

*Es la muerte el gran naufragio
En que la vida se estrella ¹:
Si al hombre sorprende asido
De este mundo á las quimeras,*

*Con ellas baja al profundo;
En tanto que al Cielo vuela
El que, abrazado á la Cruz,
El mundo á sus plantas huella.*

¹ Prov., I, 27.

FÁBULA VIII

Dorila y Aminta.

Dorila, de sus campos la ventura,
De pastores encanto y embeleso
Por su rara hermosura,
Y zagala gentil de mucho seso,

Sentada á su placer sobre el tomillo,
Prodigaba á la par, con linda mano,
Almendras á un perrillo,
Y rollizas bellotas á un marrano.

Ya se comprenderá con qué hidalguía
Su gratitud el Perro le mostraba,
Y la mano lamía
Que pródiga su vientre regalaba;

Al paso que el Lechón, gran egoísta!
Atento al fruto que su afán devora,
Ni aun levanta la vista
Para mirar la dulce Bienhechora.

La vió Aminta; y exclama sorprendido:
— «Que premies por igual, extraño mucho,
Al Perro agradecido
Y á ese ingrato y glotón Animalucho.» —

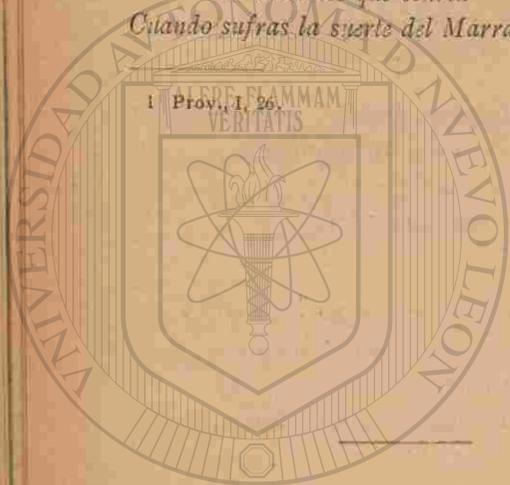
— «No lo extrañes, Pastor, que por ahora
Prodigue así sus dones mi clemencia:
Acércase la hora
De señalar horrible diferencia.

«Ya verás cuán serena y sin enojos
La suerte miro que al Lechón alcanza;
Pues risueños mis ojos,
Verán correr su sangre en la matanza.

«En tanto que del perro, fiel amigo,
Mi mano cariñosa será escudo,
Y gozará conmigo
De cuanto el Cielo enriquecerme pudo.» —

«¡Dichosa tú, que tan cabal retratas
Los consejos de sabia Providencia!
Las personas ingratas
Pueden ver en tal rasgo su sentencia.» —

*¡Ay! Si los bienes que el Criador te envía
Sin gratitud los gozas, ¡oh cristiano!,
No extrañes que sonría
Cuando sufras la suerte del Marrano¹.*



FÁBULA IX

Los Jumentos reformados.

Encontráronse dos Burros
Andando el propio camino:
El uno flaco y enfermo,
El otro gordo y rollizo.

Y mientras beben sus amos
Allá en la venta un cuartillo,
Ambos su vida se cuentan,
A fuer de buenos amigos.

— «¡Pardiez! (exclama el buen Mozo)
Dueño tienes bien mezquino.» —
— «¡Ya lo ves! (responde el Feo)
El alma traigo en un hilo:

» Mucha carga, muchos palos,
Mucho andar y mal comido.....
Tal es mi vida, hace años,
Más bien que vida, martirio.

» Mis huesos contarse pueden,
Mi piel es un pergamino,
Con más de cien mataduras
Desde el rabo hasta el hocico.

» Mas ya mi cuerpo desmaya,
Al menor peso me rindo;
Y en tal estado, á mi dueño,
Maldito de lo que sirvo.» —

— «En esto vamos iguales
(Contesta el otro Borrico);
Mas debe de ser, calculo,
Por diferentes motivos.

» Tengo un Amo, que es en todo
Lo que se llama un bendito;
Jamás me asienta la vara,
Me regala bien el pico;

» Me carga poco, y aun eso,
Haciéndome mil cariños,
Mostrando el bueno del hombre
Que no se atreve conmigo;

» Pues suelo echarme en el lodo,
Haciendo la carga añicos,
Y, libre, salir corriendo,
Dando coces y respingos.» —

Un Podenco que, al pasar,
Husmó lo que ya va dicho,
En lengua perruna exclama:
— «¡Qué lástima de Pollinos!

» ¡Inútiles para el hombre
Por tan desiguales vicios!
El uno por maltratado,
El otro por consentido.

» ¡Oh! si viera yo á sus dueños,
Dírales un consejito.» —
Y vióles; y, á pocos pasos,
Hablóles largo al oído.

Nadie por entonces supo
Lo que el podenco les dijo;
Mas se vieron resultados,
De allí á poco, peregrinos.

Al volverse los Arrieros
A sus Asnos respectivos,
Cada cual adopta al punto
Un método muy distinto:

El del Burro regalado
Sacó la vara del cinto,
Y en menos que canta un pollo
Puso al Asno de lo lindo.

Mientras el otro, la carga
Aligera á su Pollino;
Y paja y cebada dióle
Más complaciente y solícito.

En suma: los dos Jumentos
Se reformaron muchísimo;
El uno con menos palos,
El otro con menos mimos.

Entrambos cebada comen,
Mas ninguno sin castigo;
Que, para bestias de carga,
Vara y grano son precisos.

Y, por tanto, ya el consejo
Del Can prudente adivino;
Sería, con leves cambios,
Lo que yo leí en un libro:

*No astijáis al cuerpo tanto
Con ayunos y cilicios,
Que, al cabo, os fallen las fuerzas
Para otros santos destinos.*

*Mas, tampoco le tengáis
Tan descansado y ahito,
Que el burro dispare coces
Haciendo la carga añicos¹.*

¹ Prov., IX, 6.

FÁBULA X

La Tertulia y la Araña.

Un General, un Sabio, un Opulento
Y un Ministro de antaño (y ya de cuento)
Sentáronse por trazas del destino
En torno de una mesa en el Casino.
Bien se advierte que cuenta cada uno
Sus ochenta, lo menos, pues ninguno
Sin gota vive, ó sin el asma terca;
Anunciándose en todo que se acerca
El fin de aquellas cuatro Antigüedades,
Reliquias y esplendor de otras edades.

«¡Dichoso encuentro!» la Tertulia exclama
(Y vióse, un punto, revivir la llama
De la vida, entre achaques incurables,
De los cuatro Estantiguas memorables):

— «¡Oh qué tiempos! ¡qué edad (uno decía)
En que el mundo gustoso obedecía
De nuestra voz el poderoso acento!» —

— «¡Bien nos debe la Europa un monumento!» —

— «¡Sí, que nadie igualó nuestras proezas!» —

— «¡Ni el poder, letras, armas y riquezas!» —

— «¡Eh! Señores, pasito! que allá bajo
Á pedir igual prez por mi trabajo » —

«¿Quién nos habla?» (pregúntase intranquilo
Aquel senil Congreso); y por un hilo
Miraron descender con lista maña,
Atónitos los Héroes, una Araña.

— «Buenas noches, exclama (y orgullosa
Sobre la mesa sin temor se posa).
Aquí vengo á saber por qué razones
Habéis de ponderar vuestras acciones,
Creyéndolas heroicas, admirables...!
¡Y os olvidáis de mí, ¡qué miserables!
Queriéndoos apropiiar toda la gloria,
Siendo al cabo mi historia vuestra historia;
Y adjudicaros por entero el pago,
Cuando hicisteis lo mismo que yo hago!» —

Y esto dijo la Araña con tal brío,
Que el Congreso senil quedóse frío.
Mas luego que los Héroes se reúnen,
Aplastar al Insecto se proponen;
Menos uno, se entiende que fué el Sabio,
Pues con trémula voz dijo su labio:

— «¡Ay amigos, verdad! Meta en su pecho
La mano cada cual. ¿Qué habemos hecho?...
Vos, General, con vuestros cañonazos,
Yo tejiendo mis libros de retazos,
Vos, Mandarín, más déspota que un moro,
Y vos, Don Creso, apaleando el oro?
¿Qué hemos hecho (en son trágico repite),
Si de todo no pasa ni un ardite
Á aquella eternidad, que no corona
Sino las obras que la **Gracia** abona?» —
«¿Qué hemos hecho?» exclamó la Concurrencia
Registrando agitada su conciencia.
— «¿Qué habéis hecho? ¡Tejer telas de araña!
Eso dijo el Insecto, y no se engaña.» —

*Así terminó el Sabio; y desde el punto
En que tuvo noticias del asunto
(No puedo remediarlo), cuando veo
Un hombre que subió hasta el apogeo
Del mundano esplendor y humana gloria,
Yo recuerdo al instante aquella historia;
No mirando ya en él sino una araña
Que ha tejido su tela un poco extraña¹.*

¹ Isa., LIX, 5.

FÁBULA XI

El Niño diabólico.

Contaba mi Abuela
Con gracia y amaño,
Que, en tiempos de antaño,
Andaba en la escuela

Su Nieto querido;
Donosa criatura,
Que en toda diablura
Fué siempre el temido.

Rompía en el aula
Las mesas, tinteros.....
Y á los compañeros
Zurraba el muy maula.

De todos martillo,
Los libros destroza,
Y salta y retoza
Como un cabritillo.

En vano el Maestro
Le sigue la pista,
Que siempre, á la vista,
Obsérvale diestro;

Y asaz furibundo
Palmeta inhumana,
Con faz herodiana
Le muestra iracundo.

No valen enojos;
Que el Nene, aunque listo,
Piensa no ser visto
Sí cierra los ojos.

Con este secreto
De hacerse invisible,
Lo más reprensible
Trama sin respeto.

Mas ¡ay! que su engaño,
Que á todo le alienta,
Furiosa tormenta
Prepara en su daño.

Sufrióle el Maestro
Con muy sabias miras,
Dejando sus iras
En largo secuestro:

En cierto período
Probarle calcula;
Y en él disimula,
Y pasa por todo.

(De calma era rico)
Mas cumple; y entonces
Con mano de bronce
Descarga en el Chico.

La sed vengadora
Su furia no amaina:
Duró la azotaina
Tres cuartos de hora.

Y el Niño infelice,
Rabioso, pateo;
Y, al par que aporrea
El Comité, dice:

— «¡Truhán! ¿qué pensabas
Con tanta osadía....?
Que yo no veía
Porque tú cegabas?

» Con gracia bien roma,
Por cierto, despuntas;
Mas, págalas juntas,
Bribón: ¡toma! ¡toma!» —

Y cuando el Travieso,
Con rostro de grana,
Quejóse á la Anciana
Del trágico exceso,

Mi Abuela le dijo:

— «¡Me alegro! esa historia
Tendrá en tu memoria
Mi *acento más fijo.

» Escucha: algún día
Vendrán las pasiones,
Cual fieros leones,
A darte porfía.

» ¡Cuidado! no cierres,
Con torpe demencia,
De clara conciencia
Los ojos, y yerres;

» Pensando en tu anhelo,
Que Dios no te mira,
Porque se retira
Tu vista del Cielo ¹.

» Así los mortales
Obraron mil veces;
Mas pagan con creces
Sus culpas fatales.

» ¿Ves ya adónde voy?

Pues basta; y evita
Que Dios te repita
La tunda de hoy» .—

¹ Job, XXIV, 15.

FÁBULA XII

El Perro Marrullero.

Un Can machucho la vida pasa
Del lecho al plato, como holgazán,
Tan sólo cuando llega á la casa
El dueño, muestra todo su afán:

Brinca de gozo, sale de quicio,
Lame sus plantas, todo es amor;
Mas no le impongan ningún oficio,
Porque al trabajo profesa horror.

Ni caza busca, siempre rehacio,
Ni guarda-puertas siquiera es:
Tragar de prisa, dormir despacio,
Fiestas al Amo.... ¡nada después!

Por ende un día, con laconismo,
Furioso el Dueño le dice así:
—«¡Fuera poltrones! ¡Luego, ahora mismo,
Rabo entre piernas, te vas de aquí!» —

Y el Can replica:— «¿Tienes entrañas,
Señor ingrato, para hacer tal?
¿Tantas caricias, tan dulces mañas,
Así se premian á un animal?» —

—«De garatusas, Perrazo chusco,
Yo no me pago (responde aquél):
Hasta en los hombres las obras busco,
No frasecitas de pura miel.

«Conque á la calle, donde imagino
Que muchas hambres verás aún;
Si aguardas algo para el camino
(Y agarra un palo), toma: ¡prum! ¡prum!» —

No á los que digan: ¡SEÑOR! ¡SEÑOR!
Dios brinda eterna felicidad,
Sino á los justos que con amor
Cumplan en todo su voluntad ¹.

¹ Math., VII, 21.

FÁBULA XIII

El Curioso y la Tapada.

Un Curioso calavera
Siguiendo va á una Tapada,
Tan sólo por la humorada
De ver la Dama quién era.

Y firme en su terco afán,
Ya, en fuerza de tanto ruego,
La Dama contesta luego
Las preguntas del Galán.

—¿Eres niña?

—A mi pesar.

—¿De nieve?

—Mi pecho arde.

—¿Celos quizá?

—Dios me guarde.

—¿En qué gozas?

—En llorar.

—¿Tienes penas?

—Sin guarismo.

—¿Te durarán?

—Mientras viva.

—¿De donde vienes?

—De arriba.

—¿Y á dónde vas?

—Allí mismo.

—¿Aborreces?

—Lo pasado.

—¿Amas también?

—Soy amor.

—¿Quieres morir?

—De dolor.

—¿Desesperas?

—No me es dado.

—¿Cuál es tu patria?

—El retiro.

—¿Y tu mansión?

—Las ruínas.

—¿Y tu lecho?

—Las espinas.

—¿Y tu cantar?

—El suspiro.

—¿Qué pretendes?

—Mi rescate.

—¿Con qué lograrás....?

—Con oro.

—¿Vas reuniendo....?

—Lo que lloro.

—¡Tanto llorar....!

—No me abate.

—¿Debes mucho?

—Ese es mi duelo.

—¿Pagas sola?

—No: entre dos.

—¿Quién es quien te ayuda?

—Dios.

—¿Quién es tu acreedor?

—El Cielo.

No digas más: que el arcano
Descubre la Religión
(Dijo el Galán): soy profano;
Mas en el mundo cristiano
Te llamas la CONTRICIÓN¹.

¹ Math. V. 5.

FÁBULA XIV

El Llanto y la Risa.

«¡Ay! qué tierra tan dura
La de mi suelo!»

Un Labriego murmura
Con desconsuelo.

Y el triste, arando,

«¡Qué duro!» (repetía)
Siempre llorando.

«¡Ay! ¡las lluvias ya tardan!
Desgracia es seria:
Hogaño nos aguardan
Hambre y miseria:

¡Ay! ¡ponte blando
(Exclama), suelo mio!»
Siempre llorando.

«Cada grano que tiro
En el barbecho,
¡Ay! me arranca un suspiro
Del triste pecho,

Considerando
Qué dudosa es mi suerte,
Siempre llorando.»

Mas, al fin, del verano
Llegan los meses:
Ya goza el Aldeano
Con ver sus mieses;
Pues, ricas siendo,
Trajina, suda y canta,
Siempre riendo.

«¿Qué me importa la siega
Con sus ardores,
Si el dulce premio llega
De mis sudores?»
Y va reuniendo
En gavillas los haces,
Siempre riendo.

«¡Oh! ¡qué grande es la espiga!
¡Qué gordo el grano!
Bien premia la fatiga,
Que no fué en vano.
Pues ahora entiendo
Que pasaré las horas
Siempre riendo.»

*Aunque el llanto te enoje,
Lector, advierte
Que la mies se recoge
Tras de la muerte.
Sean tus días
De modo que aquí llores
Y entonces rías¹.*

¹ Psalm, CXXV, 5.

FÁBULA XV

El Automata parlante.

En un lugar (acaso el del Toboso)
Aquel chusco *Maese*, en su *retablo* ¹,
Presentaba un Automata famoso
A un concurso de gansos numeroso,
Limpiándoles la bolsa, el muy diablo.

Y en verdad que el Automata discreto
Copia todo lo que hace una persona:
Come, bebe, saluda con respeto,
Danza, toca y al público paleta
Hace más de una linda cucamona.

Una vez que, charlando por los codos,
La Turba montaraz perdió la calma,
Y al Automata aplaude de mil modos,
«¡Qué lástima! (á una voz diciendo todos)
Que á tan diestro Galán le falte el alma!»

¹ Alude á *Maese Pedro*, en *El Ingenioso Hidalgo*.

Ved aquí que el Automata se para;
Hace callar la chusma vocinglera,
Y, tomando expresión altiva y rara,
Cual si un soplo divino le animara,
Suelto el labio, habló de esta manera:

— «¡Imbéciles! ¿Qué diantres os inspiran
Aplaudirme con tanta boca abierta?
¿Acaso entre vosotros no se miran
Automatas que comen, duermen, giran.....
Y en realidad el alma tienen muerta?» —

¡Oh qué bien, sabio Automata, has hablado!
Aunque charle y se mueva el infelice,
Que, enemigo de Dios, está en pecado,
Un automata es ya; San Juan lo dice:
DEL LIBRO DE LA VIDA ESTÁ BORRADO ¹.

¹ Apoc., III, 2.

FÁBULA XVI

El Murciélago y el Topo.

En la historia del Murciélago
Cuentan autores apócrifos
Que anduvo una vez muy tétrico
Este animal estrambótico,

Bullendo en todos los ámbitos
En busca de un grave astrólogo,
Que le curase un escrúpulo
Que ya le angustiaba indómito.

Mas, con tanto andar solícito
Tras el saber salomónico,
Elige en su afán por brújula
Al Topo, animal estólido.

— «Tú debes de ser un Séneca!
(Le dice con voz de acólito),
Pues siempre te juzgo extático
Allá en tu profundo sótano.

«Por tanto, responde súbito:
¿Aqueste horror hidrofóbico,
Que tengo al Sol antipático,
Será un instinto diabólico....?»

«Pues no quisiera en el ánima
Llevar un pecado insólito,
Que al fin me castigue Júpiter
Con un azote hiperbólico.»

— «¡No tal! (respondió el *Lucífugo*);
Antes bien, es muy platónico
No ver los seres malévolos
Que nos inquietan despóticos.

«Repara en mis luengos párpados,
Que son, por demás, anómalos;
Arbitrios son estratégicos
Contra ese enemigo tórrido».—

Con esto que oyó el *Noctívago*,
Clavóse en su mal propósito
De sepultarse al crepúsculo
En su escondite recóndito.

No faltan Devotos sátrapas
Que buscan, con celo cómico,
Mentor que les de el oráculo
Conforme á sus gustos sórdidos.

Mas siempre que el ciego apóyase
En ciego, para ir más cómodo,
Entrambos (verdad sin réplica)
Darán en el foso cóncavo ¹.

¹ Math., XV, 25.

FÁBULA XVII

El Perezoso.

Un hombre, con la suerte por amiga
(Aunque, al cabo, la infiel le trató mal),
A fuerza de trabajos y fatiga,
Llegó á reunir un corto capital.

«Oh! con esto (exclamaba) ya no hay miedo;
Tengo, y me sobraré, para vivir;
Y así, tenderme á la bartola puedo,
Sin tener que afanarme en adquirir.»

Y lo cumple tan bien, *ad pedem literae*,
En los brazos del ocio este español,
Que ni agencia un real, ni mueve un títere,
Cual si hubiera las minas del Tirol. ®

Mas, á poco, mitad de sus doblones
Gastó en curarse terca enfermedad;
Y, por colmo, unos pícaros ladrones
Lleváronse después la otra mitad.

Ya de todos cayó en el menosprecio;
Ya le tienen por vago y malandrín.
¡Pobre rico! ¡Qué cálculo tan necio
Formara la pereza en tu magín!

Quedó sin blanca, y se volvió al trabajo,
Renegando de sí y de Barrabás.
Desde entonces los hombres, acá abajo,
Mientras más atesoran, quieren más.

*Pues bien: el Fusto que el ejemplo lea,
De los hijos del mundo ha de aprender;
Y, si á santo llegó, más santo sea,
Por temor de enfermar y empobrecer ¹.*

¹ Apoc., XXII, 6.

FÁBULA XVIII

La Pena del Talión.

En tiempo en que regía
La Pena del Talión,

¡Qué osadía!

Un Tuerto picarón

Saltó un ojo á Lucía;

Juzgando el muy borrego,

Que, al verle sin un ojo,

Sin más ruego,

Perdonarán su arrojo

Por no dejarle ciego.

Mas paga sus diabluras,

El daño y la malicia

Con usuras;

Pues manda la Justicia

Dejar al Tuerto á obscuras.

Espera igual sentencia

El péfido y malvado,

Sin conciencia,

Que peca confiado

De Dios en la clemencia ¹.

¹ Gal., VI, 7.

FÁBULA XIX

El Rapaz y el Filósofo ¹.

Hoy, que apenas saludan la Gramática,
Ya comienza en los mozos el ridículo
Afán de hacerse graves y filósofos;
Recorren las espacios metafísicos
Cual si fueran modernos Aristóteles,
Y no dejan secreto, por altísimo,
Que no expliquen en son de catedráticos,
Sin haber empezado á ser discípulos;
Quiero darles lección en una fábula,
Y ha de ser á despecho de los tímpanos,
Para hacerles sentir mejor el látigo,
En el áspero metro monisílabo.

Aguzaba su inteligencia
Un Joven á orillas del mar,
Esforzándose en penetrar
De Dios la incomprensible esencia.
Y á corta distancia se vía
Afanándose un Rapazuelo

¹ Idea tomada de la vida de San Agustín.

En echar agua en un hoyuelo
Que en la arena cavado había.

Y va y viene con ansiedad,
Demostrando el plan sin segundo
De encerrar todo el mar profundo
En tan pequeña cavidad.

— «¿Hase visto mayor dislate?»—
(Exclamó, observando, el gran Hombre.)
— «¡Oh! (dice el Rapaz), no os asombre;
Que no es esto gran disparate.

«Desde que sé que hay algún loco
Que en su pobre y vana cabeza
Quiere comprender la grandeza
De Dios, ya lo que intento es poco.»—

Á tal contestación, los labios
Frunció el filosofastro, y dijo:

— «¡Cáspita! ¿quien eres tú, hijo,
Que así te burlas de los sabios?»—

— «No importa (replicó) mi historia;
Mas guardad en vuestra memoria:
Que el docto Cristiano se aviene
Con saber bien lo que conviene ¹.

¹ Rom., XII, 3.

FÁBULA XX

El León y su Corte.

El León de mi historia llegó á anciano,
Que el tiempo ni en la Corte pasa en vano.
Y, entre achaques sin cuento,
Sobrevínole oler tan mal su aliento,
Que la excelsa Leona,
A quien rinde á tal precio la corona,
El divorcio demanda, á voz en cuello,
Por no sufrir el marital resuello.

Incrédulo el Monarca á su dolencia
(Que nadie olió la propia pestilencia),
Al fallo quiere estar, por todo norte,
Que den los Animales de su Corte.

El Caballo primero
Llegó con aire generoso y fiero
A decir la verdad; pues la añagaza
Es de gente rüin, no de su raza.
Mas, no bien se acercó á la regia boca,
Con firmeza no poca

Dando un bote hacia atrás, exclama: — «¡Cierto
Es que os huele, Señor, á perro muerto!» —

Y por listo que anduvo el Declarante,
Dejó un anca en las uñas del Rapante.

Acude luego el Can, festivo, diestro,
Y que, en punto de husmar, es el maestro;
Y, llegándose á oler, moviendo el rabo,
Así depone al cabo:

— «¡Oh, qué edén! ¡Qué fragancia
Se esparce en derredor de aquesta estancia!
¡Vuestro aliento, Señor, es ámbar puro!
Quien diga lo contrario es un perjuro.» —

— «¡Ah, Perro adulador! ¿Al Soberano
Así mientes, infame cortesano?» —

(Dijo el León); y de una manotada
Dejó al Can sin cabeza en la estacada.

Llega la Zorra en pos, que vido esto,
Almibarando el gesto,
A fin de reservar lo que allá siente;
Y habló así con acento reverente:
— «Perdóname, Señor; no huelo nada,

Y es que estoy, hace tiempo, constipada.
Y fingiendo estornudos,
Fuése en paz, repitiendo los saludos.

Y tras este Animal otros vinieron,
Que su ejemplo y la farsa repitieron.
De lo cual, dando fe dos Elefantes,
Las cosas se quedaron como antes.

¿Necesitas, Lector, de catedrático
Que descifre este apólogo enigmático?

¡Poderosos! Tratáis á la baqueta
Al que os dice verdad, sencilla y neta;
Y soléis, como es justo,
Del vil adulator tomar disgustol....
Pues ¿qué hará la prudencia en tal camorra?
¿Constiparse? ¿no oler? ¿volverse Zorra? ¹

¹ San Ambrosio.

FÁBULA XXI

El Blasfemo.

Una Cruz de toско pino,
En un campo levantada,
Por la sombra dibujada,
Copiábase en el camino.
Espantósele el pollino
Á Blas con la sombra oscura,
Y el ganso en la tierra dura
Vino á dar.... (por las orejas).
Con lo cual blasfema y jura,
Rompe en sacrílegas quejas.

Y al ver la Cruz, que, en el suelo,
La sombra fiel ha extendido.
Pisábala enfurecido,
Vengándose así del Cielo.
Más ¿qué logra el muy ciruelo?
La Cruz siempre se levanta
Sobre la rústica planta,
Por más que en pisar se extrema;

Y así del crimen que espanta
Sacó sólo..... ¡el anatema!¹

*Quien, de acción ó de palabra,
Contra Dios la espada esgrima,
Su eterna desdicha labra,
Y Dios siempre queda encima.*

¹ Levit., XXIV, 23.

FÁBULA XXII

El Cazador.

Corría y aun volaba,
Tostado, endurecido,
Un cazador temido
Que el prado, selva y montes asolaba.
La perdiz, el conejo y el chorlito,
El gamo, el jabalí, la liebre, el ciervo.....
¡Todo libre animal que corre ó vuela!
Son manjar exquisito
Que persigue el Protervo
Hasta verlos parar en la cazuela.
Cierta vez un Pastor, que era ladino,
Detúvole, al pasar, en su camino;
Y en tono atrabiliario
Increpó de este modo al sanguinario:
— «¡Ven acá, hombre malvado!
¿No tienes en tu casa y á tu lado
En ópimos viveros,
Cerdos, gansos, cabritos y carneros.....
Y pavos y gallinas?
¿Por qué sólo te inclinas

A prender lo que no te pertenece
Y que sólo al mirarte se estremece?» —
— «¡Por lo mismo, doctor de los paletos!
(Replicó el Cazador con fieros bríos):
Esos que tú me nombras ya son míos:
Los tengo bien sujetos;
Y mis órdenes guardan sin combate,
Sin que yo los persiga ni maltrate.
» Al paso que los otros, á mi imperio
Califican de horrible cautiverio:
¡Nada quieren conmigo,
Aborrecen mi casa y mi arboleda!
Por eso los persigo
Y, sin cuartel, los mato como pueda.» —

*¡Ay! tal obra Satán con los humanos:
Deja en paz á los suyos en prisiones,
Y pone tentaciones,
Escándalos, celadas, sugerencias.....
A los que libres huyen de sus manos!
Esto dice un teólogo,
Añadiendo: «De horror y espanto llenos
Retengan el apólogo
Lo mismo los malos que los buenos.»*

FÁBULA XXIII

El Diamantista.

A las puertas de mi casa
Mendiga un Anciano el pan,
Astroso, encorvado y sucio,
Aunque diz tuvo caudal.

En cierta ocasión le dije:
—«Cuenta, hermano, en puridad,
Por qué trágicos sucesos
Viniste á miseria tal.» —

— «Con gusto (el Viejo responde):
Os vais, Señor, á admirar:
Yo era hombre de fortuna:
Que heredé algún capital.

»Y me lancé á Diamantista,
Creyendo poder medrar,
Sin conocer de las joyas
El mérito y calidad;

» Llegando á tal mi ignorancia,
Que no distinguí jamás
El cobre del oro puro
Ni el rubí del pedernal:

» Daba lo falso por fino,
Lo fino por incapaz,
Vidrios pintados, por perlas,
Y, por diamantes, cristal.

» Con lo que bien se adivina
Lo que se vino detrás:
Primero la cárcel, luego
El hambre y la enfermedad.» —

— «Pues, hermano, no me admiro:
Mucho de eso hay por acá
(Respondíle); pues hay hombre
Sin ciencia ni habilidad,

» Sin vocación, sin talentos,
De nada bueno capaz,
Que sube á brillantes puestos
Porque sí, y por nada más.

» Con lo cual en su ejercicio.....
¿Queréis saber lo que hará?
Pues dará palos de ciego,
El error por la verdad.

» Lo injusto por la justicia,
Lo aparente por real,
El vicio por las virtudes,
Los disturbios por la paz.

» Y, en fin, en todos los casos
Daré por el bien el mal.» —
— «¡No le arriendo las ganancias
Al dicho, ni acá ni allá!» —

(Repuso el Viejo). Y yo asiento
Por doctrina muy cabal:
*¡Que el deber del propio estado.....
En conciencia hay que llenar!*



LIBRO IV

FÁBULA I

La Rana y el Caballo

*Desde un charco,
Cierta Rana
Canta ufana
Su pasión
A un Caballo*

Muy maestro

Que, del diestro,

Llena Antón:

— «¡Oh! ¡Qué hermoso!

¡Cuán fogoso

Providencia te crió!

De esa planta

Que me encanta,

A ninguno más dotó.

Ancho el cuello,
Tu resuello
Brota fuego en la nariz
Tu fiereza,
Tu viveza
Muestran bien que eres feliz.

Recio el callo
¡Buen Caballo!
Hace el suelo retemblar,
Ya relinches,
Ya te hinchas
Vanidoso al galopar.

Brazo suelto,
Aire esbelto,
Anca llena, larga crín.....

De la guerra
No te aterra
Ni el estruendo ni el clarín.

Si te irritas
Y encabritas,
Luego escapas con ardor;
O en corvetas,
Te sujetas
A placer de tu señor.

Cual langosta
¡Sus! Nada obsta
A tu salto volador:
Zanja ó foso,
Siempre airoso
Salva osado tu valor.

Lo obediente,
Lo valiente
Uniditos en ti van,
Que, á la mano,
Diestro, ufano,
Obedeces con afán

Y ora humillas
Las rodillas,
Ora danzas con primor;
Todo, todo,
Según modo
Que te enseña el picador.®

*Y el Caballo,
Ya molesto,
Echó el resto
Con decir
Tal sentenciá*

Que, en su forma,

Nos da norma

Que seguir:

— «Hembra inútil,

Necia y fútil,

Sólo ves mi habilidad;

Pero, diga,

¿Qué me obliga

A tener tanta bondad?

¡El bocado!

Que, ajustado,

Lengua y boca refrenó.

De otro modo,

Libre todo,

Indomable fuera yo.

¡Cuántos males

Garrafales

Cometiera, bruto audaz,

Llano y sierra,

La ancha tierra

Recorriendo montaraz!

Así, Hermana

Charlatana,

Pon la oreja y atención,

Por que entiendas,

Por que aprendas

Esta ascética lección:

Que no es mengua

Que á la lengua

Ponga freno la virtud,

Cuando tantos

Hombres santos

Así alcanzan la salud.

Ten silencio,

Buen cristiano,

Y no en vano

Callarás;

Que, á esa costa,

Ser perfecto,

En efecto,

Lograrás¹.

FÁBULA II

Amor y Temor.

En una tarde de asueto,
Amor y Temor de Dios
(Dos Monjes de gran respeto)
Compusieron un Soneto
Verso á verso, entre los dos.

Y aquí, lector, yo lo zampo
Como lo narra la historia.
Y, ya que por ti lo estampo
En este ascético campo,
Consérvalo en la memoria:

SONETO

- A. ¡Oh! ¡con cuánto placer mi ley observo!
T. ¡Ay! yo cumplo también, pero á destajo.
A. Jamás en la obediencia vi trabajo.
T. Yo me rindo al azote como siervo.
A. Fijo en la altura, mi fervor conservo.
T. Yerto camino por el suelo bajo.
A. Con mil delicias el Señor me atrajo.
T. A mí de males con penoso acervo.

- A. ¿Y somos, siendo así, santos y puros?
T. Para la perfección nos falta un tilde.
A. ¿Tal vez unirnos con abrazo doble...?
T. ¡Sí! que es fuerza, al querer vivir seguros...
A. Yo, AMOR, que *tema*, para ser humilde.
T. Yo, TEMOR, que *ama*: para ser más noble¹.

¹ Ecd., XXV, 16.

FÁBULA III

La Rosa entre espinas.

En una selva muy retirada,
Cándida rosa se ve brillar,
De espesa zarza bien rodeada,
Que la defiende cual valladar.

Así guardada,
Vive segura,
Que mano impura
No la ha de ajar.

La vió una Bella, gran cortesana,
Y, muy galante, le dijo así:
— ¡Funesta suerte te cupo, hermana!
¿Qué vida es esa tan baladí?

»Flor tan galana
yo no consiento
Por un momento
Que viva aquí.

»Vendrás conmigo, y en los salones
Serás hechizo por tu candor;
Serán tu trono ricos jarrones
De porcelana de gran valor.

»Mil ilusiones
Habrás en tanto;
Serás mi encanto,
Serás mi amor.»—

Con tal arenga, sobrecogida
La Rosa humilde palideció;
Mas vióse luego más encendida,
Cuando ardorosa le contestó:

— «Tan dulce vida

Yo no la quiero:
Morir primero
Resuelvo yo.

»Hoy he nacido: mi vida es poca,
Tu aliento quema como un volcán;
Y, si tu mano mi cáliz toca,
Secarme al punto me mirarán.

» Seré de roca;
No me alucina
Ni me fascina
Todo tu afán.» —

Mas ni por esas cede la Dama;
Vuelve á su antojo; constante en él,
Al sitio llega.... la rosa clama....
Y al fin decide la zarza fiel;

Pues en su rama
Paróse herida
La fementida
Dama crüel.

Desde este lance, cuando mis ojos
La fuerte reja ven con temor,
Que el claustro guarda con sus abrojos,
«No es esto (digo) vano rigor:

De los antojos
De mano impura
La zarza dura
Libró á la flor» 1.

FABULA IV

El reloj de pared.

Un joven muy piadoso,
De virtudes modelo,
Se olvidó cierto año
De hacer sus ejercicios. ¡Mal agüero!

Le hallaron, desde entonces,
Casquivano y ligero,
Disipado, engreído,
Y á punto de caer en graves yerros.

Hasta tanto que un día,
Al entrar del paseo,
Inmediato á su estancia,
Escuchó con asombro estos lamentos:

«¡Ay de mí, sin ventura!
¡Cuán cerca mi fin veo!
Las fuerzas se me acaban,
Que, débil, sólo, reparar no puedo.»

«¡Venid, venid volando!
¡Aún llegaréis á tiempo
De sostener mi vida!
¡Si tardáis un instante, yo fallezco!» —

Buscó el joven sus armas,
Cual Fidalgo Manchego,
Y asiendo la tizona
Con gran ímpetu entró en el aposento.

— «¡Ah del fantasma (grita
Sin temor el Mancebo);
Mas ¿qué miro?» — Y, helados,
Espada y corazón al par cayeron.

De un Reloj de pared
Son los tristes acentos:
— «¡Dame cuerda, mal amo,
Que sin ella servirte yo no puedo!

«¿No estás viendo mis pesas
Casi tocando al suelo?
Si tardas un minuto,
Un cadáver no más me encuentras hecho.» —

Entendió la indirecta
El joven, que no es lerdo;

Y, el retiro buscando,
Volvió á sus *ejercicios* con empeño.

Al reloj de su alma
Faltándole iba el peso;
Y, si no acude pronto,
Reprobado por Dios, quedara muerto.

*Por eso el buen Cristiano,
De negocios huyendo,
A dar cuerda á su espíritu
Se entrega con afán de tiempo en tiempo*¹.

¹ Rom. XII, 2.

FABULA V

La Gotera.

¡Qué dolor! Esparcidos por el suelo
Descúbrense, entre montes de sillares,
Capiteles, pilastras á millares,
Florones, arcos de atrevido vuelo.

Hace poco, elevándose sin duelo
Sobre firmes columnas seculares,
Provocaban del tiempo los azares
En magnífica pompa junto al cielo.

Hoy, al ver los tristísimos escombros,
Parándose el viajero ante la ruina
Del vasto Templo, que admirado fuera,

Doliente voz adviértele, entre asombros,
Lo que apenas el alma se imagina:
«De todo ha sido causa una Gotera»¹.

*De la culpa más pequeña,
Si el remedio se abandona,
La virtud se desmorona:
La Gotera así lo enseña.*

¹ Eccl., XIX, 5.

FABULA VI

Fotografías del Corazón.

Un Fotógrafo muy célebre,
Por dicha el secreto halló
De retratar con sus bártulos
Lo que está en el corazón.

Y, ansiando ponerlo en práctica,
Su máquina colocó
Frontera á una plaza pública,
En un lejano rincón.

¡Santo Cielo! ¡Qué espectáculo!
¡Qué cosas tan grandes vió!
Escenas son muy dramáticas;
Oigamos al inventor:

Viene un Joven.

¡Preparémonos!—
Y al punto que se paró,
Dejó en el cliché, por átomos,
Todo, todo su interior.

— Y ¡qué miro! ¡Escena bárbara!
Armada la Seducción,
Sobre un caballo flamígero
Persiguiendo va al pudor. —

Una Bella.

— ¡Lance cómico!
Mas... ¡qué rápida pasó!
Quedaron sus dos satélites,
Coquetismo y Presunción. —

Un Niño.

— Bien; será cándido.
Mas ¿qué descubro? ¡Nó, nó!
Ahogada entre goces lúbricos
Creciendo va su razón. —

Otra Dama.

— ¡Voto al chápuro:
De dices de tocador
Ostenta, y de objetos fútiles,
Atestado el corazón.

Carrozas, trajes fantásticos
Y joyas de gran valor,
Do el oro y diamantes pérsicos
Rutilan en profusión.

Quisiera en su lujo hidrópico,
Su lumbre robar al sol:
Todo lo que lleva es mágico;
Pero su alma..... ¡qué horror! —

Un guerrero.

— ¡Lance trágico
Se nos presenta, feroz!
Aquí la soberbia indómita
Su fiero carro paró:

Sobre trono de cadáveres
Toma asiento; y á su voz
Que el mundo obedezca trémulo
Pretende sin más razón.

Y tiende la vista, y pérfido
Reclama inciensos y honor;
Y vierte la sangre y bébela
Si lo pide su ambición! —

Y así le dejó el hipócrita
Su retrato, el impostor,
El necio, el injusto, el pícaro,
El usurero, el ladrón.

Al fin, con llagas sin número,

Un Mendigo apareció,
Hastiado del tema místico
«Perdone, hermano, por Dios.»

Y ya, de fatiga exánime,
De sed, hambre y de dolor,
Cerrando humilde sus párpados
Rendido en tierra cayó.

La máquina da el fenómeno,
Y el cuadro ofrece.

— ¡Ah, Señor!
¡Tan sólo aquí vuestro espíritu,
La fe, la resignación....!

En tanto que el mundo sórdido
Es todo *Carne, Ilusión*
Y *Soberbia* (son los títulos¹
Que un Santo Apóstol le dió). —

Con lo cual el buen Fotógrafo,
De susto lleno y pavor,
Su lente y sus adminículos
Haciendo trizas, gritó:

¹ Joan., II, - 16.

— ¡Inicuo mundo diabólico!
¡De la virtud opresor!
¡Inmenso charco de crímenes:
Adiós para siempre, adiós! —

Y, al claustro volviendo el ánimo
Del mundo escapa veloz:
— *Quien te conozca* (diciéndole)
Hará lo mismo que yo,

FÁBULA VII

Los Pecados capitales.

En profunda caverna,
Do la noche es eterna,
Juntáronse en concurso
Las pasiones humanas,
Con las miras livianas
De probar cada cual en un discurso
Cuál merezca, entre todas, para el hombre,
De más justa el laurel y el sobrenombre.

Habló primero la Soberbia, y dijo:

— «¿Quién como yo? Si el mundo se alborota
Con brillantes acciones, ¿no se nota
Que con mi aliento las impulso y rijo?»

— «Y ¿qué importa (prosigue la Avaricia),
Si la humana justicia
De tal manera con mi afán se aviene
Que en la tierra es más justo el que más tiene?»

Sigue en pos la Lujuria: — «Yo, señoras,
Confieso mis flaquezas;

Mas el pícaro amor, á todas horas,
Es quien ciego me arrastra á mis torpezas.» —

Tronando, en esto, prorrumpió la Ira:
— «¡Yo merezco el laurel, y punto en boca!
Que, aunque fiera yo soy, si bien se mira,
Es cuando algún infame me provoca.» —

— «Y bien (dijo la Gula, echando un trago),
¿Qué mal á nadie hago
Aturdiendo mi pena
Con Málaga, Jerez ó Carriñena?»

«Ni ¿qué mal la Pereza ¡pobre amiga!
Que allí está sin fatiga,
Dándosele un ardite de este acuerdo,
Roncando en su poltrona como un cerdo?» —

Y en silencio quedó la concurrencia;
Porque la Envidia triste,
Por no decir que existe,
Se negaba á ilustrar la competencia.

En esto llega el Diablo,
Y en medio de sus Hijas toma asiento.
— «¡Atención, mientras hablo!

(Les dice, echando por la boca chispas):
Agotado tenéis mi sufrimiento,
Pues, más que hermanas, parecéis avispas:
Decidme, hato de necias, ¿quién blasona
De *justicia* ceñirse la corona
Donde la Envidia está, que, aunque no ladre,
Es la hija que más sale á su padre?» —

— «¡Eso nó!» (vocifera la Canalla).
— «¡Silencio! digo, ó mi furor estalla.
¿Sabéis, hijas traidoras,
Cuál es vuestra pensión sobre la tierra?
Atormentar al hombre á todas horas;
Angustiarle, oprimirle, darle guerra
Sin descanso ni alivio. ¿Mas lo hacéis?
Díganlo todas seis;
Que, unas más y otras menos,
Mezcláis vuestros venenos
Con el dulce licor de los placeres;
Mas la Envidia... ¡jamás! Desde que empieza,
Derrama su tristeza,
Su encono, su desvelo
En el vil corazón del hombre impío,
Sin brindarle una hora de consuelo,
Justiciera vengando su extravío.

¿No es esta la verdad?
— «¡Sí, sí!» (gritaron)
Y dieron la cuestión por decidida;
Y á la Envidia por *justa* proclamaron,
Dejándole ceñida
Su corona de víboras tejida.

*¡Eh! ¿Qué tal, buen lector? ¿Serán excusos
Repetir que ella pulve hasta los huesos? ¹*

¹ Prov., XIV, 30.

FÁBULA VIII

Ciego, Sordo y Mudo.

Entró cierto Pelagatos
En los salones de un Rey,
Y, sin respeto á su ley,
Cometió mil desacatos.

Al instante un Palaciego,
Por señas le dice: «Atrás!
Qué: ¿no sabes dónde estás?»
Mas no hizo caso: era Ciego.

Llega un Paje, y le habla gordo,
Ponderándole, irascible,
Que aquel lugar es terrible;
Mas no comprende: era Sordo.

Ya entonces con modo rudo,
Y con hostil interés,
Le ordena diga quién es;
Mas no responde: era Mudo.

Y, visto que va adelante
Con sus ejemplos tan malos,
Echaron al Hombre á palos,
Y así comprendió al instante.

*Jóvenes, sin fe y doctrina
(¡Sin los sentidos cristianos!),
Que vais al templo ¡profanos!
A hollar la mansión divina,*

*Salid del Lugar tremendo,
Antes que el Señor del mundo
Os lance de allí al profundo,
Vuestros desacatos viendo¹.*

¹ Gen., XXVIII, 17.

FÁBULA IX

La Carta blanca.

Dedicada á mi muy estimado amigo el Ilmo. Sr. Don José Fernández Espino, Director de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras.

En parla castiza de sieglos antigos
Me acude á las mientes contar una ystoria.
Udir vos atañe, rapazes amigos;
E finquese afirmes en vuessa memoria.
Ca, non de fazannas de cruenta vitoria,
De Sancta Scriptura serán mis liciones
Fabladas á guisa de los infanzones,
Que á Espanna ganaron manífica gloria.

Un Rey cabdaloso, que amor ha por ley,
Priso de un Fidalgo muy rara terneza;
E Carta li endona do scripso *Yo el Rey*
Tan sólo, por signa de luenga fineza.
—«Por ende (li disso) fer-has bien proveza;
Ca, en toda rencura, si pides mercedes,
El ruego acomplido certano veredes
Con muy ricos dones de la mi largueza.»—

Graciólo el Vasallo; maes fo mal sesudo
Con peño caboso d' atanto valer;
Ca, triste, lazado, famniento é desnudo,
Magütera su Carta, fincó por doquier.
Femencia cutiano, ganoso de aver.....
Et nunqua gradoso tornó de su empeño;
Ca, turvo et infiesto, le mira con ceño
El Rey, que non asma su cuita toller.

Mohino el Fidalgo, grant ira li prende
En cabo, é la Carta destriza sannoso:
—«¡Don Reye (gridando) catad que por ende
Finear ha el tu nome fallido et mintroso!»—
—«¡Xrifante! (recúdeli el Duenno bondoso)
Non fágote entuerto, non fízete enganno:
Serie grant culpa, faríete danno,
Sobeio soltando tu pleito enoioso.

«¡Pardiez! ¿Cuáles donas demanda tu lengua?
Pastrijas, gallaras, adovos, follía....»
Que al home sesudo se tornan en mengua,
Nemigas pregarias de la fidalguía.
¡Trufán! ¡malaestrugo! mi cartá non fía
Röines falagos de la vanidat:
Porfica lo bueno con grande omildat,
Prender-has tenencia granada é bailía.»—

Allora el Fidalgo asmó fer mudanza;
 E diz que hobo adieso cabdal é plascencia;
 Ca, el home que afinca derecha folganza
 Con ruego fiuzante, trobar-ha clemencia.

*Remembra, Xpiano, la antiga sentencia,
 ¡O tú, que quirotas demandas supervo,
 E fier, si Don Christo non fyra su biervo,
 Irado te acusas de enganno é falencia!
 Si non vos acorre (decíroslo-he gratis)
 Es, Dissol Sant-Yago, quod male petatis¹.*

¹ Nada más común que esta mezcolanza de latin y castellano en nuestros poetas sacros del siglo XIV, á quienes se ha querido imitar aquí.

GLOSARIO

DE LAS VOCES Y FRASES MENOS CONOCIDAS QUE
 SE EMPLEAN EN LA ANTERIOR FÁBULA

A

Acomplido, *cumplido, satisfecho*. — Acorre, *ampara, socorre*. — Acude á las mientes, *ocurre*. — Adieso, *al punto*. — Adovos, *adornos*. — Afinca, *pide con instancia*. — Afirmes, *firmemente*. — Allora, *entonces*. — Antigos, *antiguos*. — Asma, *piensa*. — Asmó, *pensó*. — Atanto, *tanto*. — Aver, *tener*.

B

Bailía, *valimento*. — Biervo, *palabra*.

C

Ca, *porque*. — Cabo, *V. en cabo*. — Caboso, *extremado, perfecto*. — Cabdal, *caudal*. — Cabdaloso, *acaudalado, rico*. — Certano, *seguramente*. — Christo, *Cristo*. — Cutiano, *constantemente*.

D

D', *de*.—Danno, *daño*.—Deciroslo-he, *os lo diré*.—Derecha, *conveniente, justa*.—Destriza, *hace pedazos*.—Disso, *dijo*.—Dissol, *dijolo*.—Donas, *dones*.—Duenno, *dueño*.

E

E, *y*.—En cabo, *al fin*.—Ende, *V. por ende*.—Enganno, *engaño*.—España, *España*.—Et, *y*.

F

Fabladas, *habladas*.—Fágote, *te hago*.—Falogos, *halagos*.—Falencia, *falsedad*.—Fallido, *falso*.—Famnio, *hambriento*.—Fariete, *te haría*.—Fazañas, *hazañas*.—Femencia, *insta con afán*.—Fer, *hacer*.—Fer-has, *harás*.—Fier, *fiero*.—Fidalgo, *hidalgo*.—Fincar-ha, *ha de quedar*.—Fincó, *permaneció, quedó*.—Firma su biervo, *acredita su palabra*.—Fiuzante, *confiado*.—Fízete, *te hice*.—Fó, *fué*.—Polganzas, *goees*.—Pollía, *locura*.

G

Graciólo, *lo agradeció*.—Gallaras, *cosas despreciables*.—Gradoso, *contento*.—Granada,

grande.—Grant, *gran*.—Gridando, *gritando*.—Guisa, *manera*.

H

Home, *hombre*.—Hobo, *hubo*.

I

Infiesto, *erguido*.—Irado, *airado*.

L

Lazrado, *lleno de trabajos*.—Li, *le*.—Li prende, *se apodera de él*.—Liciones, *lecciones*.

M

Maes, *mas*.—Magüera, *sin embargo de*.—Malastrugo, *malvado*.—Mal sesudo, *neco*.—Mientes, *V. acude á las mientes*.—Mintroso, *mentiroso*.

N

Nome, *nombre*.—Non, *no*.—Nunqua, *nunca*.

O

Omildat, *humildad*.

P

Parla, *lenguaje*. — Pastrijas, *bagatelas*. — Plascencia, *contento*. — Peño, *prenda*. — Pleito, *pretensión*. — Pregarias, *peticiones*. — Prenderhas, *tomarás*. — Por ende, *por tanto*. — Prende, *V. li prende*. — Porfica, *porfía (verbo)*. — Priso, *tomó*. — Proveza, *aprovechamiento*.

Q

Quirolas, *diversiones*. — Quod male petatis, *porque pedís mal*.

R

Rapazes, *niños*. — Recúdeli, *replicale*. — Remembra, *recuerda*. — Rencura, *aprieto, aflicción*. — Renome, *renombre*. — Reye, *rey*. — Róines, *ruines*.

S

Sancta Scriptura, *Sagrada Escritura*. — Sanoso, *con saña*. — Sant-Yago, *Santiago*. — Scripso, *escribió*. — Serie, *sería*. — Sesudo, *racional*. — Sieglos, *siglos*. — Signa, *señal*. — Sobeio, *excesivamente*. — Soltando, *concediendo*. — Superbo, *soberbio*.

T

Tenencia, *fortuna, adquisición*. — Toller, *quitar*. — Trobar ha, *ha de encontrar*. — Trufán, *truhán*. — Turvo, *torbo, enojoso*.

U Y V

Udir, *oir*. — Vanidat, *vanidad*. — Veredes, *veréis*.

X

Xpiano, *cristiano*. — Xrifante, *voz de desprecio*.

FÁBULA X

El Orador elocuente.

— «Vente conmigo á admirar
Un Orador elocuente
(Dijole Juan á Clemente,
Echando los dos andar).

«Demóstones fué un pelgar
Y Tulio un impertinente,
Comparados al torrente
De su elocuencia sin par.»—

— «Tendré un gusto regalado
(Clemente dijo), es asunto
Que siempre fué de mi agrado.»—

Y Juan le señala al punto
Un aposento enlutado,
Y allí tendido un difunto¹,

¹ Eccl., XLVIII.

FÁBULA XI

El Aguila y el Murciélago.

Conozco muchos cristianos
Que, por sus fines diabólicos,
Alardean de católicos
Apostólicos romanos.

Mas oírlos causa risa;
Pues ni cumplen Mandamientos,
Ni reciben Sacramentos,
Ni rezan, ni van á Misa,
Y son de maldad un piélago.
Por eso, á fuer de teólogo,
Les endilgo aquí este apólogo
De *El Aguila y el Murciélago*.

Del alto cielo en las cerúleas naves,
El Águila caudal llamó á sus Aves;
Que nadie extrañará que el pueblo alado
Haya también comicios, y aun senado.
Ello fué que, cruzando los celajes,
Luciendo sus plumajes
Llegaron con desvelo
Las Aves más simpáticas del cielo.

Fué allí el Canario, el Ruiseñor parlero.
El Verderón, la Alondra y el Jilguero,
La Garza y el Pavón de plumas de oro.
El negro Mirlo, Papagallo y Loro,
El blanco Cisne, el Cardenal... y, en suma,
Allí se vió el donaire,
Por el canto ó la pluma,
De cuantos pueblan la región del aire.

Mas ¡quién pudo pensarlo! Era la hora
Del crepúsculo tibio de la aurora,
Cuando... (el sol con sus vívidos reflejos
Aun no espanta al nocturno Animalejo)
El Murciélago audaz, de vil ralea,
Penetra en la Asamblea,
Con su ingrato chirrido
Diciendo: «Aquí estoy yo, porque he venido.»

De espanto luego la Reunión se agita,
Al ver aquella aparición maldita;
Mas él insiste, con sentencias graves,
En ocupar su puesto entre las Aves.
La Reina entonces dirigióse al Cuervo,
Y.... «Ten á ese protervo
(Le dice) mientras hablo,
Y muestro que su raza es la del diablo.»

«¿Quién te ha dicho
Pueda un Bicho
Con mis aves alternar?
¡En tu hechura
La natura
Hizo un monstruo singular!

«¿Tienes pico?
No; que hocico
Es el tuyo de ratón.
Tu pelaje
Da coraje
Y ni mueve á compasión.

«¿Tienes plumas?
¡No presumas!
Que no vistes sino piel
Asquerosa,
Como cosa

De tu raza de Luzbel.

«Que, si vuelas,
Es con telas
De pellejo baladí;
Y las galas
De esas alas
Tomó el diablo para sí.

»Entre nieblas,
Y en tinieblas
Tú campeas como el mal;
Y mosquitos
Infinitos
Son tu plato principal.

»Tu figura,
Cual basura,
Se ve asida á la pared;
Y escobazos
Y cañazos
Son tu paga y tu merced.

»Y las Bellas,
Con querellas,
Se desmayan de aflicción,
Si, volando,
Volteando
Invasiste su mansión.

»Por todo eso
Mi Congreso,
Indignado contra ti,
Te condena
A la pena
De caer, lejos de aquí,

»En las manos
De tiranos
Chicuelos de buen humor,
Que retocen
Y se gocen
En tu mal y en tu dolor;

»Y te pinchen,
Y te trinchen,
Y te claven á un portal,
Y te quemen,
Y se extremen
En tu término fatal.»—

Y el Murciélago vil rugó su vuelo,
Y á sufrir su condena cayó al suelo.
En tanto el Pueblo volador, sentencia
Dió, que alcanza á los hombres su prudencia:

*Rechaza de tu seno á los malvados:¹
Si alegan ser honrados,
Que funden sus derechos,
No en palabras ó en nombres, sino en hechos*

¹ 1 Cor., V, 11.

FÁBULA XII

El Pavo regalado.

Cierto Pavo simplón ya no sabía
(Tal se ve regalado en su sustento)
Cómo de gratitud el sentimiento
A sus amos, cual noble, expresaría;

Que, ignorando la infame alevosía
Que preside al goloso tratamiento,
Se embaulaba las habas ciento á ciento,
Las nueces por docenas, cada día.

Mas llega Navidad....! y fué su suerte
La del Cerdo: ser pasto de glotones.
Lo cual, ¡oh Filis! por tu honor advierte:

*Mires bien del dador las intenciones;
Pues las manos que traman darle muerte
Se presentan quizá ricas de dones*¹.

¹ Ps. XXV, 10.

FÁBULA XIII

La Mona y el Cerdo.

Una Mona
Picarona,
Relamida,
Presumida,
Vanidosa por demás;
No encontrando
De su bando
Quien la alabe,
Pues ya sabe
Que es el mismo Satanás,
A un Marrano,
Nada vano,
Va y rodea,
Con la idea
De obtener su admiración.
Y al efecto
Del proyecto,
La muy pilla
Se le humilla,
Ostentando abnegación.

— ¡Oh! ¡qué guapo y qué rolli
Te erió la Providen!

(Le dice) ¡me causa envi

Tu figura, tu talén,

Tu voz de bajo profún! —

Y el Guarro dice: *grum, grum.*

— Mientras yo ¡desventurá!

Soy un escuerzo complé.

Lo conozco; son muy ra;

Y sin duda por lo fe,

Causo risa á todo el mun. —

Y el Cerdo añade: *grum, grum.*

— ¡Y, si al fin tuviera ingé....!

Mas soy tan lerdá y pacá,

Que ni aun logro por enté

Articular las palá;

Hablando me turbo al pun. —

Y el Guarro siempre: *grum, grum.*

— Y es que soy gran pecadó:

Lo tengo bien merecí

(Dice llorando la Mó);

¡Piedad, ¡oh Cielos!, de mí!

¡Que me condeno barrún! —

Y el Cerdo sigue: *grum, grum.*

— Hablemos con claridad.

Ya esta pesado el asún:

¿Qué indica tu gravedad

Que no sales de eso nun? —

— Que no cuele tu humildad. —

— ¡Maldito, amén, tu *grum, grum!*

Hay devotos que se humí

Porque los suban en al; ¹

Mas mi tema favorí,

Al ver su virtud tan fal,

Será hacerles contrapún

Con lo del Cerdo: ¡GRUM! ¡GRUM!

¹ Eecf., XIX, 23.

FÁBULA XIV

El Caminante.

Un Joven se encontró, sin saber cómo,
En una encrucijada de caminos;
Y no acierta á elegir, ni por asomo,
El que cuadra mejor á sus destinos.

(Aquél semeja deleitosos prados;
Éste un Oasis por las Ninfas hecho;
Otros se ven de rosas alfombrados,
¡Uno tan sólo es áspero y estrecho!)

Viendo su indecisión, enternecida,
Dulce Matrona hablóle de esta suerte:

— «*El áspero sendero va á la vida!*
Y los restantes ¡todos á la muerte!» —

Y el Joven contestó (ya sin la venda
Que tan dudosa hiciera su elección):
— «Tomaré con valor la estrecha senda;
Pues que traigo por fin **la salvación**¹.

¹ Ps. XLII, 8.

FÁBULA XV

Júpiter y varios Animales.

Cuatro animales
Se propusieron
Mudar de estado
Con grande empeño;

Juzgando fácil
En un momento
Cambiar la vida
De extremo á extremo.

El Lobo quiere
Guardar corderos,
La Cierva libre
Pide el encierro,

Darse al ayuno
Pretende el Cerdo,
Y el bravo Toro
Serrar sus cuernos.

Y al almo Júpiter
Van con el cuento,

Mostrando en todo
El fin más recto.

El dios Tonante
Se mira en ello;
Y al ver la traza
De los sujetos.....

(El diente agudo,
Los pies ligeros,
La enorme panza,
El aire fiero),

Con faz terrible,
Con voz de trueno,
Lanzando rayos,
Dió su decreto:

— «Hato de locos,
Marchaos luego.
¿Queréis acaso
Hundir mi reino

» Turbando el orden
Que tengo impuesto
En un destino
Que no es el vuestro?

» ¿Quién os inspira
Tamaño arresto?
¿No veis que es obra
Del mismo infierno?

» ¡Mudar de estado
Asunto es serio!
Hablen algunos
Mortales ciegos,

» Que por antojos
De unos momentos,
Cautivos gimen
En lazo estrecho.

» ¡Marchad al punto!
Si nó, prometo
Que á todos cuatro
Daré escarmiento.»—

Y, así corridos,
Se escabulleron,
Al traste dando
Con sus proyectos,

*Las vocaciones
Vienen del Cielo,*

Que á cada uno
Llama á su centro:

Al claustro unos,
Al siglo aquéllos,
Y á todos, todos,
A ser perfectos¹.

Mas nadie intento
Partir ligero
En un asunto
De tanto peso.

¹ Cor., VII, 7.

FÁBULA XVI

Los Viajeros.

Dos Viajeros se encontraron
En un hotel de París;
Y, apenas se saludaron,
Del suceso se alegraron,
Pues van á un mismo país.

Hidalgos de pobre cuna
No educados para el ocio,
También el fin los aduna:
Que ambos llevan su fortuna
Para hacer un gran negocio.

Mas temiendo tropezar
En los peligros del viaje,
El uno, sin más hablar,
Se retiró á trabajar
Y á disponer su equipaje.

En tanto que el Compañero
Va recorriendo salones,
Donde el rumor placentero

De tanto alegre viajero
Enciende sus ilusiones,

Porque era hermosa la estancia,
Y bello cuanto se mira;
Y tal su lujo y fragancia
Y de goces la abundancia,
Que el joven Huésped se admira.

Aquí músicas sonoras
Vienen á halagar su oído;
Allí danzas tentadoras
Y mujeres seductoras
Le dejan embebecido.

Y fragando aquel veneno
Con ávida sed febril,
De la virtud rompe el freno,
Pisoteando en el cieno
Su inocencia juvenil.

Al vapor de los licores
Y al crujir de las botellas,
Toma parte en los amores,
Y en los brindis y clamores,
Y en obsequiar á las bellas.

Y en medio de la algazara
Y de las copas al brillo,
El infeliz no repara
Que sale la fiesta cara,
Y va menguando el bolsillo.

Para remediarlo luego,
Ya con prudencia ninguna,
Acude al salón de juego,
Y en él, tembloroso, ciego....
Pierde toda su fortuna.

Y al ver el escamoteo
Que allí trama la avaricia,
Hay golpes y clamoreo;
Y el lance se pone feo,
Y acude al fin la Justicia.

Pobre, herido y preso va
Nuestro Huésped, y es la aurora,
Cuando el otro Amigo está
Buscándole, porque ya
De caminar es la hora.

Y al encontrarle entre dos,
Exclama en llanto deshecho:
—¿Qué pasa, amigo, por vos? —
—Id (le responde) con Dios;
Ya mi negocio está hecho.—

Oyó luego del fracaso
La relación verdadera;
Y, afligido por el caso,
Marchó solo, pero, al paso,
Anotando en su cartera:

*Si el tiempo corre al vapor,
Y es Dios nuestro fin postrero,
Todo hombre es un viajero
Y este mundo un parador*¹.
Así, cuando embaucador,

*Por engrosaros trabajo,
Y en tan mísero pasaje
Cifrar quiera vuestra gloria,
Recordad, hombres, la historia
Del mi amigo de viaje.*

¹ Heb., XIII, 14.

FÁBULA XVII

El Sol y la Luna.

*Dedicada á mi querido y muy docto amigo el Licenciado
Sr. D. José Ortiz de Urrueta, Presbítero.*

Adulada de amantes y poetas,
Quiso un tiempo la Luna
El cetro arrebatár de los planetas,
Por arte ó por fortuna.

A tal fin, de Terrícolas secuaces
Promueve gran concurso;
Y, explicándose en términos falaces,
Les hizo este discurso:

—«Hora es ya de que abajo venga luego
El reinado inclemente
De ese Sol, que os abate con su fuego,
Abrasando á la gente.»

Largos siglos sufristeis sus enojos
Y el orgullo inaudito
Con que el Déspota niega á vuestros ojos
Mirarle de hito en hito.

¿No es mi luz más tranquila y más suave
Qué ese Sol inhumano?
¿De fenómenos mil la oculta llave
No tengo yo en mi mano?

¿Quién sostiene el vaivén de aqueos mares
Donde yo me reclino?
¿Quién dirige y consuela en sus azares
Al osado marino?

Esas lluvias y vientos tan variados
Yo benéfica empujo:
Y en mieses, animales y sembrados
Es notorio mi influjo.

Á las plantas y flores de Abril bello,
Que tanto agrada verlas,
Avaloro con lánguido destello
Ornándolas con perlas.

De mi lumbre á los mágicos albores
Las aguas son de plata;
Y yo inspiro á los sabios trovadores
Su cántiga más grata.

Así, pues, ¡oh mortales de la Tierra!
Colocadme en el trono;
Y á ese Sol fementido hagamos guerra
Insultando su encono.»—

Esto dijo, y calló; mas yo imagino
Que el Sol la estuvo oyendo;
Pues, parando su carro purpurino,
Le dijo sonriendo:

— «¡Agradece ¡infeliz! á que eres hembra,
Y desprecio tus daños!
Mas ya sé que el que en ti favores siembra,
Recoge desengaños.

Dí, Satélite audaz: ¿á quién le debes
Lo poquillo que vales?
Y con ira infernal, ¡así te atreves
Á hacerme injurias tales....!

¡Yo rehusó contar los gatuperios,
Los robos y traiciones,
Espantos, homicidios y adulterios
Que en la Tierra compones....!

(Sabes bien que no hay crimen en su historia
En que no tengas parte);
Mas quiero vindicar aquí mi gloria
Sólo con humillarte.

¡Hola, Tierra! (exclamó): ven aquí en medio;
Y en punto te coloca
En que dejes á obscuras, sin remedio,
A esa pícara local! —

Y, sirviendo la Tierra de pantalla,
La Luna quedó ciega;
Lo cual, visto á su vez por la Canalla,
De la infame reniega.

¡Reniega con razón! pues ante el brillo
Del Sol, del mundo dueño,
¿Qué es la Luna mudable? Un farolillo
Que vela nuestro sueño.

¿Y no aciertas, Lector, qué se desprende
De tan cansado metro?
¡Qué la humana Razón audaz pretende
Quitar á Dios su cetro!

Enhiesta de su orgullo en la alta cumbre,
Fascinar quiere al orbe;
Y se aparta de Dios, porque su lumbre
Dominar no le estorbe.

Pero Dios, que desprecia sus traiciones,
Del Trono en que se halla,
Da su voz, y permite á las pasiones
Que formen su pantalla.

Y, quedando en tinieblas la orgullosa,
Humillada y sin brillo,
Se ve que la que quiso hacerse diosa
No es más que un farolillo¹.

¹ Ps. LXX, 19.

FÁBULA XVIII

El Sabio y el Patán.

De saber mucho alardea
Cierta Joven antipático,
Que aspira á ser catedrático,
Aunque en moral..... reñelea.

— «Yo sé muchas Matemáticas!
(Dijo á un Patán cierto día)
Y sé la Filosofía,
Las Leyes y las Pragmáticas.

Poseo las ciencias físicas,
Mecánicas, geológicas,
Las químicas, filológicas
Y un poco las metafísicas.

Y sé más que Belcebú
De Política y de Historia;
Pues me aprendí de memoria
Desde Herodoto á Cantú.

Y sé el griego, el alemán
Y del inglés el encanto;
Del castellano..... no tanto. » —
(Y en esto dijo el Patán,

Ya con la sangre irritada):
— «¿sabe usted el Catecismo?» —
— «¡No tal!»

— «¡Ay! pues es lo mismo
Que si no supiérais nada.

«Que, como el Cura lo nota,
Saberlo todo en montón
Y no saber Religión,
Es no saber una jota.» —

*¡Bien dicho! En el mundo vario
Tiene el saber su excelencia;
Mas de salvarse la Ciencia
Es lo único necesario.*

¹ Luc. X, 42

FÁBULA XIX

Los Primeros y los Últimos.

Al frente de unos muros elevados,
Y entre diluvio de encendidas balas,
Un Príncipe gritaba á sus soldados:
— «¡Al asalto! ¡á la brecha! ¡á las escalas!

«Al tiempo de embestir, seréis iguales;
Mas, después, lo que logren vuestros pasos;
Los que suban primero, generales;
Los que lleguen detrás, soldados rasos.» —

Ganosos de su prez los más ligeros,
Al romper la tremenda batahola,
Los muros escalaron los primeros,
Quedándose infinitos á la cola.

Se quedaron no pocos señorones,
En lucir las insignias sólo duchos,
Los flojos, los cobardes fanfarrones,
Los pánfilos, los necios..... y otros muchos.

Y, con esto, los trueques más cabales
Viéronse con asombro en los guerreros:
¡Soldados con bastón de generales!
¡Generales con ollas de rancheros!

*Esto mismo será, caros Lectores,
En el Reino de Dios: los más pequeños,
Los primeros serán; muchos Señores
Detrás los seguirán como á sus dueños¹.*

¹ Math., XIX, 30

FÁBULA XX

Dolientes y Gusanos.

De una tarde al crepúsculo,
Al pie de un mausoleo
De bronces y de mármoles,
Que llegaba hasta el cielo,
Se ve caterva fúnebre
De amigos y de deudos,
Que, al ire libre, dábanse
Al lloro y clamoreo,
Pregonando con lágrimas
Las honras de su Muerto.
Mas los Gusanos sórdidos
Que allá lo están royendo,
Notando aquella música,
Por las grietas salieron
Para dar justa réplica
A aquel profano duelo.

Oigamos, pues el diálogo
De seres tan diversos.
Cúyos son los versículos
Bien lo declara el texto:

— « ¡Qué lástima de Mozo!
¡Sin duda que era un pozo
De saber, por las Gracias bendecido! » —
— « ¡Pues lo encontramos soso y desabrido! » —

— « ¡La Nobleza preclara
Sin consuelo le llora;
Que era su sangre azul, muy limpia y clara! » —
— « ¿Era azul? ¡Pues bien negra que está ahora! » —

— « Su semblante risueño
Jamás mostrara ceño,
De ternura y de amor siempre dechado. » —
— « ¡Pues bien duro que está y amojamado! » —

— « Mas, si algún insolente
Le ofendió, ¡cuán valiente
Supo lavar su honra con denuedo! » —
— « ¡Pues royéndole vamos, y está quedo! » —

— « Recibe esta Corona
Que tu mérito abona;
Pues tu fama ha de hacer muy duradera. » —
— « Está bien: ¡se pondrá en su calavera! » —

Llegó en esto un Teólogo
Rugando el entrecejo
(Pues las Honras gentílicas
Jamás su gusto fueron);
Y con estilo lúgubre,
Sin galas ni rodeos,
Puso fin al apólogo
Con estos cuatro versos:

— «Oremos por las almas
Que esperan ya sus palmas;
Porque el cuerpo, que dió en la sepultura,
Ya no es más que Gusanos y basura.»¹

¹ Job, XVII, 14.

FÁBULA XXI

La Zorra en el colmenar.

Una Zorra muy ratera
Topó con un colmenar,
Y ansiosa empezó á clamar:
— «¡Ay panal, quién te cogiera!

«Que es tu miel rico bocado,
Y más sufriendo estas hambres... ¡
Pero temo á tus enjambres
Y á su aguijón endiablado.» —

Y, á fuerza de dar rodeos,
Los dientes se le hacen agua....
Y su pecho es una fragua
De mil golosos deseos.

Al cabo partió hacia él,
Vencidas las etiquetas,
Diciendo: «¡Lluevan saetas
Como yo atrape la miel.»

Mas ¡oh apetitos fatales
Que, al pronto, quitáis los sustos,
Para perder en sus gustos
A los necios animales!

Apenas, un corcho abierto,
Destroza el primer panal,
De repente el Animal
Se vió de abejas cubierto.

Y como el hambre le sobra
Y le ciega la avaricia,
No siente que la justicia
Ha comenzado ya su obra.

Mas luego la miel se apura
Y va cesando el halago,
Con el peso y empalago
Que causa siempre la hartura.....

Y entonces, ¡qué batahola!
¡Qué punzadas! ¡qué molestia
Fatiga á la pobre Bestia
Desde el hocico á la cola!

La fuga emprende, y, con todo,
El enemigo no cede;
Tan sólo ahuyentarlo puede
Revolcándose en el lodo.

Esto le inspira su instinto¹.
Mas sufre heridas atroces,
Con alaridos feroces,
Alborotando el recinto.

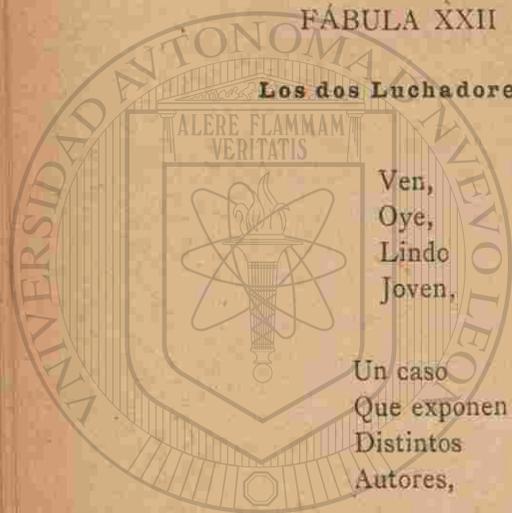
*Pues, Niños, mirad su anhelo,
Y aprenderéis en sus males
Que los goces criminales
Acaban siempre por duelo².*

¹ STURM: *Reflexiones sobre la Naturaleza*

² Prov., XIV, 13.

FÁBULA XXII

Los dos Luchadores.



Ver,
Oye,
Lindo
Joven,

Un caso
Que exponen
Distintos
Autores,

Con la mira
De que el hombre
Con su ejemplo
Se aleccione:

En ancho circo
Dos Luchadores,
Fieros combaten
Como leones.

Mas cuál de los bravos
Su triunfo corone,
Muy bien adivinan
Los espectadores.

El Uno, asaz membrudo,
Y recio como el bronce,
Desnudo entra en la liza
Sin trabas que le estorben.

Así fácilmente escapa,
Y se escurre, como azogue,
De las iras del Contrario,
Si entre sus brazos le coge.

Al paso que el Otro se ostenta
Gran traje luciendo de corte,
Do el oro y las sedas relucen,
Que el alma y la vida le absorben.

Y envarado con tales arreos,
Aunque bríos aliente mayores,
Ni soltura ni juego le dejan
Sus doradas queridas prisiones.

— ¿Cuál su término fué? — Que de las galas
Asiéndole el Contrario, que no es torpe,
Por más que se resiste y forcejea,
En la arena sin honra derribóle.

Y al cabo sus joyas, sus trajes maldice,
Diciendo, aunque tarde, con lánguidas voces:
«Quien quiera, de gala, luchar con desnudo,
Mi trágico ejemplo le sirva de norte.»

*Desnudo entra el demonio con nosotros en guerra:
Si al hombre halla vestido de necias ilusiones,
¿Quién extraña que luego rendido venga á tierra,
Asiéndole el contrario por sus propias pasiones?*¹

¹ San Gregorio.

FABULA XXIII

El Desayuno misterioso.

A poco del desayuno,
Don Blas se puso á morir.
Llamóse al Doctor Don Bruno,
Que, con acento importuno,
Al verle, empezó á decir:

— «¡Un veneno! ¿Quién ha sido
El que tal almuerzo os da?» —

— «¡Ay! (responde el Dolorido)
También mi Blas ha comido,
Y bueno y alegre está.» —

— «¡Tan temprano! ¿Quién creyera....?»
(Dice el Doctor), y la mano
Se pone en la calavera....
Y medita...., hasta que, ufano,
Prorrumpo de esta manera:

— «Albricias! que no es veneno;
Pues, si comió igual regalo
El Chico, y está sereno,
Se ve que el manjar fué bueno,
Y vos el que estábais malo.» —

Soltó aquí la carcajada
Blasito, que ya *declina*:
— «Explicación tan pensada
(Dice) tiénenla olvidada
Los niños de la doctrina.

» Porque es un hecho observado,
Siempre que comulgan dos,
Y al gran Banquete Sagrado
Uno se acerca en pecado
Y el otro en gracia de Dios.

» El manjar no es lo nocivo;
Que al Señor reciben todos;
Mas, si del bueno es Pan Vivo,
Del malo es veneno activo,
Según de gustar los modos.»

*Luego pruébate, Cristiano,
Si á tal Mesa has de ponerte;
Pues, si no te acercas sano,
Saber debes de antemano
Que comes tu propia muerte* ¹.

1. Santo Tomás de Aquino.

FÁBULA XXIV

La Dama de los cien Espejos.

*¿Por qué cambia en un momento
De Directores Inés?
¿Porque le dicen quién es?
Pues que se aplique este cuento.*

Cierta joven
Currutaca,
Que una Venus
Se juzgaba,
Mandó un día
De gran gala,
Que un espejo
Le compraran:
— «¡Voy!» (responde
La Criada,
Más ligera
Que una garza).
Y al instante
Vuelve á casa,
De su compra
Muy ufana,

Y el objeto
De sus ansias
Puso en manos
De la Dama.
— «¡Bien! Probemos
Esta alhaja,» —
Y al espejo
Dió la estampa.
(Es la Bella
Corcovada,
Ojos bizcos,
Nariz chata,
Hacia el cielo
Remangada,
Color pardo
De castaña,
Con los dientes
Como palas,
Que á sus labios
Asomaban;
Frente oscura
Y aplastada,
Y el cabello
Como pasas.)
— «¡Uf! ¡qué rostro
De fantasma

Me hace!»—(grita
Consternada).

¡Tras! al suelo

Me lo lanza:

Hecho queda

Mil migajas.

«¡Tráeme otro!

(Dice á Paca);

Pero date

Mejor traza,

«Que esta compra

Salió mala.»—

Y otro y otro

Le mercara.....

Hasta ciento;

¡Pero nada!

Todos tienen

Igual falta.

Y con tanto

Venga y vaya,

Ya se amosca

La Muchacha.

— «¡No se canse,

Doña Urraca!

(Grita al cabo

La taimada).

«Los espejos

No la ultrajan,

Y el tirarlos

Es bobada.

«¡Rompa, rompa

Con su cara!

Que es en ello

La culpada;

«Esas lunas

La retratan

Lo mismito

Que la hallan.»—

— «¡Picarona!

¡Deslenguada!

¡Vete al punto

De mi casa!»—

— «¡Agur prenda!

Voy de marcha.»—

— «¡Vaya mucho

Noramala!»¹—

Las verdades,

¡Cómo amargan

A los necios

Que se ensalzan!

¹ Prov. V, 10.

FABULA XXV

El Olmo y la Vid.

Sin consuelo la Vid lloraba un día
Su condición rastrera;
Pues, cual ella decía,
En el suelo vivir su oprobio era.

— «Otras plantas y arbustos, no tan bellos
(Añade la cuitada),
Levantando sus cuellos
Me miran con desdén pisoteada!» —

El Olmo la escuchó; y — «Ven te ruego:
Estrechemos los lazos
(Le dice); puedes luego
Por el tronco subir hasta mis brazos:
Fatigas y sudor ha de costarte;
Que, irguiendo tu cabeza,
Con trabajo y con arte
Vueltas mil ha de dar por mi corteza.

Mas del verde y magnífico follaje
De pámpana vistosa
Lucirás el ropaje,
Y, en llegando hasta aquí, serás mi esposa.» —

Y la Vid exclamó: — «¡Del Olmo amada,
Tierra vil, ya te esquivo!
Y en mi bien apoyada,
Entre mis brazos le tendré cautivo.» —

Y el tiempo no perdió, pues sin reposo
Sus ramas dilatando,
En espiral gracioso,
Desde el robusto pie subió girando;

Y á la postre, su afán el premio alcanza;
Que, al llegar á la altura,
Se firmó la alianza
Que del Olmo y la Vid por siempre dura.

*Trabaja, si al Criador has de elevarte,
La Vid te da el modelo:
Sin ti no ha de salvarte
El que sin ti te dió la luz del cielo¹.*

¹ San Agustín,

FABULA XXVI

El Juez y el Notario.

Negábase un Juez severo
A dar crédito á un Notario,
Sospechoso de falsario
Y convicto de embustero.

Mas Don Judas Mentireta
(Así se llamaba el tal)
Viendo lo pasaba mal,
Fuése al Juez con esta treta:

— «Señor, por ambos Derechos,
Fe mi título me da.» —
(Y dijo el Juez:) — «Bien está,
Pero os la quitan los hechos;

Que, al ver vuestro testimonio,
Es más claro que la luz
Que detrás de vuestra cruz
Está bailando el demonio.

Así, del curial enjambre
Aunque soy muy grande amigo,
A vos sin duelo castigo
A la atroz pena.... de hambre.» —

*Poco importa que te dé
La Fe el nombre de cristiano;
Si vives como pagano,
Lector, es muerta tu Fe.*

*Y aunque de ella tengas sobras,
No habrá para ti consuelo;
Pues siempre ha querido el Cielo
Unidas la Fe y las Obras¹.*

¹ Jac., II, 2.

FABULA XXVII

El Aire y el Insecto.

*Dedicada á mi muy estimado y docto amigo el Excmo. Señor
D. León Carbonero y Sol, Senador del Reino.*

Al tibio rayo de la luz naciente,
Al leve soplo de temprana brisa,
Cuando abre apenas el rosado Oriente
Del alba virginal dulce sonrisa,
Arrollando la noche blandamente,
So la alfombra del prado se divisa
Una pálida flor que, embalsamada,
Es de Insecto orgulloso la morada.

Aura leve

La flor mueve,
Y el insecto que allí está,
Ya palpita,
Ya se agita,
Sube, baja, viene y va.

Ve sus alas,
Cuyas galas

Son de púrpura y rubí;
Y, al encanto
De su manto,
Ser monarca sueña allí.

La corona
Que le abona
Solitario orgullo es;
Su locura
Le figura
Que los mundos ve á sus pies.

Luz y cielo
Mar y suelo
Que son suyos piensa audaz:
Así, pide

Cuanto mide
Su mirada perspicaz.

Un momento
Ruge el viento,
Y el Insecto retembló;
Y en su trono,
Con encono,
De esta suerte se quejó:

— «¿Quién eres tú cuya invisible mano
En derredor de mí todo lo mueve?
¿Quién eres, cuyo imperio soberano
Altivo á resistir nadie se atreve?

¿Quién eres, dí, cuyo terrible aliento
Los cedros troncha cual flexibles cañas,
Y, al fragor de su tránsito violento,
Derrumbas montes y la mar ensañas?

¡Te agitas dondequier! Mas ¿dó te asientas,
Si estrecho miras el cerúleo espacio,
Si arrastras en tu carro las tormentas,
Si la honda inmensidad es tu palacio?

¿Por qué siendo monarca, me estremezco
Si en huracán furioso te desatas?

¡Si de mí te retiras, yo perezco;
Si descargas en mí, me desbaratas!

¡Y llevas luego en bonancibles horas
Balsámicos aromas en tus alas!

¡Y con ecos y músicas sonoras
Á tu sereno paso me regalas!

Y de ti cuanto vive se alimenta,
Y en tu seno nadando siempre voy;

¡Y en todo estás, y todo en ti se cuenta!
¡Cuán grande serás tú! Mas yo ¿quién soy?»

— «¡Un Insecto
Vil y abyecto!
Leve brisa murmuró:
Y el espacio
Muy despacio
¡Un insecto....! repitió.

» Mas mi nombre
No te asombre:
¡Soy el Aire! ¿Lo crearás?
Quien me envía
Todavía
Es más fuerte, puede más.»—

Y, en esto, conocí que deliraba;
Que hasta entonces, absorto, no creía
Que era el HOMBRE quien, necio, preguntaba,
Y era Dios quien al hombre respondía¹.

¹ Jac., II, 2.

FÁBULA XXVIII

Presunción y Desconfianza.

En la misma prisión, con fuertes grillos,
Encontrábanse juntas dos hermanas
(Presunción se apellida la más joven,
La mayor en edad, Desconfianza),

Por heridas de muerte á una Señora,
A quien tienen la guerra declarada,
Sin más causa que ser del hombre amiga,
La amorosa y gentil Doña Esperanza.

No es mucho suponer que, siendo hembras,
No les era posible estar calladas;
Por lo cual, un ministro de Justicia
Les oyó, desde afuera, estas palabras:

—«¿Y por qué he de llorar? ¡Soy inocente!
(Dijo la Presunción) ¡no temo nada!
Y menos cuando sé que es un bendito
Nuestro Juez, un simplón, un Sancho Panza.»—

—«¡Quita! ¡quita! (responde la otra Presa)
Más bien has de decir que es un canalla:
¡Yo no tengo perdón! mas ni lo imploro;
¡Pues sé que ese Nerón no tiene entrañas!»—

Lo supo el Juez al punto (que el Corchete
De todo cuanto oyó se fué á acusarlas);
Y en el acto, mojando en hiel la pluma,
Sentenció de este modo las dos causas:

—«¡Muera la Presunción! pues me hace débil,
Y no sufro me tenga por un mandria;
¡Y su Hermana también! pues me hace fiero,
Y es más crimen tenerme por pirata.»—

Y murieron las dos. ¡Ojalá mueran
Para siempre también en muchas almas!
Ahora entiende, Lector, lo que te dice
Con su poco de industria aquesta fábula:

*Si presumes con Dios, Dios no te absuelve;®
Si de Dios desconfías, no te salvas;
Conserua, pues, sin sombra de estos vicios,
La teologal virtud de la Esperanza¹.*

1 Santo Tomás de Aquino.

FÁBULA XXIX

Los Tres Tiempos.

«¡Cuán rápido pasas, Hombre!»
(Dijo al Presente el Futuro.)
— «¡Ay! (responde) ¡apenas duro
Mientras se dice mi nombre!»—
— «¡Hijo, Nieto, no os asombre!»
(Replica en esto el Pasado)
Que si Yo soy bien llorado,
El Futuro es prevenido
Y el Presente aprovechado,
Ningún tiempo se ha perdido.»

*Del Pasado ten gran duelo;
Del Presente te aprovecha,
Teme el Futuro, y es hecha
Tu jornada para el Cielo¹.*

¹ Eph., V, 16

FÁBULA XXX

Misterios de Waterlío.

Es arcano que ignora el mundo entero
(Que el más listo tal vez no sabe jota)
El cómo el gran Napoleón primero
Sufriera en Waterlío tan gran derrota.
Mas, al fin, la verdad no se despinta,
Y la pude saber de buena tinta.

En la noche anterior á la matanza,
Cuando el Corso Imperial pescaba el sueño,
Diz que un Mosquito con furor le avanza,
Y audaz le acosa con rabioso empeño:
Ya le pica en la frente, ya en la oreja.....
Y así el reposo del Caudillo aleja.

En resumen: le dió tan perra noche.....
Tal le puso la cholla su zumbido,
Que, mandando la acción á troche y moche,
El gran Conquistador quedó vencido.
Y al instante el que reyes encadena
De allí vino rodando á Santa Elena.

Desmiéntanlo, si quieren; no me espanta,
Que no es dogma de fe lo que refiero;
Mas al hombre, que altivo se levanta
Para uncir á su carro el orbe entero,
Si Dios quiere en sus iras confundillo,
¿No le basta con sólo un insectillo?¹.

1 Cor., I., 7.

FÁBULA XXXI

El Hombre y el Río¹.

— «¡Yo quiero variar de senda!
(Me dijo mi Hermano un día),
Porque esta conciencia mía
Ni paz me da, ni quietud.

»Cogido en estrechos lazos,
En pos voy de los contentos,
Y sólo remordimientos
Consigo sin la virtud.

»¡Ya rompo mis ligaduras!
Huiré del inicuo mundo,
En un retiro profundo
A llorar mi insensatez.» —

— «Bueno es ello (le respondo);
Mas ese proyecto, hermano,
Lo formaste ya, aunque en vano,
Una y otra y otra vez.

»Mas ¿cuando...?» — «Desde año nuevo
Ya verás cuán otro soy.» —

¹ Imitación de Florián.

— «Hermano ¿por qué no hoy?
Me aflige la dilación.» —

— «¡Oh! son fuertes mis cadenas;
Romperlas en un instante.....

No puedo; más adelante
Yo espero vendrá ocasión.» —

Así discurriendo juntos,
Cada cual á su manera,
Llegamos á la ribera
Del manso Guadalquivir.

Y chocándome la angustia
De un Labriego que, impaciente
Miraba hacia la corriente,
Antojóseme decir:

— Buen Hombre, ¿qué es lo que aguardas?

— Camino al lugar frontero:
No hallo puente, y aquí espero
Deje el Río de pasar.

— (Hermano: ve aquí tu imagen.)

Pues, Hombre, con alma y brío
Pasa á nado, porque el Río
Ha de correr sin cesar¹.

¹ Ecel., V, 8.

FÁBULA XXXII

La Carreta y el Tren.

Á la vez que pesada Carreta,
Parte un Tren hacia el mismo paraje;
Y el Auriga gritó: — «¡Buen viaje!
Aunque tarde, también llegaré.» —

Harto pronto el flamígero Carro
Lejos.... lejos de vista se pierde;
Sólo hundirse en el tránsito verde
El penacho del humo se ve.

Mas, llegando el zumbón Carretero
Á una altura de espesos matojos.....
¡Qué espectáculo vieron sus ojos!
No lo acierta la lengua á expresar:

¡Los wagones del Tren destrozados....!
¡De maderos la senda obstruída....!
Aquí llantos..... viajeros sin vida....
¡Allí voces de agudo clamar!

Tembloroso el agreste viandante
Exclamó del espanto cogido:

— «¿Qué catástrofe ¡oh Dios! han sufrido
Que tan sólo desastres se ven?

«¡Ay! no quiero viajar como el rayo.
A mi tosca Carreta me atengo;
Que, aunque tarde y molido yo vengo,
Llego vivo y entero también.» —

— «¿Qué te espanta, buen hombre? (le dice
Un anciano de faz muy tranquila)
Todo Tren que veloz descarrila
Siembra el luto y la muerte en redor.» —

*El talento, el poder, la riqueza
Trenes son que también se disparan;
Y, perdida la senda, no paran
Hasta hundirse en abismo de horror.*

FÁBULA XXXIII

El Ratón y el Gato.

— «Ven, ven, picarillo;
No seas uraño;
Te quiero yo mucho
Por listo, por guapo;
Y en cierto escondite
Te tengo guardados
Pan, queso y bizechos
Con otros regalos.» —

De un Gato maldito
Son estos reclamos
A un vil Ratoncillo
Que huyó de sus garfios,
Y libre corría
Con gran sobresalto.

Por fin cogió el triste
Su agujero amado,
Diciendo:— «¡Victoria!
¡Triunfé de aquel Gato.» —

—«Cobarde! si huyendo
Llegas jadeando....!»—
(Le dicen los suyos).

—«¡Por eso he triunfado!
(El héroe responde):
Con dulces halagos
Luchar no es prudente:
Sucumben los bravos:»—
*Huyendo se triunfa
De pérfidos lazos.*

FIN DEL LIBRO CUARTO

LIBRO V

FÁBULA PRIMERA

El Leopardo y la Ardilla.

Saltando y brincando alegre
Sobre una frondosa encina,
Estaba libre de sustos
Una juguetona Ardilla.

Mas ¡ay! por su mala estrella,
Faltó una rama, y la mísera
Vino á dar sobre un Leopardo
Que al pie del tronco dormita.

¡Qué horror! ¡qué espanto! su Alteza
Despierta azorado, y mira,
Crespando la piel lustrosa,
Con ojos que lanzan chispas.

Encógese la cuitada.....
Tiembla..... dobla su rodilla.....
al cabo le habló la Fiera
Así templando sus iras:

— «Cobarde! si huyendo
Llegas jadeando....!» —
(Le dicen los suyos).

— «¡Por eso he triunfado!
(El héroe responde):
Con dulces halagos
Luchar no es prudente:
Sucumben los bravos:» —
*Huyendo se triunfa
De pérfidos lazos.*

FIN DEL LIBRO CUARTO

LIBRO V

FÁBULA PRIMERA

El Leopardo y la Ardilla.

Saltando y brincando alegre
Sobre una frondosa encina,
Estaba libre de sustos
Una juguetona Ardilla.

Mas ¡ay! por su mala estrella,
Faltó una rama, y la mísera
Vino á dar sobre un Leopardo
Que al pie del tronco dormita.

¡Qué horror! ¡qué espanto! su Alteza
Despierta azorado, y mira,
Crespando la piel lustrosa,
Con ojos que lanzan chispas.

Encógese la cuitada.....
Tiembla..... dobla su rodilla.....
al cabo le habló la Fiera
Así templando sus iras:

— «¡Te perdono la vida, Bestia inermel
Con esta condición, nada gravosa:
Que en frases de verdad has de exponerme
El por qué tan alegre y deliciosa
La vida pasas, sin que nunca merme
El júbilo que en ti siempre rebosa;
Mientras yo, que soy Rey, con mi grandeza
Me pudro de fastidio y de tristeza.» —

— «¡Ah, Señor! (le responde) tan rendida
Por ese dón que me otorgáis me veo,
Que os diré la verdad; pero.... subida
En la copa del árbol, porque creo
Ser regla de oratoria recibida
Que suba en alto el orador pigmeo.
¿Lo consentís, Señor?» —

— «¡Ve sin demora!» —

— «¡A... ja. ¡ja! Puesta en salvo, escucha ahora:

¿Es posible,
Rey temible,
Que no sepas, á tu edad,
El sendero
Verdadero
Para haber felicidad?

¡La inocencia!
Ve la ciencia
Que me otorga tanto bien;
Porque gusto,
Sin ser justo,
¿Quién lo goza, dime quién?

Sin congojas,
Frutos, hojas,
Son mi pasto, siempre igual;
Nunca mato,
Ni maltrato
Ni á ninguno quiero mal.

Pura el alma,
Duermo en calma
Sin gusano roedor;
Y en mis hijos
Están fijos
Los cuidados de mi amor.

Aunque frágil,
Lista y ágil
Salto y brinco de placer;
Y consuelo
Me da el Cielo
Cuando es fuerza padecer.

¡Y tú quieres
De placeres
Disfrutar en la maldad....!

¡No! ¡La sombra
Que te asombra
Es tu misma iniquidad!

Pues tu pecho
Nunca estrecho
Para el odio y la ambición,
La matanza,
La venganza
Son tu ley y tu razón.»

Seguir pretende su discurso, cuando
Lanzó la Fiera, con horrible saña,
Tan gran rugido, su furor mostrando,
Que hizo al bosque temblar y la montaña.
— «¿Qué os sucede, Señor?» (dijo saltando
Con irónica risa la Alimaña).

Su Alteza comprendió en aquel momento
*Que, sin virtud, la vida es un tormento*¹.

¹ Eecl., XXXVI, 22.

FÁBULA II

El Infeliz Venturoso.

Caminando Ginés, cayó en un pozo;
Pero, trepando, descubrió una mina.
Gran delito después se le acrimina;
Mas, en triunfo, salió del calabozo.

¡Robarle intenta un hijo sin rebozo;
Mas convierte al bribón y lo adoctrina!
Triste, enfermo, á la muerte se avecina;
Y del lecho salió robusto y mozo.

Ignora el Infeliz por cuál encanto
Su ventura es de un mal la consecuencia.
Y pregunta..... y admírase..... hasta tanto
Que halló quien le aplicase esta sentencia:

*De aquel que está elegido para Santo
Todo lo trueca en bien la Providencia.*

¹ Rom., VIII, 28.

FÁBULA III

Nuevo Ministerio.

Buscaba el Rey del infierno
Un Ministro asaz inicuo,
Para hacer horrible estrago
En el sexo femenino.

A este fin convoca al Lujo,
Al Amor, á los Caprichos,
Y «¡Buenos son!» (dice al verlos);
Mas no llenan mis designios.»

En esto, en ruda algazara,
Acuden los malos Libros:
—¡Ya la elección está hecha!
La **Novela**¹ es el Ministro.—

¹ Entiéndese la Novela inmoral, supuesto que hay pocas que no lo sean.

Apoc. IX, 3.

FABULA IV

La Crisálida.

Al firme tronco de la encina añosa
Subió una Oruga, por tejer ansiosa
Triste capullo, de vivir cansada;
Y en él, por fin, quedóse sepultada,
Con término á sus males,
Cual quedan en la tumba los mortales.

Vinieron á llorarle sus Hermanas,
Que también las Orugas son humanas.
Y al aire libre dando sus lamentos,
Cada cual expresó sus sentimientos,

Diciendo á la Difunta
Cuánto el dolor desesperado apunta.

Cuál, suspira y pronuncia adiós eterno;
Quién le promete llanto sempiterno;
Cuál la encomia y da culto á su manera;
Cuál, rendida al dolor, se desespera,
En tan lúgubre suerte,
Maldiciendo á los dioses y á la muerte.

Mas, en esto, la tumba (ó bien capullo),
Abrir se siente con fugaz murmullo.
Y vióse ¡oh pasmo! remontarse alada
La Crisálida hermosa, engalanada
Con todos los primores
Del diamante, la luz y los colores ¹.

Quedó la turba asaz sobrecogida;
Que en celeste visión ve convertida
La causa de su llanto. «¡Hermana! ¡hermana!»
(Gritarle en su estupor). Mas ella, ufana,
Con alas esplendentes,
Bajó á dar este aviso á los dolientes:

*De los Cristianos Restos soy la historia:
Siémbrense en corrupción, álzanse en gloria.
Sépalo el hombre así para consuelo;
Que, aunque es noble llorar en santo duelo
Por el difunto amado,
Llorar sin esperanza es un pecado ².*

1. La Historia Natural nos ofrece, en esta metamorfosis de la oruga en crisálida ó bella mariposa, imagen harto expresiva de la resurrección gloriosa de nuestros cuerpos.

2. I Cor., XV, 42.

FÁBULA V

El Ciervo Miope,

Un ciervo, de raza miope,
Que, por su falta de vista,
No hay gozque que no le embista
Ni rama con que no tope,

Un lente encontróse un día,
Olvidado en un matojo;
Y, aplicándose á un ojo,
Rompió en gritos de alegría:

— «¡Ya dió término mi mal!
¡Oh! ¡qué bellos horizontes,
Collados, selvas y montes,
Me descubre este cristal!

» Yo te adoro en tus alturas
¡Oh Sol! pues con tus fulgores
Das al mundo los colores
Y belleza á las criaturas.

» ¡Nada temo, en estos cerros,
Ya con invento tan raro;
Pues veré de lejos claro
Al cazador y á los perros.» —

Cualquiera juzgar podría
Que este Ciervo afortunado
Llevaría custodiado
Un don de tanta valía.

Pero ¡quíá! con mil locuras,
Corriendo siempre y brincando,
Sin saber dónde ni cuándo,
Perdió el lente, y quedó á obscuras.

¡Infeliz! ya se acabaron
Sus dichas; que, á corto trecho,
Estando siempre en acecho
Dos Lobos, se lo almorzaron.

*La Fe es tu lente, Cristiano;
Si guardarla no procuras,
Quedarás por siempre á obscuras,
Y el Lobo..... no está lejano¹.*

¹ Cor., XVI, 13.

FÁBULA VI

La Erupción del Vesubio.

Cuéntase con verdad, y esto no es juego,
Que una vez que el Vesubio echaba fuego
(Pues en gran erupción, por su garganta,
Piedra y llamas aborta,
Y en distancia no corta
A pueblos mil con su fragor espanta),
A un Doctor alemán, que á Italia fuera,
Le vino á la mollera
Observar muy de cerca el gran fenómeno,
Para escribir después un prolegómeno.

Con tales fines, y antejo en mano,
De la posma tudesca haciendo alarde,
Cuando la tierra se ardè,
Encarámase al cerro más cercano;
Y allí se repantiga muellemente
Para ver la función cómodamente.

Mas en esto, permite el hado indómito
Que al tremendo Volcán apriete el vómito;
Y, abriendo asaz sus poderosas fauces,
Tal incendio derrama con enojos
En los vertientes cauces,
Que tierra, cielo y mar quedaron rojos.
Y descendiendo en rápido torrente
Oleaje candente,
Que por los cerros desigual serpea,
Al curioso Alemán casi rodea.

Un turbión de cenizas sofocante
Al ciego Observador oculta el caso;
Mas, apenas le advierte del fracaso
Una voz, que anhelante
«¡O vuélvete ó te abrasas!» va diciendo,
Cuando el Sabio, trayendo
Veloz á la memoria
Del gran Plino ¹ la historia,
Más listo que un acólito
La fuga emprende con afán insólito.
Y, á gatas ó rodando,
De cabeza ó de pies, siempre bajando,
La vida salva al fin; mas no sé cómo,

¹ Su curiosidad le llevó á morir en el Vesubio.

Pues bajó cual imagen de *Ecce-Homo*:
Sus carnes y vestido hechos jirones,
Y ya, ya chamuscados los talones.

Al llegar á una turba novelera
De tan mala manera,
Unos guiñanse el ojo,
Otros silban ó tosen, por antojo;
Y á la vez, con el trágico motivo,
Se burlan sin piedad del Fugitivo.
Mas él contesta con mirar severo:
— «Vuestra burla infeliz me importa un cero;
Que, entre *arder ó sufrir* esta bicoca,
La cabeza más loca
Elige sin dudar este sendero.» —

¡Recuerden bien el lance los mundanos!
A sus ojos livianos
Los ayunos maltratan,
Los silicios nos matan,
El huir ocasiones
Es cosa de simplones,
La humildad, el sufrir, son vilipendio;
Y del llanto se ríen,
Pues los terrenos goces los engríen.
Mas, si el alma se libra del INCENDIO

Por ese ardid ingrato,
¿Quién será el mentecato
Que aguarde muy tranquilo su sentencia
Sin hacer penitencia,
Sabiendo el importuno
Que entre arder ó expiar no hay medio alguno?¹



FÁBULA VII

La Niña sin dote.

En un raro documento
(Codicilo ó testamento)
Una cláusula se vía,
Que pingüe dote ofrecía
Para la Niña de Antón;
Con la expresa condición
De que el padre ¡cosa extraña!
Ha de morir en España.
¡Caprichos....! Mas era asunto
Que así encareció el difunto.

Cualquiera imaginaria
Que el tal Antón no querría
Pisar extranjera playa,
Ni aun acercarse á la raya,
Temiendo que allí le embistan
Y quede el Angel *per istam*.

Pero ¡qué! sin más rodeos,
Se va á vivir á Burdeos;

Y, al primer viento que sopla,
Se zampa en Constantinopla;
Y después corre á Pekín,
En seguidita á Tounkín:
De allí pasó á Guatemala,
Al Indostán, á Bengala;
Y, por fin, el mejor día
Se marchó á la Cafrería.

En vano la Niña clama
Y con súplicas le llama,
Y la Madre se aperrea,
Suspira, llora y pateá;
Pues ya el Antón es machucho,
Y no puede vivir mucho.
— ¡No hay miedo! (responde el Tal)
Moriré en suelo natal. —

— Pero, ¿cómo se concilia
Morir entre tu familia,
Viviendo, querido Antonio,
Entre cafres del demonio? —

Con efecto, una mañana
De grímpola y de jarana,
Los cafres se lo almorzaron,
Y sólo huesos dejaron;

Con lo cual la pobre Chica,
Que pudo quedar tan rica,
Se vió, con inmenso oprobio,
Quedar sin dote y sin novio.
Y, seca como un estambre,
Al fin pereció de hambre.

*Buen Lector, tienes un alma,
A quien se ofrece la palma,
Si en Dios mueres, por supuesto¹.
Mas ¿cómo se logra ésto?
Viviendo en Dios: de otro modo
Se pierde la palma y todo.
Que vivir en un infierno
Y después el Dote eterno
Llevarse el alma, sin más,
No te lo pienses jamás.*

¹ Apac. XIV, 13.

FÁBULA VIII

El Príncipe y el Villano.

A muerte vil un Príncipe se entrega
Por salvar á un Villano delincuente,
Y va á sufrir la pena el inocente;
Que á tal extremo su ternura llega.

Ya próximo á morir, con llanto riega
Del Villano fatal la obscura frente;
Después le abraza, y con afán ardiente
«¡Acuérdate de mí!» su labio riega.

Y al sitio avanza, y el cadalso mira
Como el objeto que á sus ansias plugo;
Y al fin exclama de su amor ufano:

«¡Su crimen borro! y pues amor lo inspira,
¡Tengo sed de morir! ¿Dó está el verdugo?»
«¡Yo soy!» (dijo una voz): era el Villano.

— El hombre, ¿es bueno ó malo?—Este soneto
Lo pone en evidencia por completo:

Si á su buen Redentor quitó la vida,
¿Qué no hará con su prójimo el daicida?
Con la gracia de Dios, yo no me espanto,
El hombre será bueno, será santo;
Mas sin ella, lo digo en prosa y verso,
El hombre es un malvado y un perverso¹.

¹ Gen., VIII, 21.

FÁBULA IX

El Armiño, el Castor y el Jabali ¹.

Un Armiño y un Castor,
Con un Jabali mozuelo,
Se lanzaron, sin recelo,
A buscar vida mejor.

Y dejando con fe viva
Floresta, lago y maleza,
Lejos van de la pobreza
De su estancia primitiva.

Después de penoso viaje
Por desiertos y entre abrojos,
Al fin descubren sus ojos
Un riquísimo paisaje.

Y en él bosques y frescura,
Jardines y frutos tantos,
Que allí agotó sus encantos,
Dijérase, la natura.

¹ Imitada del francés.

Gozaron los Peregrinos,
Al ver tan hermosos llanos,
Lo que Eneas y Troyanos
Al ver los campos latinos.

Mas no hay ventura sin quiebras:
¡Un gran pantano de cieno
Han de pasar, y está lleno
¡Ay! de sapos y culebras!

Detuviéronse los tres
A su borde embadurnado,
Y el Armiño delicado
Metió con tiento los pies.

Mas retíralos bien listo,
Diciendo, al par, muy en ello:
— «El paraje es rico..... bello.....
Mas no conviene, está visto.

»Para llegar hasta él
Preciso es andar por lodo,
Y yo ¡puf! renuncio á todo
Por no deslucir mi piel.»—

Y el buen Castor circunspecto
Repone: — «¡Hermanos, paciencia!
El tiempo nos sobra y ciencia:
Ya sabéis..... soy arquitecto.

«En dos meses, sin premuras,
Os doy un puente acabado;
Y pasáis al otro lado
Sin fango ni mordeduras.» —

— «¡Dos meses! ¡valiente plomo!
(Dice airado el Jabalí).
Yo he de estar más pronto allí:
Atended, y veréis cómo.» —

¡Zis! ¡zas! y sin más perfiles,
Enfangándose hasta el rabo,
Marcha.... empuja.... llega al cabo,
Sorteando los reptiles.

Y mientras sacude el lodo
Y limpia sus pies ligeros,
A sus necios compañeros
Gritó, y dijo de este modo:

— «No se ha hecho el Paraíso
Para fatuos ni poltrones.
¡Esfuerzo grande es preciso!¹
Dad al hombre estas lecciones,
Y que aproveche el aviso.» —

¹ Math., XI, 12.

FÁBULA X

La Ciudad Nueva.

En tierras lejanas un Rey poderoso
Fundó á sus expensas grandiosa Ciudad,
Con nobles palacios, murallas y foso,
Con arcos y triunfos de extraña beldad.

Sus torres esbeltas, sus plazas son ricas,
Jardines y fuentes en gran profusión;
Mas ¡ved qué misterio! las puertas son chicas,
Estrechas y bajas, de rara invención.

Perfecta la obra, el Rey llama ufano
A aquellos varones de más honra y prez:
Les abre las puertas; mas ¡ay! todo en vano;
No caben por ellas: tal es su estrechez.

Impiden á muchos, que nunca se encorvan,
Sus trajes, penachos, insignias de honor;
Y á algunos las armas, los timbres estorban,
Y á todos, en suma, su talla y grandor.

Los Niños en tanto, con suma llaneza,
Holgados se miran entrar y salir:
Dijérase cierto, que tanta grandeza
Para ellos tan sólo se quiso erigir.

Los graves Señores, en chasco tan nuevo,
Pregúntanse erguidos: «Hidalgos, ¿qué hacer?»
¡Volveros muchachos! (responde un Mancebo
De rostro apacible, de buen parecer).

Con tal ocurrencia, no pocos se enojan,
Se burlan, se alejan, ó quedos se están;
Mas otros, siguiendo la voz, se despojan,
Se agachan, se encogen, y adentro se van.

¡Dichosos mil veces! el triunfo lograron
De ser moradores del mágico Edén.
Al par que los otros afuera quedaron
Privados por siempre del plácido bien.

—¿Es fábula? ¿cuento? ¿conseja ó historia?

—¡El Santo Evangelio! dijeras mejor;
Que no hay esperanza de entrar en la Gloria
Si á Niño no vuelves, maduro Lector ¹.—

¹ Math., XVIII, 3.

FÁBULA XI

El Secreto de la Alquimia.

Un buen Párroco que vía
Poco espíritu en su grey,
Cual Maestro de la ley,
En un sermón le decía:

— «No os falta exterioridad
De virtud y Religión;
Mas pureza de intención.....
Ve aquí la dificultad.

» Hay celo, beneficencia,
De compasión mil ejemplos,
Concurso grande en los templos;
Mas..... todo falto de esencia.

» Y en vano formáis acopio
De méritos de esa estampa;
Pues se los lleva la trampa,
Es decir, el amor propio.

» Con tan bajas intenciones,
Tenéis la mezquina gloria
De convertir en escoria
El oro de las acciones.

» Trocad los frenos, Mortales,
Y os prometo un gran tesoro,
Haciendo que saquéis oro
De las cosas más triviales.» —

El Pueblo entendiolo mal,
Y exclamó regocijado:
«¡Nuestro Párroco ha encontrado
La piedra filosofal»¹.

Y acude con ansia nimia,
Ganoso de hacer doblones,
A pedirle sus lecciones
En el arte de la Alquimia.

— «¡Muy bien! os daré mi táctica
(Responde el Cura discreto);
Os llevaréis mi secreto,
Y..... allá veremos la práctica.» —

¹ Llámase piedra filosofal á la materia de que los alquimistas pretendían hacer oro artificialmente. La alquimia nunca ha sido más que un sueño risible inspirado por la avaricia.

Y mirando al Crucifijo,
Y haciendo callar la gente,
Con voz grave é imponente
De aquesta manera dijo:

«Hermanos! cualquiera acción

Es piedra filosofal,
Que torna en oro cabal
La pureza de intención.

«Si venís tras la invención
De volver metal el lodo,
Obrad de cristiano modo,
Según la moral eximia;
Que la verdadera Alquimia
*Es mirar á Dios en todo.»*¹

¹ I Cor., X, 31.

FÁBULA XII

La Plañidera ¹

Tras el cadáver frío
(Pues un entierro era)
Lloraba con gran brío
Una joven y hermosa Plañidera.

(Que en tiempos no lejanos,
Aun el rastro se halla,
Entre pueblos cristianos,
De esa torpe y gentílica antigualla.)

Con recias convulsiones,
Con honda pesadumbre,
Partiendo corazones
Iba, de los que ignoran la costumbre.

Un Señor extranjero,
Que no conoce el uso,

¹ Las plañideras ó lloronas eran unas mujeres alquiladas para llorar en los entierros: solemnidad pagana y judaica, cuyo uso se conservó durante mucho tiempo después del establecimiento del Cristianismo.

Al ver su dolor fiero,
Consolarla benigno se propuso.

Su llanto le enamora;
Y no le queda duda,
Pues ve lo bien que llora,
Que era hermana del muerto ó su viuda.

— «¡Oh mujer! (le decía)
Consuela tu quebranto;
Pues el Cielo me envía
A enjugar esas perlas de tu llanto.» —

Mas burlase la gente.....
¡Se pone el lance serio!.....
Al fin, llega un prudente
A explicarle el busilis del misterio.

Quando supo el buen Hombre
Que la pena es fingida,
Y se enteró del nombre
De la fúnebre Dueña Dolorida,
Y que todo lo hecho
Son cábalas y tretas,
Pues no lleva en su pecho
Otro afán que ganarse las pesetas,

— «¡En verdad (dice airado)
Que merezco una albarda!
¡Buen chasco me he llevado!
Mas tú, ¡Bruja! verás la que te aguarda.

Que si fuí tan benigno
Que el llanto me rendía,
Ya de verte me indigno
Por tu infame y grotesca hipocresía.» — 1

Y al Burlado contienen;
Pues tal su enojo era,
Que, si no le detienen,
Lo pasara muy mal la Plañidera.

*Quien finge las virtudes
Por aplauso ó por precio,
Buen Lector, no lo dudes,*

Al cabo ha de parar en el desprecio..

1 Math., XI, 6.

FÁBULA XIII

Dos Amos y una Criada.

A dos Amos
Sirve Juana,
Por ganarse
Mayor paga.

Mas, por mucho
Que se afana,
Contentarlos
No lograba;

Pues, á un tiempo,
Los dos mandan
Estas cosas
Tan contrarias:

¡Sube!
— ¡Baja!
— ¡Corre!
— ¡Para!
— ¡Toma!
— ¡Daca!
— ¡Reza!
— ¡Baila!

De este modo
La Muchacha
Siempre á un Dueño
Tiene en ascuas;

Y, si el Uno
Le regala,
Fiero el Otro
Le regaña,

Alternando
Compasadas
Estas flores
Y mal-hayas:

— ¡Burra!
— ¡Sabia!
— ¡Negra!
— ¡Blanca!
— ¡Fea!
— ¡Guapa!
— ¡Bruja!
— ¡Santa!

Y esto sufre
Veces varias,
Hasta tanto
Que se cuadra,

Y al más Noble
Se consagra;
Echa al Otro
Noramala.

Desde entonces,
Más exacta,
Centuplica
Sus ganancias.

En la vida
Dos te mandan:
Dios y el Siglo,
¡Pobre Alma!

Pero á entrambos
Desagradas,
Porque siempre
Vas con falta¹.

Deja al mundo,
Sin ser vana:
Te da ejemplo
La Criada.

¹ Math., VI, 24.

FÁBULA XIV

Las dos Manos.

Transida la diestra Mano
Con ancha herida muy honda,
Está Don Gil en su lecho
Que echa espumas por la boca.

Maldice á sus agresores,
Y, á miles, dicterios brota,
Anuncios de su venganza
Fiera, inevitable y pronta.

Una noche en que el coraje
Más que nunca le emponzoña,
Y en duro insomnio le tiene
El dolor que le devora,

Observa que entre sus Manos
Esta plática se forma,
Y el eco trajo á su oído
Por debajo de las ropas:

— «¡Yo te admiro Compañera!
(Dijo la Diestra á la Otra)
Y á todos los demás miembros,
Por vuestra paciencia heroica;

» Por más que á todos aflijo
Con mis punzadas diabólicas,
Y os quito el sueño y la calma,
Lo sé, ninguno me odia.

» Antes bien, me consideran,
Y mis ultrajes soportan,
Y algunos hacen mis veces
Sufriendo lo que á mí toca.» —

— «Nada hacemos (le responde
La Siniestra bondadosa)
Que no tenga su principio
En causas de mucha monta.

» ¡Verdad que nos martirizas,
Que nos das muy malas horas,
Y, no obstante, te queremos!
Mas ¿es posible otra cosa?

» ¿No ves los ocultos lazos
Que nos estrechan y amoldan

A formar un solo cuerpo
Y á vestir á un alma sola?

» Pues entonces, ¿por qué extrañas
Nuestro amor y finas obras,
Si el bien ó el mal que te hagamos
Redunda en las partes todas?» —

— «No son tales los ejemplos
Que el hombre nos da en su historia
(Repuso la Mano herida),
Pues la venganza es su norma.» —

— «Lo sé (contestó la Hermana);
Mas no será porque ignora
Que todos forman un cuerpo
Que la humanidad se nombra.» —

En esto Don Gil, gritando,
En el lecho se incorpora:
Y.... — «¿Estoy soñando, ó despierto?» —
(Dice con voz temblorosa).

— «¡Luego yo soy un malvado!
Pues ardo en la sed rabiosa
De aniquilar á los miembros
Que me ofenden é incomodan.

«¡No será! pues ya, rendido,
Ante esa Cruz salvadora,
Amarlos mi pecho jura,
Y sin afán los perdona.» —

De aquel Divino Precepto

La razón comprende ahora:

Amad á los enemigos,

Haced bien á los que os odian¹.

1 Math. V, 44.

FÁBULA XV

La Cotorra.

Era un padre Don Gil tan mentecato,
Y en educar á sus hijos fué tan nulo,
Que la negra impiedad, el desacato
Hallaban á sus ojos disimulo;
Siendo siempre su frase acostumbrada:
«¡Pse! cosas de la edad: *¡Eso no es nada!*»

Tantas veces soltó la frasecilla,
Que la aprendió á decir una Cotorra;
Aplicando tan bien la taravilla,
Que, apenas siente la infernal camorra
Que suscitan los Chicos, la Taimada
Entona con afán: *¡Eso no es nada!*

Mas los niños se hicieron zagalones,
Y á su Padre devoran á pesares.
Y cuando el infeliz sus aficciones
Sin consuelo lamenta por millares,
Execrando á su prole malhadada,
La Cotorra repite: *¡Eso no es nada!*

Ya de un hijo se encarga la Justicia
Por yo no sé que fraude ó qué violencia;
Ya del otro, recibe la noticia
De que herido salió de una pendencia;
Y, al maldecir su suerte desastrada,
Cántale la Cotorra: ¡Eso no es nada!

Pero, al cabo, ya es fuerza que se enoje,
Y en sus hijos la cólera desfoga.
Mas uno, el más audaz, al padre coge,
Y, entre sus manos, con furor lo ahoga.
Y, al despedir el ánima angustiada,
La Cotorra le dijo: ¡Eso no es nada!

¡Ay Padres! ¡Madres! que en piedad y en orden
No educáis vuestros hijos: ¡indolentes!
Cuando, al fin, en los vicios se desborden,
Serán vuestros verdugos inclementes¹;
Y caro pagaréis la inocentada
De decirles á todo: ESO NO ES NADA.

¹ Eccl : XXII, 3.

FÁBULA XVI

El Incendio.

Volvió un Labriego sus ojos
Al ver, con desprecio sumo,
Que en su campo echaban humo
Unas matas de rastrojos.

Tornó á mirar, y vió luego
Que ya las llamas se agitan,
Y oye gentes que le gritan:
— «¡Alerta, vecino! ¡fuego!» —

Mas ni por esas se avispa,
Antes bien, dice el Pazguato:
— «¡No hay temor! con un zapato—
Apagaré yo esa chispa.» —

— «¡Corriente! Pues ya la hoguera
El arbolado te abrasa;
Las llamas cercan tu casa.....
¡Ay triste, lo que te espera!» —

Y entonces los ayes son,
Cuando ya no alcanza medio;
Ni le queda otro remedio
Que morir hecho carbón.

No en balde entre la descarga
Que forma el chisporroteo,
Se escucha este clamoreo
De una voz, que el humo embarga:

— «¡Mortales! ¡abrid el ojo:
Cortad el mal en su origen;
Furiosas llamas me afligen
Por no apagar un rastrojo!» —

*Lo mismo digo, ¡oh Cristiano!
Trabaja sin perder ripio;
Que vencer, en su principio,
La tentación es muy llano.*

*Y si vas, con vilipendio,
Contemplándola en su curso,
No te queda otro recurso
Que morir en el incendio¹.*

¹ Eccl., XII, 34.

FÁBULA XVII

La Desheredación.

Un Padre anciano, que dos Hijos tiene,
Les cedió una heredad; pero del modo
Que siempre á hermanos agraciarse conviene,
Igualando sus suertes en un todo.

Y, al cedérsela, dijo: — «Cada uno
Trabaje en su porción y por su cuenta;
Y veremos, al término oportuno,
Cuál de los dos más frutos me presenta.» —

¡Cosa rara! Del uno y otro Hermano,
El afán se igualó con tal desvelo,
Que, al presentar sus frutos, el Anciano
No hallaba discrepancia ni en un pelo.

Parece que, en igual correspondencia,
El Padre á los dos Hijos amaría,
Y, no viendo en sus obras diferencia,
Con igual bendición les pagaría.

¡Nada menos! Al Uno con rigores
Maltrata, ni hay favor que le conceda;
Le desprecia, desoye sus clamores,
Lo abomina, y, al fin, le deshereda.

Y al más Joven maneja de otra suerte:
Le agasaja, le colma de caricias,
Le llena de favores, y, á su muerte,
Va á dejarle el caudal con sus delicias.

Brama el Hijo mayor: acude al lecho
A increpar á su Padre, furibundo
Creyendo lastimado su derecho;
Y así dijo al Anciano moribundo:

— «¡Padre injusto! decid, ¿cuál es mi crimen?
¿Por qué enriqueces con amor á un Hijo,
Y á mí tus odios sin piedad oprimen,
Siendo iguales los dos?» — Y el Padre dijo:

— «¡Aléjate, gandul! ¿Tú presumías
Que, igualando en las obras á tu hermano
(Pues nunca en los afanes le excedías),
Os premiara á los dos con igual mano?....

» ¡Te engañastel que débil, pero noble,
Él hizo con sus fuerzas cuanto pudo;

Mientras tú, que eres fuerte como un roble,
De mérito y de ardor estás desnudo.

» Tu campo era más fértil, y tu brazo
Más robusto también; frutos mayores,
Si indolente no fueras y pelmazo,
He debido coger de tus sudores.

» No esperes disfrutar de mis pesetas,
Pues te encuentro muy falto en mi servicio.» —
*¡Ay, querido Lector! ¡Cuántos atletas
Obtendrán igual suerte en el juicio!*

» *¡No hice menos que hiciera aquel cristiano!*
Clamarán (me parece los escucho);
Pero entonces oirán del Soberano:
Á QUIEN MUCHO SE DA, SE PIDE MUCHO¹.

¹ Luc., XII, 48.

FÁBULA XVIII

El Camello y la Pulga.

— «¡Soy grande! (gritó un Camello
Con buen orgullo satánico)
¡No envidio á ningún cuadrúpedo,
Ni por ninguno me cambio!

»Es verdad, soy algo feo,
Muy zancudo, jorobado;
¡Con cuello tal.....! ¡mas los hombres
Hacen de mí mucho caso!

»Soy su nave en el desierto,
Que con mis remos traspaso;
Y, porque me carguen cómodos,
Me inclino humilde, y me bajo.» —

En esto vió que una Pulga
Por el suelo iba saltando;
Y el gigante Animalucho
Le habló así, como burlando:

— «¡Infeliz! ¡no te da grima
Al ver que, con sólo un paso,
Adelanto yo más tierra
Que tú con noventa saltos?» —

— «¡Vaya! (contestó el Insecto);
Si tuviera yo tus cuartos,
Sin dejar la especie mía,
No me alzaras tanto el gallo;

»Que, en tal supuesto, los doctos
Tienen muy bien calculado
Que mi cuerpo salvaría
Más de diez leguas, de un tranco.

»Si, según lo que recibe
Cada cual será juzgado, ¹
Tal vez yo merezca premio,
Y pena tú, por zanguango.» —

Qué el Soberbio le diría,
Se ignora; pero del caso
Yo saqué mi moraleja,
Y aquí, por final, la estampo:

*Los que en la senda de Cristo
Potentes corran ufanos,
No humillen al pequeñuelo
Porque da menudos saltos.*

¹ Math., XXV, 15.

FÁBULA XIX

El Becerro de Oro.

Sin duda al grave historiador de Sancho,
Siendo gobernador este camueso,
Se olvidó de apuntar el gran suceso
Que aquí de broma, y con perdón, engancho.

El hecho fué, que, proyectando Panza
Su Ínsula libertar de los logreros,
Cacos, avariciosos y usureros,
Les jugó, el muy bellaco, aquesta chanza:

Un Novillo cerril, castizo, bravo,
Manda traer, por señas, del Jarama;
Y del falso oropel y sutil lama
Hizomelo forrar de cuerno á rabo.

Lo pone en un altar, sujeto al nicho;
Y ya cuando sus pérfidos Devotos
Adorándole están y haciendo votos,
El gran Gobernador les suelta el bicho.

¡Oh trance! ¡confusión! No hay quien consiga,
De entre tantos idólatras del oro,
Escapar al furor del joven Toro,
Que en menos de un *amén* los desbarriga.

—«No si nó (dijo Sancho muy campante),
Dúreme á mí el gobierno dos semanas,
Y juro por mis barbas medio canas
Que no me queda en la Ínsula un tunante.»—

Ya termino, Lector; no te empalago.
Si es el oro tu dios, por grave yerro,
Acuérdate del lance del Becerro:
*Tu pasión criminal te durá el pago*¹.

¹ I ad Tim., VI, 10.

FÁBULA XX

El Primogénito.

Allá en lo antiguo, y del confín indiano
Trayendo los tesoros por quintales,
Llegó á su patria un Español anciano,
Formando con sus índicos caudales
Los planes más prolijos
De acrecentar benéfico á sus Hijos.

¡Sus Hijos! ¿quiénes son? «Tras luengos años
(Dice el Viejo) pasados en la ausencia,
No es fácil conocer mi descendencia,
¡Y me expongo á sufrir muchos engaños!

«¡Pero..... bien! (luego añade); yo recuerdo,
La traza del Mayor, noble, completa!
Obrando con su acuerdo,
No daré una peseta
Sino á aquellos cumplidos ciudadanos
Que él mismo reconozca por hermanos.» —

Fué sabia la invención, de mucho seso,
Como bien lo comprueba el mal suceso

Que sufrieron tres Pícaros follones
Que, cual hijos, pidieron sus porciones.

— «¿Me conoces, Señor? ¡Yo soy tu hijo!
(Alega de los tres el más tunante);

Repara en mi semblante,
Que el sello muestra de tu imagen fijo.» —

— «Bien está (dice el Padre); más tu Hermano,
¿Te confiesa por tal? Si no, es en vano.» —

Y el Hermano mayor clavó sus ojos,
Y así dijo con voz llena de enojos:

— «¡Tú mi hermano! ¡infeliz! yo tal creía;
Pero más de una vez negó tu lengua;

Y, denostando á la prosapia mía,
¡Hasta el mirarme lo tuviste á mengua!

Como león que á devorar se lanza,
Cometiste en mi hogar robo y venganza;

Mi túnica se encuentra en tu dominio.....
¡Y juraste sangriento mi exterminio!» —

— «¡Hice mal! con dolor lo reconozco.» —
(El Pérfido responde.)

— «Paga ahora
Tu conducta traidora
(El Hermano gritó): **No te conozco.**» —

— «Y de mí, ¿qué dirás, Hermano tierno?
(Dice en pos el Segundo);
¿Desmentí yo jamás el lazo eterno
De fraternal amor el más profundo?» —

PERE FLAMMAN
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
Pero Aquél exclamó: — «¡Ten ese labio!
Manchar no debes los sagrados nombres
Que, al honor de mi stirpe haciendo agravio,
Orgullosamente ocultaste ante los hombres.
¡Cobarde! ¡sin lealtad tuviste á menos
El honrarme en mi casa con los buenos!
¡De mí te avergonzabas! ¡y ahora quieres
Te comprenda en mi raza? ¡No lo esperes!» —

— «No hay en mí tal borrón (dice el Tercero),
Pues siempre, muy ufano,
Te di nombre de hermano,
De modo que lo oyera el mundo entero.» —

— «Pero ¿quién te creyó. ... si vil, si loca
Tu conducta conmigo
Fue de gran enemigo,
Desmintiendo tus hechos á tu boca?
No es posible el amar y ser tirano:
¡Marcha lejos de aquí! **No eres mi herma-**
[no.» —

Y, tras éste, no pocos acudieron
Que fueran con amor reconocidos;
Y entre sí los tesoros repartieron
Por el amante Anciano bendecidos.

¡Incrédulos! ¡Devotos vergonzantes!
¡Cristianos disolutos! vendrá el día
De pedir los tesoros abundantes
Que la mano de Dios ofrece pía;
Mas Jesús, maldiciendo vuestros nombres,
Os dirá con rigor, que á su ira cuadre:
A AQUEL QUE ME HA NEGADO ANTE LOS HOMBRES
YO LE NIEGO TAMBIÉN ANTE MI PADRE.¹

¹ Math., X, 30.

FÁBULA XXI

El labrador burlado.

Un Labriego incapaz
Sembró altramuces¹
En su campo feraz
A todas luces,

Diciendo en su interior:
— «De aqueste modo,
Sin gastos ni sudor,
Lo haremos todo.

«Estiércol no echaré;
El hierro escaso;
La escarda me ahorraré.
¡Prudente paso!

»Pues con dulce solaz,
Siempre de holganza,
Veré crecer en paz
Mi alegre panza.» —

¹ El altramuz es planta que no exige abono ni esmerado cultivo.

Mas Ceres vino al fin
Sin piedra ó daño,
Dando premio al trajín
De todo el año;

Y á aquel que labró bien,
Con larga mano,
Otorga coja cien
Por cada grano.

El Labriego ahorrador,
Que entonces viera
Los dueños de alrededor
Llenar la era,

Y en su campo andaluz
Miran sus ojos
Del amargo altramuz

Tristes manojos,
Comido de interés,
Se arranca el pelo,
Blasfema, pierde pies;
Mas no hay consuelo.

Vecinos de heredad,
Así.... á lo manso,

Se burlan sin piedad
Del pobre ganso.

Y en alegre canción,
Luego que asoma,
Dirigen al Poltrón
Aquesta broma:

— «¿Por qué muerdes tu cruz
Y te fatigas?
El que siembra altramuz
No coge espigas.

»No ignorabas el mal,
Que, aunque te enoje,
Lo que siembra el mortal
Eso recoge.» — 1

*Luego aquel que virt. al
Sembrar no quiere,
De la Eterna Salud
Coger no espere.*

1 Galat., VI, 8.

FÁBULA XXII

El Anatema.

Por cobrar un pingüe y rica herencia,
Dos emprenden un viaje;
Y no en ferrocarril ni en diligencia:
¡No llevan ni equipaje....!
¡Qué indigencia!

Mas luego que, pasados los abrojos,
Y, al término cercano,
Esperan el buen fin de sus tramojos,
Y la herencia en la mano
Ver sus ojos,

«¡Ya no más! ¡ya no más! (gritó un Viajero)
¡Yo me vuelvo á mi casa!
Me aburre transitar este sendero;
Y la herencia, sin tasa.....
¡No la quiero!

— «¿Así abandonas tu fortuna extrema,
Veleidosa criatura?»

Pues ya que el bien desperdiciar no tema,
Castigue á tu locura

Mi Anatema:

» ¡Permita el Cielo airado que te azoten,
Te enrueden y te empalen,
Te criben, descoynten y escamoten,
Te zurren y te salen
Y acogoten!

» ¡Te arrastren, desorejen y te esquilén,
Te agobien y te ahumen,
Te tronchen, anonaden y aniquilen,
Te arañen y te emplumen
Y fusilen.

» ¡Te aplasten, te derriben y te encierren,
Te muelan, desbaraten,
Te enrabien, te mutilen y te asierren,
Te pinchen y te maten
Y te entierren.» —

Esto dijo el que, firme en su prudencia,
Siguió el itinerario,
Y ser rico logró, por toda herencia
Dejando á su Contrario
La demencia.

*Luego Aquel que, cercano á la victoria,
Se torna á rienda suelta
Al vicio, prefiriéndolo á la Gloria,
¿No merece dar vueltas
A una noria?*

*Nadie piense salvarse de la hoguera
¡La Escritura lo advierte!
Sino aquel que, con ansia verdadera,
Constante hasta la muerte
Persevera ¹.*

¹ Math., X, 22.

FÁBULA XXIII

El Tuerto Rey.

En el país de los ciegos,
Como ninguno ve,
Todo son precauciones
Por miedo de caer.

Andan todos á tientas
Buscando la pared;
Llevan por lazarillos
Perros con cascabel.

Nadie abandona el palo,
Y, en lo que han menester,
Tacto, olfato y oído
Suplen su lobreguez.

Llegó un tuerto á la tierra,
Y al punto que lo ven
(Es decir, que lo palpan),
Volando le hacen Rey.

Mas — «¡alerta!» (le dicen),
Que si dais un traspié,
Os cuesta la corona,
Y aun el ojo también.

» Que es ley en estos reinos,
Más vieja que el llover,
Que, el que con vista caiga,
La pierda, y con la piel.»

— «¡No hay miedo! (les responde);
Luz tengo para ver
En donde está el tropiezo:
Vosotros, sí, temed.» —

Y haciendo mil cabriolas
Más listo que un lebel,
Aquí salta, allí brinca....
Corre á más no poder.

En esto el Soberano
Tropieza no sé en qué,
Quedándose tendido
Allí cuan largo es.

Revuélvese la gente.....
No hay perdón para él!
¡Arde Troya! le cogen,
Y..... ¿qué va á suceder?

Lo mismo que sucede
Al justo que no ve,
Creyéndose seguro,
Dónde pone los pies.

Por eso el gran Apóstol
Encarga alguna vez
Que mire bien no caiga
El que se juzga en pie¹.

Cor., X, 12.

FÁBULA XXIV

Un Joven como hay muchos,

A un Mancebo un Anciano preguntaba,
Y al Anciano el Mancebo respondía,
Lo que voy á contar, pues que pasaba
El caso, un viernes, á la vera mía.

— «¿Y qué piensas tú ser?»—

— «Seré abogado,
Que es carrera de lustre y de provecho.»—

— «¿Y después?»—

— «Periodista y Diputado,
Pues tengo buena labia y mucho pecho.»—

— «¿Y después?»—

— «Tocaremos el registro
Que en las altas regiones tanto ayuda,
Y, en hallando ocasión, seré Ministro.»—

— «¿Y después?»—

— «¡Millonario! ¿quién lo duda?

«Hacerme rico sin tardanza espero,
Que es muy triste vivir en apreturas.» —

— «¿Y después?» —

Daré suelta á mi dinero
En palacios y coches y aventuras.» —

— «¿Y después?» —

«Seré conde, según pienso,
Ó marqués, y gran cruz, lo que es muy grato.»

— «¿Y después?» —

«Disfrutando del incienso,
Brillaré entre la pompa y el boato.» —

— «¿Y después?» —

«Sonriéndome la suerte,
Luengos años veré gozando en calma.» —

— «¿Y después?» —

«Ya... después... ¡oh Dios!

— «¿Y después?» — [¡la muerte!» —

— «¿Qué hay después?» —

— «¡Perder el alma!»

Es la pena que aguarda al majadero
Que, en esa Babilonia á que tú aspiras,

Se olvida de buscar á Dios primero,
Ajustando á su ley todas sus miras.

¿De qué sirve lucrar el mundo entero,

Si el alma pierdes, si en pecado espiras?» ¹ —

— «¡Ay, basta! (el Joven replicó al Anciano)

Entiendo la lección; no será en vano.» —

¹ Pensamientos de San Felipe Neri.

FABULA XXV

El Burro flojo.

Con rebuzno altisonante
Un Jumento, asaz mohino,
Se quejó de su destino
Así á Júpiter Tonante:

— «¿Es posible,
Sacro Dueño,
Que, con ceño
Tan terrible,

» A un bolonio
Me sujetes
Con ribetes
De demonio?

(Yo no sé qué mal haría;
Pero al mísero Jumento
Daba el amo, si no miento,
Dos mil palos cada día.)

» No soy fiero,
Nunca robo
Como el lobo
Carnicero:

» Soy tan marso
Que, sin queja,
Me maneja
Cualquier ganso.»—

El dios Tonante le oyó
Con rostro no muy sereno;
Mas al fin, largando un trueno,
De este modo contestó:

— «¡Vete, flojo!
Tu indolencia
Da impaciencia,
Causa enojo.

» Yo me alegro
Si te oprimen,
Pues tu crimen
Es muy negro.

(Y aquí bajó las orejas
El Asno, ya arrepentido,
Al verse tan conocido
Y despreciadas sus quejas).

» ¡Sufre tanto!

La pereza
Es flaqueza
Que no aguanto.

» ¡Te maldigo!

Porque, bruto,
No das fruto
Sin castigo.» —

*Luego, si andas remolón
En tus obras de cristiano,
Aplicate el cuento, Hermano,
Y teme otra maldición ¹.*

¹ Jer., XLVIII, 10.

FÁBULA XXVI

El Macho de Noria.

Después que, dando vueltas á la noria,
Se estuvo un pobre Macho todo el día,
Al ocaso á un Lebrel así decía:
— «¡De otro Macho más vil no habrá memoria!

» Bestias conozco á miles, cuya historia
Llena está de servicios; mas la mía,
De trabajo y de méritos vacía,
Me hace digno de palos, no de gloria.» —

El Perro, que admiró su hablar modesto,
A la espaciosa alberca rebosando
Le condujo, y gritó: «¿Quién hizo esto?»

— «¡Oh dicha!» (exclama el Animal) copiando [®]
El asombro del justo, cuando advierte
El fruto de sus obras tras la muerte ¹.

¹ Sap., IV, 5.

FABULA XXVII

Las dos Amigas.

— «¡Penélope¹ es el apodo
Con que me nombran, Amiga!
¿Sabes tú por qué enemiga
Me atormentan de ese modo?» —
— «Porque tu vida ¡ay mujer!
(Perdona que te lo diga)
Es tejer y destejer.

«La doncella que es devota,
Oye misas y sermones,
Y después en los salones
Y en el baile se alborota,
Imita en su proceder,
Ó yo no comprendo jota,
El tejer y destejer.

1 La mitología nos ofrece a Penélope, hija de Itaco y esposa de Ulises, eternamente ocupada en desbaratar de noche la tela que tejió durante el día.

«La que humilde besa el suelo,
Y si cualquiera la injuria
Se pone como una furia,
Maldice, y se arranca el pelo,
Atrasa á más no poder
En el camino del Cielo,
Con tejer y destejer.

«Y aunque modelo de niñas,
De tus labores esclava,
Si después pelas la pava
Con cualquier Juan de las Viñas,
Prepárate á recoger
Ora aplausos, ora riñas,
Por tejer y destejer.

«La que madruga y confesa,
Como suelen más de cuatro,
Y á la noche en el teatro
Se divierte á toda priesa,
Mire que tal proceder
De juiciosa y de traviesa,
Es tejer y destejer.

Si el *Kempis* tienes quizás,
También el *Año Cristiano*,

Pero alternan en tu mano
Con Victor Hugo y Dumás.
Eso ¿quién no lo ha de ver,
Si está claro, por demás,
Que es tejer y destejer?

« Si por Director te riges
Para estar con Dios en calma,
Y á la vez pones el alma
En lazos, moños y dijes,
¿Qué dicha puedes tener?
No sé cómo no te afliges.
De tejer y destejer.»

« La que á los pobres se apegas,
Y hacer bien no le fastidia,
Si á murmurar y á la envidia
En las tertulias se entrega,
Más no logra, á mi entender,
En esa contraria briega,
Que tejer y destejer.»

« Y si en místico recreo
Entona el *Oficio parvo*,
Mas luce después el garbo
Sin modestia en el paseo,

Lo echará todo á perder,
Lo bonito con lo feo,
El tejer con destejer.

« Y si ayunas, penitente,
Y de pudor no escaseas,
Y á la noche coqueteas
Con todo bicho viviente,
Bien llegaste á merecer
Que te expidan la patente
En tejer y destejer.»

« Que ser un ángel de día
Y un diablillo por la noche,
Es ir al infierno en coche,
Es bobada, es tontería,
Es sembrar y no coger;
Y..... cualquiera lo diría,
Es..... tejer y destejer.» —

— « ¡Ay, Amiga! lo verás:
¡Adiós, galas y paseos,
Teatros, danzas, bureos!....
Un ángel seré, y no más;
No quiero el alma poner
Entre Dios y Satanás
Por tejer y destejer.» —

Hay Penélopes beldades
En el mundo, más que hormigas:
Las que no tengan amigas
Que les muestren las verdades,
Aprendan aquí á tener
Los riesgos y vanidades
DEL TEJER Y DESTEJER.

FÁBULA XXVIII

El Perro callejero.

Un Perro vagabundo,
con buen hambre canina,
Mas libre de pensiones,
de casa y de fastidio,
Tragóse en una calle
dos bolas de estricnina ¹,
Dispuestas al efecto
de hacer un *perricidio*.

Lo ven sus Camaradas:

— «¡Ay! ¡pobre Compañero!» —

(Exclaman) recelando

el fin de la tragedia.

(Mas él replica): — «Sandios,
ya veis que no me muero:
¡Vosotros, sí, cobardes,

que moriréis de inedia!

»¿No veis cuán ágil corro,
me burlo del destino,

¹ Veneno que se usa generalmente para dar muerte á los
perros vagabundos en las grandes poblaciones.

Y quedo, como siempre,
sin cólicos ni susto?
Comed, y no hagáis caso
de cuentos de camino;
Venid, llenad la panza
de presas de buen gusto.»—
En esto la ponzoña
de aquel manjar tirano,
Al Perro da la muerte,
quemando sus entrañas;
Que no pudo ser menos,
más tarde ó más temprano.
— «¡Qué tal! (gritan los Otros)
¿son esas las patrañas?»—

Lo mismo ocurre al hombre:
«Pequé; mas ¿qué ha pasado?»

(Repíte en su locura,
esclavo de algún vicio.)
Yo vivo..... como..... duermo.....»—
¡Mas ¡ay! que del pecado

El veneno latente
al cabo hace su oficio! ¹

¹ Eecl., V, 4.

FÁBULA XXIX

La Receta para ser feliz.

«Guarda un poco de alegría
Para tiempos de tristeza;
Y de ésta, reserva alguna
Para las horas de fiesta.»
Tal fué del antiguo sabio ¹
De ser feliz la Receta.
(Esto dijo un petulante
En cierta reunión selecta.

Mas tuvo respuesta fácil
Hilada de esta manera):

— «Sí, mas Cristo nos da estotra,
Más eficaz y completa:
«Tenga el hombre á Dios consigo,
Y á sus mandatos atienda,
Y siempre será dichoso
Aunque el infierno no quiera.»

¹ Sócrates.

Así constantes se explican
El paganismo y la Iglesia.
Escoge, lector amado;
Mas antes escucha y piensa:
Se puede ser venturoso
Entre dolores y penas,
Y vivir muy desdichado
En las honras y riquezas.

*Sólo Dios tiene en la mano
La ventura verdadera;
Y si á los suyos la otorga,
A los mundanos la niega*¹.

Ps. X, 28.

FÁBULA XXX

El León entristecido.

Presa el León de mórbida tristeza,
En el lecho real cayó su Alteza:
Suspira macilento....
Parece que á faltarle va el aliento:
El cetro con enojos
Mira, sin fuerzas para abrir los ojos.
En circunstancias tales
Los más viles y abyectos animales.....
El Lagarto..... el Ratón..... hasta la Mona,
Sin miedo al resplandor de la corona,
Atreviéronse á todo,
Cubriéndola de lodo
Y saltando por cima del Monarca
Cual si despojo fuese de la Parca.
En esto llega el Zorro, y le saluda
(El médico de cámara, sin duda);
Y después de pulsarle muy atento,
Con gran contentamiento,
Soltando irreverente carcajada,
Dijo al punto:— «¡Señor, no tenéis nada!

Sacudid la pereza,
El tedio, la tristeza.....
Pensando que sois Rey, y que en el trono
Sienta mal esa incuria y abandono. » —
Y, en efecto, el Monarca el lecho deja;
Se estiraza, sacude la guedeja,
Muestra su garra..... dando tal rugido,
Que el bosque entero retembló aturrido.
Y abrazando al Galeno
«¡Gracias—dijo,—Doctor, que ya estoy bueno!»
Aterrados entonces huyeron lejos
Los mil animalejos
Verdugos del León, que hallaron flaco,
No quedando en contorno un *bicharraco*.

Al cristiano que olvida su realeza,
Dándose al tedio y á mortal tristeza,
Como moscas vendrán las tentaciones,
Burlándole con sustos y ocasiones.
*Si quieres conservar la gracia viva,
Espanta la tristeza, que es nociva*¹.

¹ Ps. XCIX, 2.

FÁBULA XXXI

La Escuela de Grandes Hombres.

Escuela de Grandes Hombres
Abrió un Filósofo antiguo;
Y al punto al aula acudieron
Con entusiasmo tres Chicos.
—«¡Yo quiero ser un gran sabio!» —
(Dijo el uno, que era listo).
El otro:—«Yo gran guerreto,
Más que Alejandro y que Ciro.» —
El último:—«Hombre de Estado,
Diplomático muy fino.» —
Lo cual oyendo el Maestro,
Quedóse un tanto indeciso.....
Luego, con aire solemne,
Llevó al primero un pollino,
Con encargo de quitarle
La maña de dar respingos.
Al segundo dió una rúeca,
Y al último un escardillo,
Diciéndoles:—«¡Ea! muchachos,
A trabajar con ahinco!

Que yo juro por los dioses,
Que haréis muy pronto prodigios.» —
Oyendo lo cual los Mozos
Miráronse de hito en hito.....

ALY — «¡Loco está!» — (gritan luego)
Haciendo llover pedrisco.

— «¡Atrás, Canalla soberbia!
(Exclamó el Sabio afligido)

Bien lo declara mi prueba:
¡No valdréis jamás un pito!

*Que, para ser Hombres Grandes,
La humildad es el principio.»*¹

¹ Job., XXII, 27

FIN DEL LIBRO QUINTO

LIBRO VI

FÁBULA I

La Polilla, el Gorgojo y la Carcoma.

La Carcoma, el Gorgojo y la Polilla
(Pues son de una pandilla,
Y es justo que se junten los iguales,
Hasta los animales)
Pusiéronse á contarse mutuamente
Sus vidas, como es uso entre la gente.

Habló primero el chiquitín Gorgojo,
Diciendo con sonrojo:
— «Mi vida es criminal, yo lo confieso;
Pues caigo en el exceso
De comerme á mi padre, que es el trigo,
Y la casa también en que me abrigo.» —

— «¡Eso es nada! — prorrumpela Carcoma —
Porque es justo que coma

Que yo juro por los dioses,
Que haréis muy pronto prodigios.» —
Oyendo lo cual los Mozos
Miráronse de hito en hito.....

ALY — «¡Loco está!» — (gritan luego)
Haciendo llover pedrisco.

— «¡Atrás, Canalla soberbia!
(Exclamó el Sabio afligido)

Bien lo declara mi prueba:
¡No valdréis jamás un pito!

*Que, para ser Hombres Grandes,
La humildad es el principio.»*¹

¹ Job., XXII, 27

FIN DEL LIBRO QUINTO

LIBRO VI

FÁBULA I

La Polilla, el Gorgojo y la Carcoma.

La Carcoma, el Gorgojo y la Polilla
(Pues son de una pandilla,
Y es justo que se junten los iguales,
Hasta los animales)
Pusiéronse á contarse mutuamente
Sus vidas, como es uso entre la gente.

Habló primero el chiquitín Gorgojo,
Diciendo con sonrojo:
— «Mi vida es criminal, yo lo confieso;
Pues caigo en el exceso
De comerme á mi padre, que es el trigo,
Y la casa también en que me abrigo.» —

— «¡Eso es nada! — prorrumpela Carcoma —
Porque es justo que coma

De lo que encuentra á mano el sér viviente;

Esto es cosa corriente:

Yo, de un mueble nacida, con descoco
Me lo voy manducando poco á poco.» —

Llegó en esto la vez á la Polilla,
Diciendo: — «En la capilla
De un monje yo nací, y la pobre anda
Convertida en zaranda,
Pues de ella tomo casa y alimento.
Mas del fraile aprendí este documento:

«No hay fruto que no engendre su gusano
Más tarde ó más temprano;
Y él se come, no habiendo quien lo impida,
Al autor de su vida.

Aun talento y virtud, si mal no atino,
Engendran su gusano muy dañino.»

¡Verdad! El poder, las virtudes y la ciencia

Producen complacencia;

*Y es gusano fatal la vanagloria,
Que convierte en escoria*

*La más alta virtud, si á su grandeza
No presta la humildad su fortaleza.*

FÁBULA II

Los dos Pajes.

En los jardines del Rey
Dos Pajecillos luchaban;
É iguales fuerzas mostraban,
Porque ninguno cedió.

Mas de pronto el más chicuelo
Al contrario se abalanza
Con heroica pujanza,
Y al suelo lo derribó.

— «¿Qué es esto? (exclamó el paciente)
¡Qué vigor! ¡Cuánto heroísmo!
Si no pareces el mismo.....

¿Qué te pasa? Dime ¿qué es?» —

— «¡No es misterio! (dice el Héroe)» —

— «¡Habla! que estoy chispeando.....» —

— «¡Es..... que el Rey me está mirando
Desde arriba! ¿No lo ves?»

«Con esto yo triunfaría
De vestiglos y gigantes;

Que aquellos ojos brillantes
Mi pecho llenan de ardor.»—

*Luego en las luchas que mueva
El padre de la mentira
Atiende á que Dios te mira,
Y tú saldrás vencedor.*



FÁBULA III

El Elefante y el Microbio.

Gozábase magnífico Elefante
En su gran corpulencia;
Y, un poco petulante,
Habló así ponderando su excelencia:

—«De cobarde y de torpe yo no peco:
¿Quién se atreve conmigo.....
Si aplasto á mi enemigo,
Que siempre es, á mis ojos, un muñeco?»

»Mis colmillos asustan en la guerra,
Mi trompa es sin ejemplo,
Cruje, á mi andar, la tierra,
Mis piernas cual columnas son de templo.»—

Invisible Microbio en un regajo
Indignado escuchóle,
Y subió sin trabajo
Del carnudo animal á la alta mole,

Hablando al Paquidermo de esta suerte:

— «Prepárate, quijote:

Sin que nadie lo note,

Yo vengo en mi furor á darte muerte.

»Sin fuerzas y sin armas, mal seguro,

Débil soy..... casi nada.....

Sin embargo, te juro

Que haré caer tu mole, inanimada.» —

Y en efecto, se vió que el buen Gigante

De pronto desfallece,

Quéjase horrisonante,

Y con mortales ansias se estremece.

— «¡Ay de mí! (prorrumpió en su clamoreo)

¿Quién así me maltrata?

Nada oigo..... nada veo.....

Quisiera conocer al que me mata.» —

— «¡Yo soy (entonces el Microbio grita),

Orgulloso del diablo!

Conviértete y medita

Esta noble sentencia de San Pablo:

»Con lo mísero y débil Dios confunde

Lo fuerte y fanfarrón;

Y las cosas que son

Con otras que no son aplasta y hunde» ¹.—

¹ I. ad Cor., I., 27.

FÁBULA IV

La Contrahecha.

Elisa, joven muy euca,
Ostenta rico peinado:
¡Qué cabello tan rizado!
Y qué negro....! (era peluca).
Para doblar sus hechizos,
Entre sus labios rientes
Asomaba hermosos dientes;
¡Tan blancos....! (eran postizos).
Usa gafas, siempre alerta;
Que, tras sus vidrios ahumados,
Ojos finge delicados:
No sin razón (era tuerta).

Parece su rostro un sol;
Grana y nieve sus mejillas,
De candor son maravillas.
(Todo afeite y arrebol).

Cautiva á todos su empaque,
Turgente pecho y caderas
Torneados como esferas....!
(Era todo miriñaque).

No hay en ella nada malo:
Aire fino, pie ligero,
Anda con garbo y salero....
(Mas una pierna es de palo).

Y al poder de estos señuelos,
Que ostenta la joven bella,
No hay que decir que tras ella
Suspiraban los mozuelos.

Hasta que airada Enriqueta,
De torva envidia al exceso,
Soltando, al fin, la *sin hueso*,
Descubrió toda la treta.

Y se vió que la que finge
Ser bella con tal trabajo
Era un bicho, un espantajo,
Un esqueleto, una esfinge.

*La virtud que es contrahecha,
Logrará engañar un día;
Mas no falta quien acecha
Y muestre la hipocresía.*

FÁBULA V

El Jerez y el Champagne.

En festín succulento,
De aquellos que apuró Rico Avariento,
Topáronse, por trazas del destino,
Dos botellas de vino:
Champagne el uno, el otro Jerez fino,
Y con lenguaje propio de licores
Disputaron así de sus loores:
— «¿No es verdad, Compañero,
(Dijo el Champagn ligero)
Que reino en el festín sin embarazo?
Anuncia mi salida un cañonazo:
En espuma nevada
Caigo luego en la copa prolongada.
Espanto la tristeza
Y rara vez me subo á la cabeza.
¡Vamos! soy la ambrosía
Que libaron los dioses en su día.
Mientras tú, seco, ardiente,
Trastornas á la gente;
En el gorguero arañas,
Y quemas con tu fuego las entrañas.» —

No se mordió la lengua el Jerezano,
Pues atinó á decirle:

— «¡Calla, calla extranjero casquivano,
sin substancia, agua-chirle!

¿No ves que tu virtud tan ponderada
Es no más que rüido, viento, nada?

Mientras yo doy la vida
Con la fuerza y salud apetecida?» —

Y al fin los puso en paz el Valdepeñas,
Próximos ya á agarrarse de las greñas.

Oyéralos por dicha algún pedante
De aquellos que en la mística dan votos,
Y con tono severo
Diría en el instante:

Así son los devotos:

Unos tienen fervor, mas pasajero;

Otros piedad, mas sólida y constante.

FÁBULA VI

El Propietario y Saturno

Allá en los siglos paganos
En que Saturno regía
Las horas de los humanos,

Un propietario vivía
De las rentas que anualmente
Cobraba en preciso día.

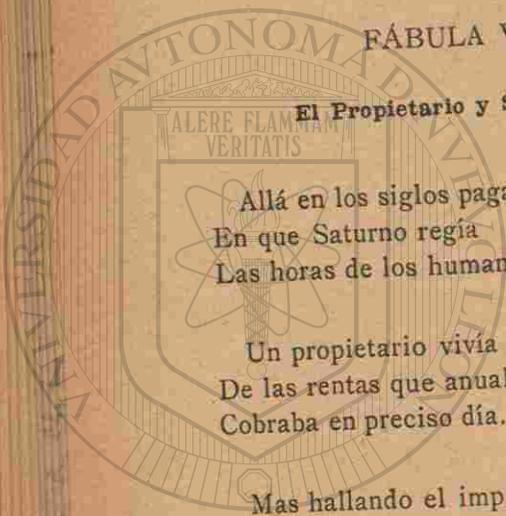
Mas hallando el impaciente.....
Que el tiempo andaba arrastrando.....
Hora tras hora..... (¡imprudente!),

Llegó á Saturno rogando:
— «¡Corra el tiempo más ligero,
Mis rentas multiplicando!»

Oyólo el dios muy severo
Plegándose á sus amaños;
Y el hombre dobló el dinero,

Mas dobló tambien los años;
Y llegando pronto á viejo,
Pagó con morir los daños.

*¡Cuántas veces, sin consejo,
Suplicando nuestro gusto
Fugamos nuestro pellejo!
Pidamos siempre lo justo.*



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FÁBULA VII

El Gatito.

Selin, Gato precioso,
Cazador, manso y limpio, con justicia
Fué de su dueño hermoso
El objeto mimado y la delicia.

Mas pronto, infiel, de los gatunos vicios
Comenzó á recorrer los precipicios.
Holgazán fué primero
(Lo que abrió á muchos males el sendero),
Paseándose impunes los ratones
Por muebles y salones.

Hízose con el ocio enamorado;
Y, tras ídolo amado,
Pernoctando en infame galanteo,
Escuálido se puso, torvo y feo.

Con esto vino á hacerse pendenciero,
Tan temible y tan fiero,
Que sus roncos bufidos,
Lamentos y maullidos

Tenían atronados
Los desvanes, pretiles y tejados.

Fué después salteador de las cocinas,
La propia y las vecinas;
No quedando pucheros ni guisotes
Do no metió sus uñas y bigotes.

Bajando de contino,
Llegó á parar también en asesino;
Pues sangriento, brutal, patibulario,
No dejó en casa vivo ni un canario.

Por fin, furioso un día,
Al dueño se avanzó que le reñía;
Y, á fuerza de mordiscos y arañazos,
Le destrozó las faldas y los brazos.
Y ya no hubo perdón: me lo atraparon,
Y de un alta viga le colgaron.
Y el que, un tiempo, ejemplar Gatito fuera,
Terminó en un cadalso su carrera.

*No sé dónde he leído
Que quien de Santo baja, poco á poco,
Desenfrenado y loco,
No para hasta demonio maldecido.*

FÁBULA VIII

Las dos Estatuas.

El ático Fidias¹
En su era lejana,
Con mano maestra
Trazó dos Estatuas:
Urano y Cibelas,
Esposos de chapa.
De cera es el Mozo,
De barro la Dama.....
¡Caprichos! (los tienen
Artistas de fama)
Y al sol (era invierno)
Se puso á acabarlas.

La estatua de cera
Con esto halló blanda,
Y así fácilmente
Le dió hermosa traza.
En tanto la diosa,

¹ Escultor griego.

De tierra amasada,
Se puso tan dura,
Tan recia, tan basta.....
Que no hubo manera
De añadirle gracias.
Frenético Fidias
La hizo mil migajas.

Al sol de las cruces
Que Dios nos regala
El *Bueno* se humilla,
Se rinde, se amansa;
Y el *Malo* se endure,
Blasfema y se araña.

¿Qué hará Dios con ellos?

Hablen las Estatuas.

La prueba es la misma:

La suerte ¡cuán varia!

FÁBULA IX

El Niño limosnero.

Á las puertas de un templo cobijado,
Pide limosna con doliente són
Un bergante que, asaz mal encarado,
Huye así de la esteva y azadón.

Hermoso Niño con piadosa mano
Diariamente socorre al Malandrín;
Enséñale su madre á ser cristiano,
Angel se llama, y es un serafín.

Mas de pronto, trocando sus destinos,
El Mendigo montó en un alazán;
Y, furente, lanzóse á los caminos
De ladrones temido Capitán.

Desdichados mil veces los viajeros
Que de los cacos en las uñas den:
No sólo las alhajas y dineros,
La vida dejan sin piedad también.

En hora aciaga, á tan malditos seres
Luego ofrecióse espléndido botín:

Hombres, niños, ancianos y mujeres,
Robados, miran su cercano fin.

Y entre los ayes, con acento agudo
Un Niño clama: — «¡Compasión, piedad!» —
— «¡Esa voz....! (grita el Capitan sañado)
¿Angel? ¡El mismo! ¡Á todos libertad!

«Nadie ofenda á ese Niño, que á fe mia
Como león me batiré por él:
Auxilio dióme cuando yo pedía;
Ahora que él pide, pagaréle fiel.» —

¡Basta, Ladrón! que, por tu mano fuerte,
Dios recuerda á los hombres la lección:
*Que la limosna libra de la muerte,
Misericordia alcanza y el perdón*¹.

¹ Tob., IV, 11

FÁBULA X

Las Palomas Mensajeras.

Cierta ciudad antigua
Muy famosa,
Mas de moral ambigua,
¡Jauja hermosa!

(La de alegres moradas
Y jardines,
Músicas regaladas
Y festines),

Por antiguos rencores
De la envidia
Sitiábala entre horrores
La perfidia.

El ejército odioso
Que la estrecha,
Cada vez más furioso,
Va á abrir brecha.

Palomas Mensajeras
Van y vienen,

Y de varias maneras
La previenen.

Mas el ocio domina:
No hace caso;
Y así de la ruina
Se abre el paso.

Una vez, las Palomas,
Desde lo alto
Bajaron con diplomas
Del asalto.....

Pero ¡nada! los ciegos
Habitantes
Persisten en sus juegos
Como antes.

El enemigo terco,
Que ve el flaco,
Aprieta más el cerco,
¡Y entra á saco!

¡Pobre Jauja! ¡acabaron
Tus delicias!
Que ya en tu seno entraron,
Las justicias.

Ciertas gracias sin nombre,
Verdaderas
Palomas son del hombre
Mensajeras.

Si el alma las desecha,
En castigo,
En ella abrirá brecha
El enemigo¹.

¹ Luc. XIX, 44.

FÁBULA XI

La tertulia animalesca.

Una Urraca, un Hurón con la Corneja,
Y, si no conté mal, la Comadreja,
Reuniéronse en hogar de una vecina
A murmurar con lengua viperina.
Del León y del Tigre atrocidades
Se dijeron allí! ¡cuántas maldades
Del Oso, del Mastín y la Pantera,
Del Condor y del Águila altanera!
También en animales inocentes
Clavaron sin piedad picos y dientes.

— «¿Qué diremos del Marrano?

— ¡Qué es un puerco y un glotón!

— ¿Y el Pavón?

— ¡Un casquivano!

— ¿Y el Cordero?

— ¡Un cobardón!

— Pues ¿y el Asno?

— ¡Animal rudo!

—¿El Buey....?

—¡Es un ganapán!

—¿Mas el Ciervo...?

—¡Es un cornudo!

—¿La Lechuza....?

—¡Un Sacristán!

—¿Y el Caballo?

—¡Vanidoso!

—¿Y el Perro?

—¡Un adulator!

—¿El Gallo?

—¡Un escandaloso!

—Pero el Zorro....?

—Un salteador!» —

Y del reino animal no quedó uno
Que saliese con honra; pues ninguno
Entre tantos se halló, que bien parezca
A la infame Tertulia Animalisca.

Mas oyéndolo todo estaba un Buho.....
Melancólico..... triste....! Y conceptúo
Que no pudo sufrirlo con paciencia,
Cuando así denostó á la concurrencia:

— «Diabólica reunión, torpe, holgazana,
Calumniosa, embustera y casquivana,
Sin conciencia, chismosa, pestilente,

Parlera, lenguaraz y maldiciente,
Ridicula, mordaz y vil canalla,
¿Así gastas el tiempo?» —

— «¡Calla! ¡¡calla!!

No lo digas tan alto, pues el hombre
(Advertí al Vengador), aunque te asombre,
En el siglo fatal por que atraviesa
Tiene también Tertulias como esa.» —

FABULA XII

El Arroyo y la Fuente.

Tras de aguaceros hórridos,
Un Arroyuelo manso,
Que tal vez corre fétido
Y otras veces no es más que sucio charco,

Debíó á las nubes célicas
De linfas raudal tanto
Que, ingente, vasto, horrísono,
De un mar parece proceloso brazo.

¡(Es curiosa la página)!

Diz que, de orgullo hinchado,
Insultó en estos términos

A una Fuente que vió correr al paso:

«Pobre chorrillo! asómbrate
De ver cómo, bramando,
Piedras, maderas, árboles,
Fuerte en mi curso, poderoso arrastro!

«Mientras de ti ¡misérrima!
Los hilos derramados
Parecen más bien lágrimas
Que el risco vierte en solitario llanto.» —

— «Convengo en ello, (díjole
La Fuente murmurando);
Mas mis aguas son límpidas
Y nunca dejan de regar mi campo.

«Al paso que son túrbidas
Las tuyas; y en cesando
Las lluvias hiperbólicas,
Te vuelves otra vez obscuro fango.» —

*Virtud serena y cándida,
Aunque no hagas milagros,
Vales más que los ímpetus*

Del que, á tiempos no más, sabe ser santo.

FÁBULA XIII

La Mariposa y la Abeja.

La linda Mariposa
Con la Abeja industriosa
Topó en la primavera;
Y dicen que le habló de esta manera:

— «¿Por qué trabajas tanto,
Y te acortas la vida,
Y siempre mal vestida,
No ofrece tu figura algún encanto?

» ¡Mira, mira mis alas
De púrpura y de oro!
Los zagales en coro
Gritan corriendo, tras mis regias galas;

» De Febo las caricias
Encienden mis colores,
Pongo envidia á las flores,
Soy del jardín y prado las delicias.

» Mientras tú, trajinante,
Bajo duras maestras,
No paras un instante,
Y tus labores, ni por gloria, muestras.» —

— «Te explicaste muy mal
(Respondió con prudencia
La Abeja á su rival,
Trabando así trascendental pendencia):

» ¡Coqueta! (le decía)
¿Te figuras decente
Ocupar todo el día
En mirarte al espejo de la fuente?

» ¡Sígante los zagales!....
Si alguno te aprisiona,
Comenzaron tus males:
Pronto caerá en el fango tu corona.

» Mientras yo sin orgullo
Mi panal elaboro,
Gozando en el murmullo
Del taller, que es mi casa y mi tesoro:

» Con miel regalo al hombre,
Con cera al Sacrificio,

Y, en suma, no te asombre
Si por modelo paso en todo oficio.» —

Ya adivina el más lerdo
Que, en el hondo altercado,
No vinieron á acuerdo;
Y cada cual marchóse por su lado.

Entre el lujo y el arte
Hay que buscar el voto en otra parte:
¡Currutacas! ¡Obreras!
Sabed que Dios no está por las primeras.

FÁBULA XIV

El Astrónomo insensato.

En la noche çallada
Persigue, observa
Cierta Astrónomo el curso
De las estrellas.
Así logrando,
Tranquilo y pacienzudo,
Preciosos datos.

De pronto..... ¿qué hace un día?
Soberbio y loco,

Dirige á Febo ardiente

Su telescopio.

«¡Yo quiero (gritando)

Penetrar los secretos

Que altivo guarda!» —

Mas ¡oh escarmiento!
Del sol la inmensa lumbre
Le dejó ciego.

Y, en pena justa,
Quien quiso verlo todo
Quedóse á obscuras.

El que en Dios meditare,
Si, *humilde*, sube,
Verdades luminosas
Dios le descubre;
Si, *con orgullo*,
La lumbre de su gloria
Lo ciega al punto ¹.

¹ Prov., XXV, 27.

FÁBULA XV

La Zorra cazando.

Una Zorra, con ansias de gallinas,
En torno de un corral olfateaba:
Alta es la tapia, y la segura puerta
No deja al sitiador una esperanza.

Iba ya á retirarse..... cuando dice:
— «¡Si me falta poder, me sobra maña!»
Vió en el aire un Cernícalo; y con gracia
— «Ayúdame (gritó): vuela hacia dentro;
Y, si es que logras remover la estaca
Que asegura la puerta, y entro á saco
Carnívora, rabiosa y sanguinaria,
Te prometo pagar bien tus servicios
Con parte en el botín de mis hazañas.»

El venal Avechucho puso empeño;
Mas al fin se volvió sin hacer nada,
Lo mismo que otros muchos emisarios;
Hasta que llega un cuervo, y con las alas
Y el pico trabajó de tal manera
Que muy pronto dejó la entrada franca.

La que entonces se armó bien se adivina:

No perderé yo tiempo en reseñarla.
Importa más zurcir la moraleja
Que viene aquí de molde en esta fábula.

Alma, si ves que el vicio se detiene,
Porque encuentra tus puertas bien cerradas,
No desiste: emisarios muy sutiles
(Ocio, apetitos, ilusiones, dádivas.....)
Enviará por lo alto y que, por dentro,
Rindan las puertas y mañosos abran.

*No basta, pues, que con afán las cierras;
Debes también con celo custodiarlas¹.*

¹ Proov., VIII, 21.

FÁBULA XVI

La Samedina.

Allá en el mar donde el Betis
Muere entre túrbidas aguas,
No distante de Chipiona,
Donde Juno tuvo un ara,
Frente al Convento de Regla
Y á tres millas de la playa,
Hay una peña famosa
(*Turris Cipionis* llamábanla,
Do el sepulcro de Gerión
Dicen que se levantaba);
Se nombra la SALMEDINA,
Extensa, negruzca y plana:
Descúbrese en baja mar,
Y es de muchos visitada;
Mas, subiendo la marea,
Tres metros la cubre el agua.

Esta fué la causa horrible
De una espantosa desgracia:

Gozaba en la obscura Peña
Cierta alegre caravana,

Que ha dejado su barquilla
A extremo pico amarrada,
Mas ¡ay! que, al soplar del viento,
¡Rompiéronse las amarras!
Huyó el esquiife ligero,
Y de sus dueños se aparta;
Mientras ellos, distraídos,
Comen, beben, gritan, bailan.

¿Cómo volverán á tierra?
¡Pobrecillos! no se salvan:
La mar sube lentamente,
Pronto lamerá sus plantas;
Hombres, niños y mujeres,
Madres, doncellas y ancianas.....
¡Dos numerosas familias!....
En las olas, que ya avanzan,
Morirán sin duda alguna.....

¡Oh! ¡quién pudiera salvarlas!
Hay quien salvarlas podría;
Mas, *que quiera* es lo que falta.
Una elegante falúa
Con caballeros y damas
Pasó, rozando, la Roca:
Lo han visto todo, ¡y se callan!
Ní un auxilio les ofrecen,

Ni dan una voz de alarma;
Sumidos en devaneos
Sólo ríen, beben, cantan....
¡A la próxima tragedia
Indiferentes sus almas!

¿Viste, lector, un ejemplo
De gente más endiablada?
¡Poder salvar muchas vidas
Y en abandono dejarlas....!

Tal sucede, cada hora,
En esta tierra nefanda;
¡Almas que están en peligro,
De su fin muy descuidadas....!
Y pasamos y advertimos
Que su perdición no tarda....
Y sin embargo, ¿qué hacemos?
¡Ni un esfuerzo, ni una instancia,
Ni una voz que les descubra
La sima que va á tragarlas....!

Y eso que todos sabemos,
Pues la Escritura lo canta,
*Que salvando el alma ajena
La propia también se salva*¹.

¹ Jac., V, 20.

FÁBULA XVII

Napoleón en Santa Elena ¹.

Muere en paz el pastor y el artesano
En los brazos del Dios de la clemencia.
Y el Héroe de Austerlitz, que en su demencia
Quiso al orbe humillar bajo su mano;
El que fuera de reyes soberano,
Eclipsadas su gloria y prepotencia,
Oye la airada voz de su conciencia,
Cautivo en un peñón del Océano;
Ve el odio universal, para tormento,
Y triunfante al León de las Españas,
Y el flotar de sus víctimas sin cuento
En el sangriento mar de sus hazañas;
Y de agudo y mortal remordimiento
Clavado el aguijón en sus entrañas.

*Los hombres del poder, los ambiciosos
Sufren al fin tormentos horriblos ².*

¹ Si no es fábula, lo parece.

² Sap., VI, 7.

FÁBULA XVIII

El Mochuelo.

El Mochuelo en su olivo,
Donde se oculta,
Pasa la vida entera
Gimiendo angustias:
Son sus hechizos
Cara redonda y ojos
espantadizos,
Y con vista de aumento
Lo agranda todo.
No ve sino gigantes
En su contorno
De susto lleno,
Incapaz por lo mismo,
De nada bueno.
*¡Menguado escrupuloso!
¡Pasas la vida
Entre dudas y faltas
Que te imaginas....!
Con tus visiones
Al bien no te reduces,
Y al mal te expones.*

FÁBULA XIX

Las Alcantías.

Concertaron los Chicos de un Banquero,
Por amor al dinero,
En la propia Alcantía
Ir echando las dádivas del día;

Esperando con ansia expire el plazo
Para darle un porrazo,
Saliendo á borbotones
Los escudos, pesetas y doblones.

Cada cual vocifera su propósito
De emplear su depósito:
Quién comprará una jaca,
Quién un loro, cigarros y petaca;

Otros guantes, cadenas y sortijas....

Mil y mil baratijas.

Mas el chico Manolo

Calla y se escurre, en cuanto puede, solo.

El plazo cumple al fin, y sin paciencia,

Del padre en la presencia

Los guardosos Zagales

Recogieron, contando, sus caudales.

Uno falta: — «Manuel, ¿y tu Alcantía?» —
(Pregúntale á porfía)
Y cada cual murmura,
Y hasta el padre, colérico, le apura.

Y el Mozo escapa; mas volvió en seguida,
Dejando sorprendida
A la tropa avarienta
Con la turba de pobres que presenta.

Cojos, mancos, y ciegos y tullidos
Del joven van seguidos:
El cual con hidalguía
— «Estos (dice) que veis son mi Alcantía.

No la puedo romper.» — «¡No! (enajenado
Dice el padre) has logrado
Con un grano de oro

Amontonar arriba gran tesoro;

Que las manos del pobre, tengo visto,
Son la caja de Cristo.» —

*Así se compra al Cielo
Con un mísero polvo de este suelo*¹.

¹ S. Ped. Crys., *Sermón sobre la Limosna.*

FÁBULA XX

Los dos Ratas.

Caballeros son de industria
Los dos héroes de esta fábula,
De esos que el vulgo apellida,
Y no sin gracejo, Ratas.

Norabuena: Estos dos pillos,
De guantes y de corbata,
Contábanse en la taberna
De sus negocios la marcha.

— «¿Qué me dices del *Berrugo*?
¿Caerá por fin en la trampa?» —
(Pregunta con aire cínico
El que parece más sátrapa.)

Tratábase nada menos
Que de jugar linda estafa
A un señor adinerado
Con inauditas patrañas,

— «¡Déjame que estoy furioso!
(Responde el otro Canalla)
Porque al *hombre* no hay manera
De hablarle ni dos palabras:

» Siempre dado á sus trajines.....
Ora sube, luego baja,
Ora registra sus libros,
Ora escribe, luego llama.....

» En fin, chico, no me deja
Ni un momento meter baza;
Con lo que el pingüe negocio
Juzgo que se nos escapa.» —

— «No es más dichosa mi suerte
(Dijo el otro Camarada);
Mas, si con éxito el mismo,
Connigo sigue otra pauta:

» Consiste en darme el camueso
Con las puertas en la cara
Cuantas veces solicito
Introducirme en su casa.

» En modo que nunca llego
De cerca á verle las barbas:
¡Es muy duro de pelar....!
Me tiene sin esperanzas.» —

Por lo que entrambos bribones
Decretan la retirada;
Y á otra parte con la música
Vanse en amor y compañía.

*¿Ves, cristiano? si el demonio
Con tentaciones te asalta,
Que ocupado te halle siempre,
Sin darle jamás entrada:
Es talismán muy seguro
Contra diabólicos Ratas.*

FABULA XXI

El Justo y el Tronera.

— «¿Para qué tanto ayuno,
Disciplinas, cilicios,
Tanto rezo importuno.....
Y tantos ejercicios?

¿Reportas con tu plan provecho alguno?» —

Preguntas son que hacía
Un joven muy Tronera
Al Justo, que decía
Siempre de esta manera:

— «Yo te contestaré, llegado el día.» —

Llegó efectivamente;
Que enfermo de cuidado
Cayó aquel imprudente,
Y entonces el burlado

Habló así junto al lecho del paciente:

— «¿A qué tanta sangría
Cáusticos y diēta,

Sosiego en demasía,
Tanta y tanta receta?
¿Reportan algún bien á tu hidalguía?» —

— «Del mal que me exaspera
Combato así el tormento
(Repuso el Calavera):
Me daré por contento
Si así recobro mi salud entera.» —

— «¡Hola! bien me parece
Que cures con dolores
Al cuerpo; mas merece
Todavía más rigores,
Si, por su culpa, el alma es quien padece.» —

Deja al Devoto en calma
Que domine sus vicios,
Pues consigue la palma
Con llantos y cilicios.

¿No vale más que el cuerpo nuestra alma? ¹

¹ Math., VI, 25.

FÁBULA XXII

El Racimo y la Vid.

Hermoso Racimo,
De granos sin cuento,
Con hondo lamento
Quejábase así:
— «¡Cuán triste es mi vida!
Madúrome apenas.....
Y ya ¡cuántas penas
Descargan en mí!

» ¡Me corta, me pisa
El hombre enemigo.....
Y, atroz, da conmigo
En hondo tonel!

» Y allí aprisionado,
Convertido en mosto,
Me hiervo y me agosto
En soledad cruel.

» Y llega el trasiego,
Me cambian de bota.....
Y, en fin, gota á gota
Prueban mi valor.

»Así luengos años
Me tiene mi dueño,
Que pone su empeño
En ver mi dolor.»—

«¡Por Dios, hijo mío!
(La Vid le aconseja)
No es justa tu queja,
Por bien es tu mal;
»Que al fin llega un día,
Y en copa de oro
Eres el decoro
De mesa Real.»—

—«¡Verdad es, Señora!
Mis lástimas dejo....
Y al hombre aconsejo
De parte de vos:

*Que todo en el mundo
(San Pablo lo reza)
Al bien se endereza,
Del que ama á su Dios»¹.*

¹ Rom., VIII, 28.

FABULA XXIII

Correspondencia de Ultratumba.

Por la mala de Ultratumba,
En su apartada región,
La Muerte, Reina del Orco,
Esta carta recibió:

«Muy espantable señora,
La de guadaña feroz,
La de entrañas de granito
Y de hierro el corazón:

»Se suena por esta banda
(Y San Pablo es el autor)
¡Que hay dichosos que no mueren...! ¹
¿Es esto verdad ó no?

»Supuesto que lo sabéis,
Responded por compasión;
Que, á decirlo francamente,
Tenemos miedo de vos.

»Y por no morir haremos
El sacrificio mayor....
No nos gustan los *Requiescant*,
Tampoco el *Kyrie eleison*

¹ Rom., VIII, 3.

Ni el lúgubre *gori-gori*
De Sochantres y fagot,
Ni trocar por carro fúnebre
Nuestro brillante landó.

» ¡Nos va bien por este mundo!...

Y viajar es gran pensión
Cuando al cabo no se sabe
Si allá les irá peor
A estos vuestros servidores,
Que os temen más que á un león,
Feliciano Vitalonga,
Gustavo Roncamejor.»

Y la Muerte fué tan buena
Que al punto les contestó,
Diciendo: «Señores míos,
Sin mucho de Salomón,
En verdad no conocéis
Ni pizca lo que soy yo;
De otra suerte, tal pregunta
No hiciera vuestro candor.

» ¡Yo soy de vuestro tesoro
El invencible **ladrón**:
Os he de dejar en cueros,
Sin familia, sin amor;
A oscuras enteramente,

Sin movimiento, sin voz,
Y más solos que un espárrago,
Más fríos que el caracol!

» Soy además el **verdugo**
Que aplica en todo rigor,
A cada cual, de tormento
La imprescindible ración.

» Por fin, yo soy aquel **pánico**
Que acompaña al que pecó,
Cuando me acerco á llevarle
Ante el juicio de Dios.

» ¡Ladrón! ¡Verdugo! ¡Terrorés!
He aquí lo que yo soy:
Y, fuera de esto, soy nada,
Aunque me pintan atroz.

» Ahora, ved: ¿Qué he de *robarle*
Al justo que renunció
A todo lo de este mundo
Por servir á su Criador?

» Ni ¿qué tormentos alcanzan
Al que en la vida expió
Sus delitos, y ya tiene
Todo un Cielo en su interior?

» ¡Tampoco el *terror* le invade,
Pues, con justos, mi misión
Es sólo abrirles las puertas,

Diciendo: Volad á Dios!
Así calcular podéis
Quién es quien muere, y quién nó,
Según su historia en el siglo
Es de justo ó pecador:
Con el primero soy *nada*,
Con el otro soy *feroz*.
«¡Conque abur!»—Y la Terrible
La fecha puso y firmó.
—Mas ¿quién llevará la carta?
—Recógela tú, Lector.

FABULA XXIV

El Mono cautivo.

— «¡Qué cadena tan dura
Voy arrastrando!
¡Ay! ¡que su peso enorme
Me está agobiando!»—
Así clamaba
Un Mono que, cautivo,
Se querellaba.

Quise saber la causa;
Y me fué dicho:
— «Bien lo merece todo;
¡Es un mal bicho!
Brinca, retoza
Y cuanto da en sus manos
Trunca y destroza!»—

Y no ignora el Maldito
Que, sin blandura,
Castiga luego el Amo
Cada diablura,

Por justa pena,
Añadiendo eslabones
A su cadena.

Así el pérfido Mono,
Asaz travieso,
Móverse ya no puede
Con tanto peso.
—¿Por qué se apura....
Si forjan sus prisiones.
Su travesura?»—

*No se quejen los malos;
Pues son sus yerros
Los que oprimen sus almas
Con nuevos hierros:
Es positivo
Que el hombre de sus culpas
Se hace cautivo¹.*

¹ Joan., VIII, 34.

FABULA XXV

Los Compadres.

Riñó Juan con su Comadre,
Maldiciéndole á su Padre;
Mas se ganó una guantada,
Gritando el Corro:—«¡Bien dadal!»—
Entonces maldijo á Cristo.
—¿Y ahora?....
—¡Nada!

Por lo visto,
Ni el Corro ni aquellos dos
Conocen por Padre á Dios.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Le pasó lo que á la postre
Que sucediese es preciso,
Y la Historia ha conservado
En añejos pergaminos:

Una turba de Muchachos,
Del pueblo los más ariscos,
Con palos, piedras y tronchos
Le acosan por su camino;

En tanto que amables grupos
De alegres y hermosos Niños,
Le van bailando delante,
Aplaudiéndole solícitos.

El Ciego, que nota al cabo
Tal divergencia en los chicos,
De sus extremos la causa
Pregunta á entrambos partidos.

— «¿Por qué (dice á los primeros)
Os gozáis en mi martirio?
¿Qué mal os hago?» — (Y responden):
— «¡El instrumento es maldito!

» Si no dejas tus sonatas,
Nos vas á romper los tímpanos;

CONCLUSIÓN

FABULA XXVI

El Ciego del organillo.

¿Te acuerdas, Lector amable,
Del Ciego del organillo
Que en la fábula primera
Prestó sus buenos servicios?

Del propio hablarte queremos
Al terminar este libro,
Uniendo por tales modos
El final con el principio.

Fué el caso que, como hubiese
Todo el Lugar recorrido
Tocando en calles y plazas
Con desafinados pitos,

Pues el órgano de Móstoles
No es comparable contigo.»—

—«Y vosotros (dice luego
A los del bando pacífico),
¿Por qué tan bien me tratáis?
¿No soy, por ventura, el mismo?»—

—«¡Ah! (responden) ¡jamás hombre
Topó con igual registro!
Esos aires que tú ensayas,
Del Cielo son, está visto.»—

—«¡Luego el mal está en las formas;
Que los temas son divinos!
(Dice el Hombre). Luego el modo
De terminar el conflicto

»Es hallar mejores músicos
Que, en sus cítaras, melífluos
Harmonicen estas notas
Que el Cielo inspira benigno.....

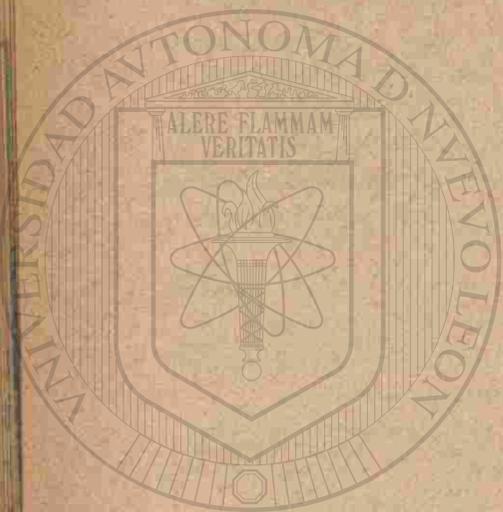
»Pues bien! á buscarlos voy;
Si los encuentro propicios,
Ufano oiré sus cantares,
Y yo cerraré ya el pico.»—

Y, humilde entonces, elevó su ruego,
Diciendo á los hispanos Trovadores:
«Templad ¡oh Vates! y del torpe Ciego
Consuelen el afán vuestros primores;
En esas arpas con piadoso fuego
Sonarán dulcemente mis clamores;
Que si á tientas logré encontrar la mina,
Virgen la entrego á vuestra fe divina.

»Y gozaréis el lauro: vuestro nombre
De boca en boca llevará la fama;
Y sin envidia, que envenena al hombre,
Bendeciré vuestra celeste llama.
Que no busco yo aplausos ni renombre,
Ni cuanto el mundo en sus caminos ama:
Mi herido corazón sólo ambiciona
La Cruz del Redentor y su Corona.»

FIN





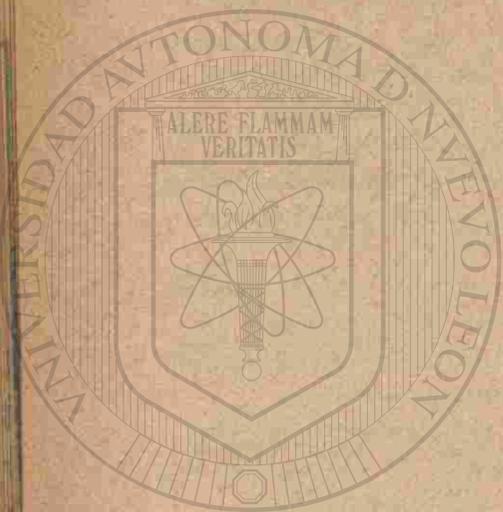
ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
Á los que leerán	V
Prólogo del autor.....	XIX

Libro I.

Fábulas.

I. Los Canarios filarmónicos	1
II. Las dos Banderas.....	4
III. La Dama y el Esqueleto.....	8
IV. La Bujía y la Linterna.....	11
V. Los dos Potros.....	12
VI. Exposición artística de los Animales.....	17
VII. Los Tigres pintados.....	20
VIII. El Girasol.....	21
IX. El Esquilón y el Gato.....	24
X. El Elegante y el Pavo real.....	27
XI. Las Pompitas.....	28
XII. El Tiempo.....	29
XIII. Los Criados invisibles.....	31
XIV. El buen Pastor.....	34



ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
Á los que leerán	V
Prólogo del autor.....	XIX

Libro I.

Fábulas.

I. Los Canarios filarmónicos	1
II. Las dos Banderas.....	4
III. La Dama y el Esqueleto.....	8
IV. La Bujía y la Linterna.....	11
V. Los dos Potros.....	12
VI. Exposición artística de los Animales.....	17
VII. Los Tigres pintados.....	20
VIII. El Girasol.....	21
IX. El Esquilón y el Gato.....	24
X. El Elegante y el Pavo real.....	27
XI. Las Pompitas.....	28
XII. El Tiempo.....	29
XIII. Los Criados invisibles.....	31
XIV. El buen Pastor.....	34

<u>Fábulas.</u>	<u>Páginas</u>
XV. La Virtud y el Vicio.....	37
XVI. La Pastora y el Cuervo.....	38
XVII. El Talador y el Olivo.....	40
XVIII. La Lengua y la Espada.....	41
XIX. Clorinda victoriosa.....	44
XX. El Siglo y el Claústro.....	48
XXI. La Bandada de Estorninos.....	51
XXII. La Rosa y el Ciprés.....	53

Libro III.

I. La Azucena.....	55
II. El Caracol y el Cigarrón.....	59
III. El Testarudo.....	61
IV. Un Robo merecido.....	62
V. El Médico enfermo.....	64
VI. El Uno y el Dos.....	67
VII. La Cuerda destemplada.....	69
VIII. El Cangrejo.....	72
IX. El Árbol indultado.....	74
X. La Abeja y la Lechuza.....	76
XI. La Fuente turbia.....	81
XII. El Niño llorón.....	83
XIII. La Víctima Verdugo.....	88
XIV. La Ventanera.....	89
XV. El Perro y el Gazapo.....	90
XVI. Los Ladrones disfrazados.....	93
XVII. Tirios y Troyanos.....	96
XVIII. El Barquero.....	99

<u>Fábulas.</u>	<u>Páginas.</u>
XIX. El Doblón y el Guíñapo.....	100
XX. El Loro y el Grillo.....	103
XXI. El Mastín y el Lobo.....	104

Libro III.

I. El Alcides burlado.....	109
II. El Siglo XIX y el Solitario.....	112
III. El Bandido.....	117
IV. Don Quijote y Sancho Panza.....	121
V. Los dos Gatos.....	125
VI. El Asno arrogante.....	128
VII. Los Náufragos.....	129
VIII. Dorila y Aminta.....	132
IX. Los Jumentos reformados.....	135
X. La Tertulia y la Araña.....	140
XI. El Niño diabólico.....	143
XII. El Perro Marrullero.....	148
XIII. El Curioso y la Tapada.....	150
XIV. El Llanto y la Risa.....	153
XV. El Autómata parlante.....	156
XVI. El Murciélagu y el Topo.....	158
XVII. El Perezoso.....	161
XVIII. La Pena del Talión.....	163
XIX. El Rapaz y el Filósofo.....	164
XX. El León y su Corte.....	166
XXI. El Blasfemo.....	169
XXII. El Cazador.....	171
XXIII. El Diamantista.....	173

Libro IV.

<u>Fábulas.</u>	<u>Páginas.</u>
I. La Rana y el Caballo.....	177
II. Amor y Temor.....	182
III. La Rosa entre espinas.....	184
IV. El Reloj de pared.....	187
V. La Gotera.....	190
VI. Fotografías del Corazón.....	191
VII. Los Pecados capitales.....	196
VIII. Ciego, Sordo y Mudo.....	200
IX. La Carta blanca.....	202
X. El Orador elocuente.....	210
XI. El Águila y el Murciélago.....	211
XII. El Pavo regalado.....	216
XIII. La Mona y el Cerdo.....	217
XIV. El Caminante.....	220
XV. Júpiter y varios Animales.....	221
XVI. Los Viajeros.....	225
XVII. El Sol y la Luna.....	229
XVIII. El Sabio y el Patán.....	234
XIX. Los Primeros y los Últimos.....	236
XX. Dolientes y Gusanos.....	238
XXI. La Zorra en el colmenar.....	241
XXII. Los dos Luchadores.....	244
XXIII. El Desayuno misterioso.....	247
XXIV. La Dama de los cien Espejos..	250
XXV. El Olmo y la Vid.....	254
XXVI. El Juez y el Notario.....	256
XXVII. El Aire y el Insecto.....	258
XXVIII. Presunción y Desconfianza....	262

<u>Fábulas.</u>	<u>Páginas.</u>
XXIX. Los tres Tiempos.....	264
XXX. Misterios de Waterloo.....	265
XXXI. El Hombre y el Río.....	267
XXXII. La Carreta y el Tren.....	269
XXXIII. El Ratón y el Gato.....	271

Libro V.

I. El Leopardo y la Ardilla.....	273
II. El Infeliz Venturoso.....	277
III. Nuevo Ministerio.....	278
IV. La Crisálida.....	279
V. El Ciervo miope.....	281
VI. La Erupción del Vesubio.....	283
VII. La Niña sin dote.....	287
VIII. El Príncipe y el Villano.....	290
IX. El Armiño, el Castor y el Jabalí	292
X. La Ciudad nueva.....	296
XI. El Secreto de la Alquimia.....	298
XII. La Plañidera.....	301
XIII. Dos Amos y una Criada.....	304
XIV. Las dos Manos.....	307
XV. La Cotorra.....	311
XVI. El Incendio.....	313
XVII. La Desheredación.....	315
XVIII. El Camello y la Pulga.....	318
XIX. El Becerro de Oro.....	320
XX. El Primogénito.....	322
XXI. El Labrador burlado.....	326

Fábulas.	Páginas.
XXII. El Anatema.....	329
XXIII. El Tuerto Rey.....	332
XXIV. Un Joven como hay muchos...	335
XXV. El Burro flojo.....	338
XXVI. El Macho de gloria.....	341
XXVII. Las dos Amigas.....	342
XXVIII. El Perro callejero.....	347
XXIX. La Receta para ser feliz.....	349
XXX. El León entristecido.....	351
XXXI. La Escuela de Grandes Hom- bres.....	353

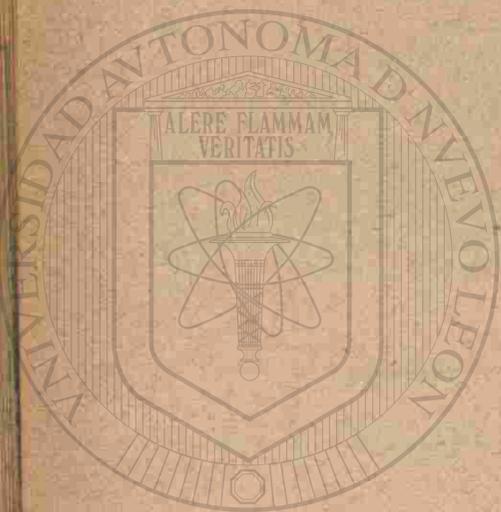
Libro VI.

I. La Polilla, el Gorgojo y la Car- coma.....	355
II. Los dos Pajes.....	357
III. El Elefante y el Microbio.....	359
IV. La Contrahecha.....	362
V. El Jerez y el Champagne.....	364
VI. El Propietario y Saturno.....	366
VII. El Gatito.....	368
VIII. Las dos Estatuas.....	370
IX. El Niño limosnero.....	372
X. Las Palomas mensajeras.....	374
XI. La tertulia animalesca.....	377
XII. El Arroyo y la Fuente.....	380
XIII. La Mariposa y la Abeja.....	382
XIV. El Astrónomo insensato.....	385

Fábulas.	Páginas.
XV. La Zorra cazando.....	387
XVI. La Salmedina.....	389
XVII. Napoleón en Santa Elena.....	392
XVIII. El Mochuelo.....	393
XIX. Las Alcancías.....	394
XX. Los dos Ratas.....	396
XXI. El Justo y el Tronera.....	399
XXII. El Racimo y la Vid.....	401
XXIII. Correspondencia de Ultratumba	403
XXIV. El Mono cautivo.....	407
XXV. Los Compadres.....	409

Conclusión.

XXVI. El Ciego del organillo.....	410
-----------------------------------	-----



Estando en prensa el último pliego de esta obra recibimos la triste noticia del fallecimiento de su autor.

El editor, antiguo amigo del finado, ruega encarecidamente al que esto leyere una oración por su alma.



EL SEÑOR

Don Cayetano Fernández y Cabello,

Presbítero, Dignidad de Chantre de la S. M. y P. Iglesia de Sevilla;
Doctor del Claustro de Derecho canónico
en el Seminario general y Pontificio de la misma ciudad;
Predicador de S. M.; Maestro de Religión que fue de Don Alfonso XII;
Individo de número de la Real Academia Española,
y Preeminente de la Sevillana de Buenas Letras,

Ha fallecido en Sevilla el 5 de Noviembre de 1901

*después de recibir los Santos Sacramentos
y la Bendición de Su Santidad.*

R. I. P.

El Excmo. y Rmo. Sr. Arzobispo de esta Diócesis; el Excmo. Sr. Dean y Cabildo de esta Santa Iglesia Catedral; el Sr. Prefecto de Estudios y Claustro de Doctores del Seminario General y Pontificio; el Rdo. Padre Preósito y Padres de la Congregación del Oratorio de San Felipe Neri; el señor Director de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras; Director espiritual, albaceas y afectos, suplican á V. se sirva encomendar su alma á Dios Nuestro Señor; por cuyo acto de caridad cristiana le quedarán agradecidos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

